

ALEXIS  
RAVELO

Si no hubiera  
mañana



*la sexta de  
Eladio Mouroy*



ALREVÉS

Sonsoles Nieves le pide a Eladio Monroy que la ayude en una cosa de amores: comprender por qué su pareja, el administrativo Diego Miranda, la ha dejado de pronto, de un día para otro y sin ninguna explicación. Monroy, para combatir el aburrimiento, acepta hacer algunas averiguaciones. No tardará en comprender que lo sentimental tiene que ver muy poco en el asunto y que, a una larga lista de gente relacionada con él, le ha dado por morirse de mala manera. Además, anda de por medio un viejo amigo suyo, Falo el Moldura, un escayolista metido a traficante de drogas a tiempo parcial. Será tarde cuando descubra que habría sido mejor para él que continuara aburriéndose.

# **SI NO HUBIERA MAÑANA**

la sexta de Eladio Monroy

## **ALEXIS RAVELO**

Primera edición: junio de 2021

*Para Josep Forment, siempre con nosotros*

© Alexis Ravelo, 2021

© de la presente edición, 2021, Editorial Alrevés, S. L.

© Diseño de portada: Ernest Mateu

ISBN: 978-84-17847-94-4

Depósito legal: B 6964-2021

## ADVERTENCIA AL LECTOR

Esto es una novela. Ficción. Escrita únicamente para entretenerte. De cuanto aparece en ella, nada ni nadie tiene que ver con la realidad. Ocurre en una ciudad ficticia llamada Las Palmas de Gran Canaria, en la no menos imaginaria isla de Gran Canaria, perteneciente a un país inventado que se llama España. Por supuesto, siempre habrá quien piense que una novela es una imagen especular del mundo. Pero eso no podría cambiar el hecho de que esto está escrito únicamente para entretenerte. Es ficción. Simplemente, una novela.

Hay amores que pueden joder cualquier negocio y hay negocios que podrían joder el amor más grande.

A Eladio Monroy se le ocurrió pensar esto mientras encendía un cigarrillo para ahumar el hambre. Los cruasanes y el café con leche los había metabolizado hacía rato y la cosa no tenía pinta de que pudiese almorzar temprano. Por supuesto, podría haberse metido en el Bodegón Suso, el bar que tenía casi delante del coche, o ir al European para comprarse algo con lo que entretener la muela. Pero no quería arriesgarse a perderle la pista al del chándal. Habría sido difícil: la plaza donde había aparcado estaba solo a una decena de metros del portal en el que había entrado el tipo y, aunque no hubiera sido así, no habría podido marcharse sin que él lo viera, porque el coche permanecía enmarcado en su retrovisor izquierdo. Sin embargo, más valía un por si acaso.

Así que ahí estaba él, al filo del mediodía, fumando y echando la ceniza por la ventanilla de Naranjito, preguntándose por qué carajo seguía dejándose arrastrar por la corriente, metiéndose en líos como este mismo, que lo había conducido hasta ese aparcamiento en los bloques de viviendas de La Pantera Rosa. En medio de la mañana grisácea del barrio obrero por cuya única acera realeaba el paisanaje, miró el reloj y se preguntó cuánto tiempo tardaría el tipo en bajar para que él pudiese regresar a casa con la satisfacción del deber cumplido.

Baja ya de una puta vez, plasta de los cojones, acabó diciéndole mentalmente al del chándal.

Y entonces, como si lo hubiera estado escuchando, el tipo bajó.

Bajó rápidamente.

A toda velocidad.

Tanta que a Monroy casi no le dio tiempo de verlo antes de oír el taponazo contra el pavimento a unos metros del coche. Cayó a plomo desde vaya usted a saber qué piso del edificio y acabó despatarrado sobre la acera.

# **UNA COSA DE AMORES**

Por supuesto, todo había empezado antes. Todo, siempre, ha empezado antes y seguro que, en la cadena causal que conducía hasta aquel instante, uno podría haberse remontado al momento en el que el papá de Jorge Mesa depositó su semillita en los fértiles ovarios de su mamá, pero para Eladio Monroy aquel lío había comenzado como solían empezar todos sus líos, con un cortado en el bar Casablanca, con un encargo que llegaba en uno de esos momentos en los que Eladio andaba sin perras o con el suficiente aburrimiento encima como para dejarse enredar en un trifostio de ese tamaño.

Era viernes, se avecinaba octubre, los incendios forestales le habían dado a Gran Canaria un verano de mierda y las cámaras acababan de disolverse, con lo cual se estaba quedando un otoño estupendo para volver a votar por no se sabía qué vez en un par de años. En el Casablanca, Casimiro trasteaba tras la barra, Juan el del Pescao casi seстеaba sobre ella con el arrullo de la televisión donde una presentadora de magazín matinal y unos tertulianos de lo mismo intentaban que la inminente separación de un matrimonio de cachanchanes resultase un asunto de interés, y Monroy se aburría. Sí, se aburría. Y puede ser que eso haya sido la causa de todo o, al menos, un aspecto importante de la cuestión. Porque ese día (igual que los inmediatamente precedentes) Monroy se aburría como un sordo en un concierto de arpa solista mientras hojeaba (o, más bien, ojeaba) los periódicos manchados de grasa y café que Casimiro ponía a disposición de su cada vez menos distinguida clientela.

Monroy ya no compraba *El País*. Uno de los motivos era que Forges había muerto. El segundo, que entre Manolo y Las Tres Desgracias lo habían ido acostumbrando a picotear la prensa en digital y hasta se había suscrito a un par de periódicos *online*. Por eso, a la hora del cortadito, solo echaba un vistazo a los ejemplares de *La Provincia* y el *Canarias 7* comprados por Casimiro en el estanco de enfrente y que, cuando él llegaba, ya se habían convertido varias veces en un montón de hojas impresas, como contaba Cortázar que ocurre con los diarios una vez leídos. Amén de la ventaja económica (los periódicos no son caros, pero leerlos gratis es todavía más barato), eso le permitía disfrutar tanto de las viñetas de Morgan como de las de Padylla y Montecruz. Entre los tres acumulaban suficiente ingenio y mala baba como para que la ausencia del maestro Antonio Fraguas doliese un poco menos. Aunque doliese.

Así, echándose el cortadito, fue como Eladio Monroy se enteró de que García Medina parecía haber encontrado al fin su sitio en la política. Tras quince años intentándolo, primero entre la derecha insular y luego entre el neoliberalismo nacional, el muy malnacido se había hecho un hueco a la derecha de la derecha de la derecha e iría en las nuevas elecciones de número dos en

las listas de Democracia Española Nacional, que no arrasaría en Canarias (donde hay poco Opus y casi ninguna afición a los toros), aunque contara con el suficiente número de desinformados como para arañar algún escaño.

Leyendo aquello, se le comenzó a calentar la sangre, como siempre que se acordaba del millonitis. Si no llegó a alcanzar el punto de ebullición fue porque una mujer entró en el Casablanca, se plantó frente a él y pronunció su nombre.

Eladio Monroy alzó la vista y se quedó mirándola, preguntándose de qué la conocía.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad?

Monroy buscó en su base de datos los ojos marrones y achinados, el rostro alargado de bronceado a punto de caducar, la mandíbula algo ancha para hacer sitio a unos dientes quizá demasiado grandes pero bien ordenaditos en una sonrisa amplia. Le sonaban aquellos ojos y aquella sonrisa, pero no la melena teñida de caoba ni el vestido rosa palo demasiado fresco para la época. Enseguida descubrió la chamarrita de falso cuero azul puesta de través sobre el bolso que pendía de uno de sus hombros. Volvió al rostro, intentando dar con un nombre. Ella, divertida, se dejó observar y él le calculó la edad entre los treinta y muchos y los cuarenta y pocos y registró el colgante con una pequeña pintadera de plata, los pendientes discretos, la cicatriz casi imperceptible en el extremo de la quijada, muy cerca de la oreja izquierda. Únicamente entonces, al percatarse de la cicatriz, vino a su memoria una casa en Escaleritas, un niño triste, el olor de un caldo de pescado, la amable hospitalidad de unos ancianos.

—¿Sonsoles?

Sonsoles, la hija de Paco Nieves, el ferretero, asintió.

—Muchacha, ni te conocí —dijo Eladio, sonriente.

—Normal. Hace tiempo.

—¿Cuándo fue la última vez?

—En el funeral de mi padre.

Ambos asintieron y mantuvieron una sonrisa de cortesía. Sonsoles podría haber disimulado. Habría sido fácil para ella decir que lo había visto al pasar o, incluso, que había entrado a tomar algo y se lo había encontrado. En lugar de eso, le preguntó si podía sentarse y eso dejó claro que venía expresamente para verlo a él.

En el Casablanca nunca sabes si el tuerto Casimiro te atenderá en la mesa o te hará ir a la barra. Dependerá de lo atareado que esté, de lo mal o bien que le caigas, de si ha dormido mejor o peor, de si le sale de los huevos. Puede que le apetezca, que levante una mano para indicarte que permanezcas en el sitio y venga a preguntarte qué se te ofrece, condescendiendo incluso a mirarte con su ojo operativo. O puede que, después de sentarte en una de las tres mesitas miserientas, lo descubras apoyado en el bastidor de la cafetera, fingiendo que has caído en el ángulo muerto de su visual y aguardando a que te levantes a pedir porque él no es un esclavo y qué coño te habrás creído tú, que ya es bastante con que soporte tu presencia en su puto bar.

Ese día Casimiro no tenía una mañana especialmente buena: a primera hora había intentado reclamar una factura de Endesa y luego había discutido con un proveedor. Pero su oído y su memoria funcionaban mejor que su percepción de la profundidad espacial y, al entender que se trataba de la hija de Paco Nieves, acudió no solo a tomarle el pedido, sino hasta a preguntarle por su madre. Y, para variar, con buena intención.

Sonsoles contó, para él y para Eladio, que Sarito estaba estupenda. Se pasaba fuera todas las tardes, entre cursos de ganchillo, excursiones y clases de tango. Ahora hasta se había apuntado a un club de lectura.

—Ahí, en la Biblioteca Insular —explicó, ante el asombro divertido de ambos hombres—. Yo, después de lo de mi padre, pensé que iba a tener que estar más pendiente de ella y, mira tú, para verla tengo que coger número.

Los tres se sonrieron al pensar en Sarito yendo del tingo al tango con las amigas. Pero Monroy también la imaginó sola entre figuritas de porcelana siempre expuestas para unas visitas inexistentes, viendo la telenovela en la soledad de la casa que había compartido con Paco Nieves durante casi cinco décadas, y se alegró por ella.

—A tu hermano sí lo veo a veces, en la ferretería —dijo Casimiro, inesperadamente locuaz.

—Sí, ahí sigue. El negocio aguanta, aunque con tanto Leroy Merlin y tanto centro comercial, ya sabes...

—Quita pa'llá, muchacha —convino el tuerto—. A los chicos, si nos dejamos, nos quitan hasta la cerilla de los oídos.

—Eso es verdad.

—Bueno, ¿qué se te apetece, mi hija?

Sonsoles pidió un café con leche y un vasito de agua de Fargas, si podía ser, y Casimiro, por una vez, se dio prisa en prepararlo y traerlo. Luego, para dejarlos tranquilos, regresó a sus

labores y a su mala leche habitual. No obstante, si alguien se hubiese tomado la molestia de fijarse, habría podido observar que su expresión se había ablandado hasta casi resultar amable. Quizá por la visita de la mujer a quien había dado caramelos cuando era niña, o por lo que le había contado acerca de su madre, a quien apreciaba, o por el recuerdo del difunto Paco Nieves, el ferretero que los había surtido a él y a media ciudad de herramientas y materiales durante años sin engañar nunca, aconsejando siempre y hasta fiando cuando hacía falta. Vaya usted a saber exactamente, pero lo cierto es que su gesto casi parecía simpático.

A Paco Nieves, Monroy le debía más que un buen consejo o un fiado. Sin embargo, siempre habían sido Paco Nieves y su familia quienes se habían considerado en deuda con él. Especialmente Sonsoles.

No hablaron de eso. Mientras ella endulzaba el café con leche, Eladio prefirió interesarse por su hijo, aquel niño triste que tenía sus motivos para serlo.

—¿Y el pibe? —preguntó.

A Sonsoles volvió a iluminársele el rostro, como al hablar de su madre:

—¿Aitor? En Granada está. Ya en la universidad. ¿Te puedes creer? Le dio por la filología: Lenguas Modernas.

—Un garbanzo negro le sale a cualquiera —se sonrió Monroy.

—Dicen que no tiene mucha salida. Pero ¿qué carrera te da hoy en día una seguridad, muchacho? Mira yo, que estudié veterinaria y me pasé un montón de años sin trabajar. Para como está la cosa, por lo menos que estudie algo que lo haga feliz.

—Dices bien.

Por supuesto, Monroy no le preguntó por el padre del chico. Después de su último encuentro con Eladio, a Carmelo Jiménez Vega no le habrían quedado ganas de volver a molestar a Sonsoles. O, quizá, simplemente, el tiempo lo había ido amansando. Él no recordaba la fecha con exactitud, pero si el niño que había visto cómo golpeaban a su madre estaba ya en la universidad, tenía que haber pasado un buen puñado de años.

—¿Y tú, a qué te has dedicado?

Sonsoles sonrió y sus ojos buscaron la respuesta más allá de él. No volvió a mirarlo a la cara hasta que la hubo encontrado.

—A madurar, supongo. —Hizo una pausa. Sin perder la sonrisa, acarició con dos dedos el filo de la mesa, como si pensara en arreglos florales o en una cesta de mimbre con cachorritos. Luego explicó—: Me centré mucho en Aitor. Al final, he conseguido que no se parezca al padre. O eso creo. Pero también me dediqué tiempo a mí misma. Volví a trabajar. Monté una clínica pequeñita, con un par de compañeros de la facultad.

—¿Ah, sí? ¿Dónde? —Monroy no tenía animales, pero le pareció cortés preguntarle.

Ella sacó como de la nada una tarjeta y se la entregó. La clínica estaba en el extrarradio, en uno de los barrios que se distribuían en diseminados a lo largo del Guinguada.

—En realidad, no me hacía falta; mi padre siempre nos dio buen echadero. Pero ya sabes: la independencia. O, mejor dicho, la autosuficiencia. No es lo mismo vivir de las rentas que ganarte el jornal.

Monroy asintió. No necesitaba más explicaciones, pero sí un cigarrillo y empezó a temerse

que la cosa fuera para largo. Pero Sonsoles debía de tener el terreno casi preparado para contarle lo que hacía allí, porque tomó un sorbo de su taza, se quedó mirando la mancha de carmín que había dejado en el borde como si pudiese borrarla con la vista y dijo:

—Mi padre te apreciaba mucho.

—Y yo a él.

—Siempre decía que eras de fiar. Y sé que te debo un favor.

—¿Un favor? ¿Qué dices, muchacha? Yo no...

—A ver, Eladio —lo cortó Sonsoles—, mis padres nunca entraron en detalles, pero yo sé sumar dos y dos. Con lo poquito que me contaron ellos, lo que le pasó a Carmelo y el cambio de actitud que tuvo luego, tuve suficiente para solucionar la ecuación.

Las ganas de fumar socavaron la cortesía de Eladio lo suficiente como para que le dijese a Sonsoles:

—¿A qué viniste? ¿A hablar de matemáticas?

Sonsoles se rio. Tenía una risa amable, de las que convidan.

—Me estoy yendo por las ramas, ¿no?

—Un poquito.

—De acuerdo, vamos a centrarnos. Necesito que me ayudes con una cosa. —Monroy comenzó a hacer un gesto de rechazo. No obstante, ella se apresuró a añadir—: No, no es nada violento, ni ilegal. Pero es algo que no puedo hacer yo y se me ocurre que tú, que tienes mucho mundo y eres un hombre discreto, me podrías echar una mano.

—¿Con qué?

Sonsoles volvió a reírse, pero esta vez con cierto pudor, mirando a los lados como si estuviese prohibido.

—Te vas a descojonar, pero es una cosa de amores.

Eladio Monroy no se descojonó. Ni tan siquiera le pareció cursi la expresión elegida por Sonsoles. A estas alturas de su vida, las cosas de amores eran ya casi las únicas que le inspiraban respeto. Esa reacción animó a Sonsoles a sacar del bolso un teléfono móvil, buscar una imagen en la pantalla y ponerla ante él.

Era una de esas fotos que uno se saca a sí mismo junto a personas a las que quiere o de cuya relación desea presumir o ambas cosas. Mostraba a la propia Sonsoles con un hombre que era quien debía de manejar el teléfono con el que había sido hecha la retratadura. Ambos vestían de verano, sonreían, bebían vino en un restaurante con terraza, eran felices y, por el fondo y el entorno, debían de estar en las inmediaciones de una playa de alguna de las islas orientales. El tipo era más bien apuesto, de cabellos castaños y rizados y hermosos ojos que tiraban al gris. El afeitado perfecto, la nariz y la boca hechas de encargo, la ausencia de marcas visibles y hasta el polo color violeta hicieron a Eladio sospecharle una vida más o menos confortable, sin demasiados contratiempos físicos o económicos, unos padres orgullosos de haber criado a aquel muchacho tan guapo y agradable.

Monroy dejó de mirar la fotografía un momento antes de que el móvil entrara en hibernación.

—Se llama Diego —dijo Sonsoles.

—¿Y qué le pasa?

—Eso es lo que quiero saber.

Diego Miranda Santana era amigo del marido de una prima de Sonsoles. Acaso se habían cruzado en la boda de estos o en alguna otra reunión populosa (bautizos, primeras comuniones, funerales), pero Sonsoles no se había fijado en él hasta una cena en casa de su prima. Él también había acabado fracasando en su primera visita al registro civil, aunque aquel matrimonio, breve y al parecer poco tempestuoso, no había producido descendencia. Así que, a todos los efectos, hacía una vida de solterón disfrutón, de *single*, como dicen los modernitos que ya se van quedando obsoletos.

A aquel primer encuentro lo siguieron otros con el mismo grupo de amigos, contactos a través de las redes sociales y aplicaciones de mensajería instantánea. Sonsoles no fue demasiado específica sobre eso, pero debieron de tomárselo con calma, porque no fue hasta meses más tarde, en enero del 2017, cuando comenzaron a salir. Sonsoles empleó esa misma expresión, como si fuesen unos adolescentes, acaso porque así debían de sentirse aquellos dos divorciados treintañeros que parecían haberse encontrado justo cuando les tocaba encontrarse.

Desde entonces, habían tenido una relación estupenda, sin controles, sin agobios, con una confianza y una intimidad muy agradables.

—Entonces, no has tenido ninguna movida rara con él —supuso Monroy.

—En absoluto. Y si la hubiera tenido, ahora no estaríamos hablando de esto. Tú sabes que yo tuve un mal matrimonio, Eladio, y un divorcio todavía peor. Después de lo del cabrón aquel, he ido siempre con mucho cuidado. He estado con gente, pero muy suelta. Y en cuanto he visto un atisbo de que alguno me intentaba controlar, lo he mandado a que le frieran un huevo.

Al escuchar esto, Monroy recordó algo que le había dicho Gloria en una ocasión en que él le habló de la posibilidad de ponerse a vivir juntos: «Para un cuarto de hilo de carne, no voy a cargar con el cochino entero».

Sonsoles le dijo que le contaba todo aquello para que no pensara que ella era una desesperada o una flipada (empleó esas exactas palabras), para que entendiese que, aunque candidatos no habían faltado, el único al que había merecido la pena darle una oportunidad había sido Diego.

—Lo nuestro ha sido una relación muy madura. Con cabecita, ¿tú me comprendes? Y muy feliz. Cada uno en su casa, pero, en realidad, muy unidos: llamadas a diario, casi todos los fines de semana juntos y, alguna vez, entre semana. Encima se llevaba estupendamente con Aitor. Y mira que mi hijo tiene su carácter. Entre lo que pasó con el padre y que es muy madrero, siempre le ha costado coger confianza. Pero Diego tiene un buen déjame entrar. Se iban de librerías, jugaban a la consola, y hasta al baloncesto. No sé, se llevaban bien.

A estas alturas de la conversación, Eladio llevaba ya un buen rato callado, dispuesto a asesinar a alguien si era necesario para echarse un cigarrito y mirando a Sonsoles con cara de preguntarle de una vez por qué carajo le contaba todo aquello.

—Así que todo era estupendo —prosiguió ella—. Hasta estábamos empezando a darle vueltas a la idea de vivir juntos. De hecho, el que lo comentó fue él.

—¿Y entonces? —preguntó Eladio desde su sensación de hastío, sus ganas de fumar, su intuición de que la historia que le estaba contando Sonsoles ya la había oído mil veces.

—Entonces, un buen día, cortó con todo.

Monroy se limitó a inclinar la cabeza hacia un lado, dar un bufidito y decir «Ya». Si hubiese tenido un cigarrillo, habría jugado a desprender las cenizas contra el cenicero mientras esperaba a que ella explicara cómo había sido la cosa. Pero no lo tenía, así que dijo «Ya» y permaneció esperando.

—Y la cosa es que no había habido discusiones, ni ningún cambio de actitud. Nada. De pronto, me llama, me dice que tenemos que hablar, quedamos para echar un café y corta conmigo. Así, sin más. Esa misma tarde fue a mi casa para traerme mis cosas y coger las de él y, nada, amigos que fuimos. Eso fue hace un par de semanas. El 11 de septiembre, miércoles.

—Parece que lo tienes bien anotadito —dijo Eladio.

—Fue después del Pino.

Ese año, el día del Pino había caído en domingo, así que el día feriado se había pasado al lunes, proporcionándole un puente como está mandado a toda la isla. Por lo que contó Sonsoles, habían pasado el fin de semana en Teror, de tenderete con la familia de ella, y habían bajado para Las Palmas el lunes por la noche.

—El martes por la mañana, cada uno se fue a su trabajo y no nos vimos más. Luego no sé qué haría, pero sé que subió a dormir a Moya, porque me llamó desde allí, como siempre, para darme las buenas noches.

—¿Se fue a Moya?

Sonsoles cayó en la cuenta de que se había olvidado algo:

—Claro, no te dije: Diego vive en Moya. Por eso cuando llegamos tarde de alguna fiesta se queda a dormir en mi casa, que le queda más cerca del trabajo. Bueno, o se quedaba —se corrigió con un deje de resquemor.

—Vale: entonces se pasaron el fin de semana en Teror antes de que él cortara —dijo Monroy para intentar hacerla retomar el hilo y que acabara el cuento, para poder salir a fumar.

—Sí. Y, por si te lo preguntas —a estas alturas, lo único que Monroy se preguntaba era cuándo iba a ir al grano Sonsoles de una reputísima vez—, no hubo nada fuera de lo normal: estuvo igual de cariñoso que siempre y hasta me comentó planes para el otro fin de semana. Pero, al día siguiente, eso, me llama muy serio, me dice que quedemos y me da la patada. ¿Cómo lo ves tú?

Monroy aprovechó para sacar un billete de cinco.

—Yo, mi niña, cuando tengo ganas de fumar, lo veo todo desenfocado. Y ahora mismo tengo ganas de fumar.

Sonsoles comprendió. Hubo de consentir que Eladio fuese quien pagara, porque él tampoco

le dio mucha oportunidad de resistirse al levantarse y dejarle el billete a Casimiro sobre la barra. Luego se despidió del tuerto mientras el exmarino la esperaba ya en la calle, encendiendo un Lucky Strike cuyas primeras caladas le supieron a jodida gloria. Cuando Sonsoles se le incorporó, Monroy dobló por la calle Castrillo y avanzó hacia Luis Doreste Silva. Después giró a la derecha y se dirigió hacia el sur dejándose acompañar por la veterinaria atribulada.

A Fayna, la mujer del Pambu, no la imaginaba Falo el Moldura haciendo un máster, así que debía de estar haciendo la compra, haciéndose las uñas, haciéndose la loca, haciendo cualquiera de las cosas que una piba como Fayna suela hacer a las once y media de la mañana de un viernes, pero el caso es que no estaba en casa, porque la puerta la abrió el propio Pambu. En el salón, los hijos del Pambu (que tenían que haber estado en el colegio pero no lo estaban) jugaban a la consola con gran escándalo de batalla virtual en la que se entremezclaban gritos, tiros y explosiones. Falo Iriarte ni siquiera los saludó. Sabía que no le habrían correspondido y él se habría quedado allí, como un imbécil, a merced de dos pibes malcriados de ocho y diez años, tan guapos como su madre y tan bestias como su padre.

Como solía, el Pambu embutía sus ciento treinta kilos de grasa y músculos en unos *shorts*, mostrando la combinación de tatuajes, cicatrices y sudor que le amenizaba la piel. Al recibirlo, le sonrió y lo hizo pasar, pero, en gesto maquinal característico en él, se pasó la mano por la cabezota rasurada, mostrando así algo de contrariedad, y Falo entendió que no le apetecía recibirlo esa mañana. Y bien, pensó Falo, a mí tampoco me apetece verte, puto gordo, pero aquí estamos.

Pasaron a la cocina, donde un caldero de potaje emponzoñaba el aire con sus efluvios, y Falo tomó asiento a la mesita con un mantel de hule sobre el cual había un frutero lleno de plátanos y naranjas de plástico, cubierto todo ello por una pátina de grasa que jamás producto de limpieza alguno había osado quebrantar. La olla hacía ruido al hervir y su chisporroteo se entremezclaba con el ruido de los críos en el salón y el reguetón que algún vecino tenía puesto a tope. Por qué será que todos los horteras son sordos.

—¿Y qué dice el hombre? —dijo el Pambu.

—Por aquí me ando.

—¿Un cafecito o algo, compadre?

—No, gracias, querido. Ya tomé.

Las cortesías se habían acabado. El Pambu sabía que Falo había venido porque tenía que hablar con él de cosas que a ninguno de los dos les gustaba comentar por teléfono, a merced de rastreos, monitorizaciones o como coño quisieran llamarlo los maderos. Así que recostó el culo contra el poyo de la cocina y se cruzó de brazos para preguntarle:

—Bueno, ¿cómo hacemos? ¿Te apuntas al negocio este o qué?

Falo ya traía más o menos preparada una respuesta, pero se demoró un momento más. Pensó en lo que había pasado hacía un par de semanas, en la prudencia, en el miedo. Pero también se

dijo que, después de aquello, no había vuelto a pasar nada. Quizá podía permitirse regresar a la rutina. Quizá no. Decidió ser sincero con el Pambu:

—No lo sé.

—Pues tú verás. Porque yo necesito que salga pa'lante.

—Es que no sé si me voy a tener que mandar a mudar una temporada.

—¿Tienes alguna movida chungu?

—Ahí está la vaina, que no estoy seguro.

El Pambu no era de preguntar sobre asuntos que no fueran de su incumbencia. Se levantó y se puso a remover el potaje, mientras esperaba a que Falo se decidiese de una puta vez. Eso ocurrió solo tras una pausa de casi un minuto que el Moldura rompió con un bufido.

—Mira, Pambu, desde el respeto: lo voy a tener que dejar pasar, compadre. Te paso el contacto y fío por ti, pero yo, esta vez, me hago para un ladito. Si las cosas se me tuercen, voy a necesitar el *cash*. Para la siguiente, ya sabes dónde estamos. ¿Tú te puedes conseguir otro socio para esta tanda?

—Socios no faltan. Lo que falta es gente de la que te puedas fiar, hermano.

Falo le agradeció el cumplido tácito. En realidad, le jodía no participar en la operación. Era un buen cargamento y entraría sin problemas. Pero si su *quizá sí* se convertía en un *quizá no*, le convenía que aquella historia no lo sorprendiese en medio de una movida, obligándolo a dejar atrás la mercancía y un pastón que le haría falta o, peor, cayendo en manos de la madera y hasta arrastrando al Pambu y a su gente en la caída.

Sacó el móvil y le envió un número de teléfono al Pambu.

—El tipo es este. Yo lo llamo luego y le comento lo mío y le digo que lo vas a llamar para quedar con él.

El Pambu miró el mensaje en su teléfono.

—¿El tío está aquí? —quiso saber.

Falo negó con la cabeza:

—No, en el godó. Pero tenía previsto venir esta semana, para organizar el asunto. ¿Te dará tiempo de buscar un socio capitalista?

—Igual ni me hace falta. Tengo algo ahorrado.

—Bueno, si te lo puedes permitir, mejor para ti.

—Yo prefiero ir a pachas contigo, como siempre. Pero si tú no te apuntas, mejor solo que mal acompañado.

Falo se encogió de hombros, se puso en pie, le dio un puñetazo suave al Pambu en uno de sus brazos descomunales y enfiló hacia la puerta, saliendo de la nube de olor a potaje. En la puerta de calle, hasta donde lo había seguido, el Pambu le manoteó las espaldas.

—De todos modos, si te lo piensas mejor, tienes margen para volver a subirte al carro.

—Se agradece, compadre.

La puerta de la vivienda se cerró detrás de Falo, pero los ruidos de la consola lo fueron acompañando en el descenso por las escaleras, encajadas en paredes leprosas de humedad y con zócalos sueltos, lamidas por el calor y el reguetón del vecino tocapelotas. Un descansillo más abajo, los pibes que cuidaban la casa fingiendo que jugaban a la baraja lo despidieron con el

mismo gesto hombruno con el que lo habían saludado al subir. Los pibes no siempre eran los mismos, pero siempre eran iguales: cachorros de músculos nerviosos con la agilidad de un gamo y la inteligencia de un cabo interino, carne de esquina y talego, menos violentos de lo que parecían pero más crueles de lo que uno podría llegar a imaginarse si le tocaba enfrentarse con ellos.

Al llegar a la calle, pasó junto a los otros tres que compartían un porro en el murete que flanqueaba el edificio. Y de nuevo se repitió el saludo. Él no sabía quiénes eran exactamente ellos, pero ellos sí sabían quién era él: colega del Pambu, un pureta de confianza. Por eso Falo sabía que nadie se metería con él y al llegar al furgón se lo encontraría exactamente igual a como lo había dejado.

Así fue. El viejo Nissan blanco rotulado con el logo de IRIARTE SANTANA TRABAJOS DE ESCAYOLA continuaba aparcado en batería entre un cuatro por cuatro y el Mazda tuneado del Pambu. Cuando iba a Jinámar para verse con el socio, Falo prefería llevar el furgón de currante, acaso más llamativo, pero que podría justificar mejor su presencia en el barrio que el Honda Civic que conducía normalmente. Dio marcha atrás y enfiló calle abajo, hasta la rotonda que llevaba a la autopista.

Estaba habituado al camino de regreso, con el mar a su derecha y la ciudad adivinándose al frente, con aquella zona horrible después de la potabilizadora, la vista que el Tritón embellecía a duras penas. Lo único que variaba era el tiempo atmosférico y la situación del tráfico. Por lo demás, la rutina siempre era la misma.

Rutinas. Horarios fijos. Seguridad.

Cuando descubrió que sería moviendo polvo y no con su oficio de escayolista como habría de buscarse la vida, Falo el Moldura elaboró una corta lista de preceptos que debía tener en cuenta si seguía dedicándose a trapichear.

#### LEYES DEL TRAPICHEO

1. RECOGE LA MERCANCÍA LO MÁS TARDE POSIBLE. DESPÁCHALA CUANTO ANTES.
2. NO CONSUMAS DE TU PROPIO GÉNERO.
3. DÉJALO EN CUANTO PUEDas.

Hechas las necesarias averiguaciones, escarmentando en las ajenas cabezas de tantos amigos del barrio que habían acabado apalizados, enganchados o en el talego (o todas esas cosas, simultáneamente o en rápida sucesión), Falo sopesó muy bien esos tres preceptos y los consideró indispensables si no podía vivir de su trabajo y tenía que dedicarse a esto. Escribió la lista con un bolígrafo Bic en un papel cuadriculado, una simple hoja arrancada del cuaderno escolar de Óscar, con letras de molde y ortografía cuidada. Jamás la pasó a limpio. Así, como estaba, la pegó con cinta adhesiva a la cara interior de la puerta de su ropero, en la alcoba de matrimonio que aún usaba con Miriam. Ahora, tantos años más tarde, la hoja continuaba allí, amarillenta, con raña acumulada en los extremos de la cinta adhesiva. Y Falo se felicitaba siempre a sí mismo por obedecer a rajatabla las dos primeras leyes y, al mismo tiempo, se martirizaba por no haber

cumplido aún con la última. Porque sí: hacía once años que el propietario del cuaderno de donde arrancó la hoja para escribir sus leyes se había marchado con su hermana Julia y con la madre que los parió a los dos y solo venían a casa durante las vacaciones. Y a veces ni eso, porque Óscar ya tenía dieciocho años y Julia dieciséis, y a veces elegían no ir, y a ver quién los convencía de pasar unos días con su viejo. Cuando se dignaban a hacerlo, Falo cerraba el chiringuito durante un par de semanas y procuraba fingir que de lo que se tomaba vacaciones era de su ocupación oficial como escayolista y no de su verdadero oficio de *dealer*. Pero los pibes, seguro, se olían de qué iba la cosa, y Falo, en el fondo, sabía que ellos se lo olían. Por lo demás, habían tenido suerte: Miriam se había casado con un buen tipo, un vasco, ingeniero técnico, con quien se habían ido a Vitoria Gasteiz, y los chiquillos habían terminado de educarse decentemente, en colegios pijos pagados en parte con el dinero que él no dejó de enviar ni un solo mes. Esos eran los dos secretos para su buena relación con Miriam: la manutención indefectible y la lejanía. Con ella hablaba más bien poco: se felicitaban cortésmente las fiestas y los cumpleaños, o cuadraban agendas para las vacaciones de Óscar y Julia. Sin rencores, con elegancia. Con ellos, en cambio, había llamadas de vez en vez o mensajes de móvil a cada par de días. Sin embargo, según iban creciendo, cada vez los notaba más distantes y distintos, más peninsulares, más ajenos a la casa paterna y a los abuelos maternos, que continuaban viviendo en La Isleta.

Pensando en Julia y en Óscar, Falo se había dejado llevar por el conductor que había en él hasta el cuello de botella de la entrada del túnel Julio Luengo. Únicamente al llegar al semáforo, se percató de que hacía kilómetros que no dejaba de pensar en los pibes. Regresó a la realidad cuando el tipo que aprovechaba el disco rojo para pedir la voluntad llegó a su ventanilla. Debía de tener su edad y llevaba en el rostro una tristeza no impostada. No parecía un yonqui ni un alcohólico, sino un padre de familia con mala suerte, alguien que había intentado sobrevivir con un oficio honrado en un mundo donde casi nadie lo es. El de escayolista, por ejemplo. Y, por supuesto, le había salido mal. Buscó en el cenicero algunas monedas y se las dio, sin que le diese tiempo a recibir su gratitud, porque el semáforo había cambiado ya.

La plaza Párroco Manuel Guedes no es más que el cuadrilátero que acabó resultando cuando un par de edificios de mediana altura quedaron flanqueados por dos elegantes monstruos de hormigón y cristal durante una operación urbanística de los años noventa que alguien tuvo el cuajo de llamar La Gran Manzana. Cuatro banquitos de obra y sendos flamboyanes guerrilleros procuran amplificarle simetrías y ameritarle la denominación. Rodeándolos, de esquina a esquina, hay una pescadería, una copistería, dos cafeterías, una tintorería y una panadería-dulcería que atraen a gente que no vive ni en los monstruos elegantes ni en los edificios de mediana altura. Hasta esa plaza fue hasta donde Sonsoles hubo de seguir a Eladio, que, sin consultarle nada, eligió mesa de terraza en una de las cafeterías y se sentó. Cuando la camarera vino a tomarles la comanda, Monroy ordenó un cortado. Sonsoles no quería más café; por pedir algo, pidió un zumo de melocotón. Después, para sorpresa de Eladio, sacó un paquete de LM y encendió uno.

—No sabía que fumabas —dijo él.

—Haber preguntado.

Monroy se tragó el corte, sabiendo que era lo justo. Y, de paso, Sonsoles volvió a caerle bien.

—Bueno, ¿por dónde íbamos?

—Íbamos por hace un par de semanas, cuando Diego me dejó en palanca.

—Vale, íbamos por ahí. Pero no entiendo bien qué puedo hacer yo.

—En realidad, es muy sencillo: averiguar qué le ocurre a este hombre.

—Eso parece más bien una tarea de psicólogo. Terapia de pareja y toda esa historia.

La camarera vino con el pedido. Sonsoles esperó a que se marchase antes de decir:

—Los tiros no van por ahí. De hecho, cuando cortó conmigo, yo noté como que, en realidad, no quería. Era como si rompiera porque se veía obligado, porque algo o alguien...

Monroy la detuvo con un gesto de la mano.

—Párate ahí un momentito. ¿Qué motivos te dio exactamente?

—Exactamente, exactamente, ninguno. Me dijo que no tenía queja de mí, que habían sido un par de años estupendos, que quería a Aitor como si fuera hijo suyo, pero que él no podía seguir conmigo, que se tenía que alejar. «Eliminar todo contacto», creo que llegó a decir.

—Pero supongo que tú le habrás preguntado por qué, ¿no?

—Claro. Claro que le pregunté. De mil maneras. Estaba flipando. Y hecha gofio.

Por supuesto, Sonsoles lo había llamado, le había escrito mensajes. Incluso, tras toda una noche dándole vueltas a la cabeza, se había presentado una mañana a la puerta de su casa. Él, sin

violencia, sin aspavientos, con una seriedad inédita, le había advertido que no volviera a hacerlo jamás; que, por el bien de todos (el de ella, el suyo propio, incluso el de Aitor), tenían que dejar las cosas de ese tamaño. Cuando Sonsoles le preguntó qué tenía que ver Aitor en todo aquello, Diego solo le contestó que no podía contarle nada, y que, por lo que más quisiera, se alejara de él. Luego se metió en su coche y se marchó a trabajar.

—Eso fue la semana pasada. Desde entonces, no lo he vuelto a ver. Creo que sigue yendo al trabajo. Y poco más. No va al gimnasio, casi no se ve con los amigos, y a los padres los ha dejado de visitar. Los llama para ver cómo están, pero solo eso.

—¿Eso cómo lo sabes?

—Me llevo bien con la familia. Ya te digo que era una relación muy sólida.

Monroy imaginó a Sonsoles rebajándose. Rebajándose a llamar a los amigos comunes o a los amigos de Diego, a sus padres, a aquella prima en cuya casa habían entablado relación, entrando de madrugada en sus perfiles de las redes sociales para averiguar qué cambios había habido en su vida. Al fin, por mucho que ella dijera, lo que tenía delante era simplemente una mujer enamorada que no sabía por qué había desaparecido de pronto el suelo que tenía bajo los pies.

Las respuestas podrían ser las de siempre: otra mujer, otro hombre, la muerte del amor o, más sencillamente, la constatación por parte del amigo Diego de que se había embelesado en exceso, de que se había dejado conducir a un mundo de relaciones y responsabilidades donde no le apetecía habitar. A fin de cuentas, la reacción lógica de cualquiera al descubrir que las cosas van demasiado rápidas en una relación: frenar en seco y bajarse del carro. Pero los tíos así comenzaban pidiendo una pausa, no cercenaban la cosa de un tajo.

Pensó en todo esto mientras fumaba otro cigarrillo, escuchando aquella historia de amor contrariado que, como la mayoría, no tenía interés alguno para casi nadie salvo para implicados directos y demás allegados. Sin embargo, no dijo nada. Continuó fumando, dando sorbos al cortado de compromiso, preguntándose de qué manera suave rechazaría la inminente propuesta de Sonsoles.

—No sé, Eladio —proseguía ella, como si pudiese leerle la mente—, si fuera que ha aparecido otra persona o que hay un bache en la relación o, para no cansarte, que se aburrí, pues, yo qué sé, me dolería, pero lo acabaría entendiendo. Si fuera alguno de esos casos, me quedaría conforme. Lo que me preocupa es que tenga algún problema gordo y no pueda contar con nadie.

—¿Algún problema gordo como cuál?

—No sé, algo económico. O del trabajo.

—¿A qué se dedica?

—Es contable.

—¿Dónde?

—En una empresa consignataria. Tiene un puesto más o menos bueno.

—O sea, que tiene una situación más o menos desahogada.

—Hasta donde yo sé, sí.

—¿No se ha metido en inversiones arriesgadas, ni rada por el estilo?

Sonsoles negó varias veces con la cabeza.

—No. No es un tipo ambicioso. Vive de una manera razonable, que yo sepa. Tiene la casa de Moya, un Dacia que todavía está pagando y, como mucho, se da una fiesta de vez en cuando.

—¿Vicios?

—Los mismos que todo el mundo. Un vinito cuando salimos a cenar y un par de rones, si estamos de parranda. Aparte de eso, el abono del Herbalife y poco más.

—¿Ni bingo ni apuestas ni juergas ni nada de eso? —insistió Eladio.

—No —volvió a negar Sonsoles.

—Que tú sepas.

—Que yo sepa. Ese es el asunto: lo que quiero es estar segura de que sé todo lo que hay que saber.

Monroy se pellizcó el mentón. Perdió la mirada por entre el tráfico de la Luis Doreste Silva, que raleaba a esas horas, y se fijó en la acera de enfrente, en una viejita que salía cargada de bolsas de una frutería. Sintió la fugaz tentación de cruzar la calle para ayudarla; las bolsas parecían pesar bastante y, puestos a prestar ayuda a quien la necesita, la anciana desconocida estaba antes que Sonsoles. Pero Sonsoles era hija de Sarito y de Paco Nieves, así que permaneció en su asiento y preguntó:

—¿Has pensado que quizá no tienes derecho a saber nada más?

Sonsoles dio un buche del zumo, apagó lo que le quedaba del cigarrillo y asintió.

—Claro que lo he pensado. Ya te dije que no soy una flipada. No te voy a negar que estoy jodida, que me duele el eguillo, pero lo único que me preocupa ahora mismo es saber que él está bien, que no ha hecho esto porque tiene algún marrón en el que yo lo podría ayudar. O, si no ayudar, por lo menos apoyarlo. Por supuesto, te voy a pagar. Lo que haga falta. Y los gastos que genere.

—Estás hablando como si ya te hubiera dicho que sí.

—Tampoco me has dicho que no.

—Es que no termino de entender lo que quieres exactamente.

—Que hagas tus averiguaciones, que te enteres de por qué se comporta así. Si puedes, claro. Si es algo que tú puedas averiguar, algo como lo que te dije.

Monroy se encogió de hombros.

—¿Y qué puedo averiguar yo?

—Tú eres bueno en estas historias. Yo lo sé y tú lo sabes. Es cosa de echar un vistazo, con discreción. Como no te conoce, te podrás acercar.

—¿Y si lo que averigüe no te gusta?

—Sea lo que sea, no me va a gustar. Pero siempre va a ser mejor que la incertidumbre.

Monroy volvió a pellizcarse el mentón y a mirar alrededor. Esta vez lo hizo durante un largo rato. Sin embargo, no halló ninguna viejita en cuya imagen refugiarse.

—Necesito algún hilo del que tirar. ¿Qué pasó en Teror?

—¿En Teror?

—Cuando lo del Pino. Fue lo último que hicieron juntos, me dijiste...

—Ah, pues fue todo bien. Subimos desde el sábado. Nos quedamos en la casa de arriba con mi familia.

—¿Subieron todos?

—Es tradición, desde la época de mi padre. Subimos todos: mi madre, mi hermano, mi cuñada y los chiquillos. Menos Aitor. Está en Granada desde primeros de mes. Aparte de eso, fue como todos los años, montamos tenderete con los vecinos.

Monroy imaginó el 8 de septiembre típico para cualquier familia de Teror, con comistrajés y guitarreos, en aquella casa que él conocía bien. Según prosiguió contando Sonsoles, ella y Diego habían bajado por la tardecita del lunes y el resto de la familia se había quedado hasta el martes. Cuando le preguntó por qué no se habían quedado ellos también, si había habido algún tipo de roce entre Diego y alguien de su familia, Sonsoles casi se rio:

—Pues claro que no. Diego no se lleva mal con nadie. Bajamos porque era lo que teníamos previsto: él entra temprano a trabajar y yo también tenía que estar a las nueve en el curro. Lo que sí hicimos, como otras veces, fue que él se quedó en mi casa a dormir, para no madrugar tanto, porque la empresa está en El Sebadal. Cuando va desde Moya, se tiene que levantar mucho más temprano.

Eso último ya lo había contado. Monroy prefirió continuar.

—De acuerdo. Me dijiste que el martes también fue todo muy normal.

—Sí. Nos mandamos algún guasapo durante el día y, por la noche, antes de acostarse, me llamó desde Moya.

—¿Estás segura de que estaba en Moya?

Sonsoles se sonrió. Había algo que no le había explicado.

—Él vive por el parque Pico Lomito y en esa zona del pueblo no hay buena cobertura. Cuando me llama desde allí, usa el fijo.

—¿Y eso a qué hora fue? —preguntó Monroy, tras asentir.

—Diez o diez y media. Ya te dije que madruga.

—Ya. Y el miércoles, cuando te llamó para citarse contigo, ¿qué hora era?

Hasta ese momento, Sonsoles pensaba que lo que Eladio llevaba rato haciendo en una servilleta eran solo garabatos. Ahora se dio cuenta de que eran anotaciones, realizadas con el bolígrafo metálico de resorte que llevaba siempre por si acaso. Desde donde estaba, podía leer inscripciones como «10/9/19» o «Consignataria». Se esforzó por ser precisa.

—Irían a dar las once de la mañana. Él hace la parada para el café a las diez y media y suele llamarme antes de volver al tajo.

—O sea, que si a este hombre le ocurrió algo de sopetón, tuvo que ser entre la noche del martes y la media mañana del miércoles.

—Eso me supongo.

La servilleta estaba casi completamente llena. Monroy la dobló, se la guardó en el bolsillo de la camisa, sacó otra del servilletero y la extendió ante sí, dando un suspiro de hastío.

—Voy a necesitar la dirección de la casa y de la empresa. Y unos cuantos datos más.

Sonsoles vio los cielos abiertos y se dispuso a hacer memoria.

Eladio Monroy entró en el número 15 de la calle Murga. No cogió el ascensor. Había adoptado la presuntamente sana costumbre de usar las escaleras si no venía cargado y no tenía prisa. Hoy no venía cargado. No tenía prisa. Así que subió los cuatro pisos al golpito y resoplando, pensando en la conversación que acababa de tener con Sonsoles, en el acuerdo al que habían llegado y en cómo se lo contaría a Gloria.

Al llegar, estaba tan embebido en esto que casi tuvo el instinto de llamar a la puerta de la izquierda para darle el periódico a Matías e intercambiar con él alguna de las coñas chuscas que a lo largo de veinte años se habían hecho a diario. Sin embargo, recordó que Matías ya no vivía allí y que ese era el tercero, aunque no el menos importante, de los motivos por los que había dejado de comprar *El País*. Ahora la vivienda que el viejo había ocupado durante media vida lucía junto a su puerta una plaquita de metacrilato. Con el yerno en paro, la hija limpiando por horas y en negro, y la pensión del propio Matías como único ingreso estable, la familia había acabado contratando con una empresa de apartamentos turísticos. Ahora frecuentaban el piso grupitos de jóvenes más o menos ruidosos, parejas de guiris tranquilos con el plano de la ciudad en la mano o peninsulares de mediana edad que parecían haber arrasado con las existencias de ropa y complementos de *tracking* y paseo del Decathlon de sus ciudades o pueblos de origen. Carmelo, el yerno de Matías, era quien se encargaba de la limpieza, las reparaciones, las entradas y salidas. Monroy, que venía de hablar con ella, reparó en el hecho de que se llamaba igual que el ex de Sonsoles y se le ocurrió que era muy extraño que fuesen tocayos dos tíos tan distintos: uno, un hijoputa; el otro, un cacho de pan. De cuando en cuando, él se encontraba con el Carmelo bueno y echaban una parrafada, pero no era lo mismo que con el viejo. En cuanto a los huéspedes, si se cruzaba con ellos, les daba los buenos días o las buenas tardes y seguía a lo suyo. Tenía que admitirlo: echaba muchísimo de menos la presencia del viejo portuario allí, tras aquella puerta, viendo sus películas de acción a todo volumen.

Sin reparto de prensa, sin chascarrillos, Monroy entró en casa y se puso cómodo. Desde la cocina, envió un mensaje a Gloria: «Trae pan». «¿Vienen las niñas a comer?», preguntó ella a modo de respuesta. «Sí. Trae pan para cuatro». «¿Qué hay de comer?», volvió a preguntar Gloria. «Potaje. Pero trae pan», dijo Eladio. «Ñami», se limitó a escribir ella, añadiendo un emoticono.

Monroy sacó de la nevera el caldero y una cuña de queso de cumbre, para que se fueran templando. No pondría el potaje a calentar hasta que no faltara media hora para que llegaran las pibas.

Los viernes, Mónica salía del trabajo un poco antes de mediodía y, si Paula tenía turno de tarde en la librería, venían a almorzar, como ya solían hacer algunos fines de semana. Así que ese día le tocaba alimentar no solo a Gloria, sino a Las Tres Desgracias al completo. Por suerte, lo tenía previsto y se había pasado la tarde del jueves preparando un potaje de berros del que igual hasta sobraba un táper para Manolo el Comunista, a quien Gloria veía cada vez más flaco.

Disponía de un ratito. Fue al escritorio, encendió el ordenador y, mientras se iniciaba, se entretuvo en pasar a limpio las notas que había tomado en las servilletas. Lo hizo en una de las libretitas que solía usar para esas cosas: pequeñas, de tapa blanda y fácilmente transportables en un bolsillo.

Luego entró en las redes sociales para examinar los perfiles del individuo. En su información de perfil, Diego Miranda mostraba que había estudiado en el Colegio La Salle, en el IES Pérez Galdós y en la Universidad de La Laguna, que actualmente trabajaba en Morris y Cía, S. A. y que antes había trabajado en CBA Asesores y Consultores. No había más datos. Salvo los de los estudios y el empleo anterior, nada que no le hubiese contado ya Sonsoles. Se anotó los nombres de las empresas, por si hacía falta echarles un vistazo.

Por lo demás, el perfil de Miranda había tenido poco movimiento en las últimas semanas. Las publicaciones más recientes las había hecho el Día del Pino. Eran fotos de la romería y del salsete en Teror. En una se veía al hermano de Sonsoles tocando un timple. En otra, a Sarito, en la cocina, friendo carajacas. Desde el día siguiente, no había ninguna publicación nueva. Tampoco intervenciones o respuestas a comentarios. Antes de esa fecha, sin embargo, parecía bastante activo, como cualquier otro modernito que se precie.

Ya que estaba allí, no le pareció mala idea aprovechar aquella primera visita a los perfiles de Miranda para picotear en sus intereses, sus aficiones, sus relaciones sociales. De un solo vistazo, era fácil entender que le iban el baloncesto, la historia de Canarias, el senderismo, las columnas de David Ojeda en *Canarias 7*, las curiosidades científicas y los atardeceres grancanarios. No se metía demasiado en política ni parecía religioso, vegano o cualquiera de esas cosas que uno es para poder creer que ha elegido ser algo. Había, eso sí, muchas fotos de atardeceres, hechas por él o por otros, en las costas, las cumbres o las medianías de la isla. En cuanto a las amistades, Monroy no tenía demasiados contactos en las redes, pero la isla era lo suficientemente chica como para que tuviesen algunos amigos comunes: Miranda tenía como coleguitas virtuales a un par de cronistas oficiales, a Agustín Padrón y a Sitapha Savané (y este era lo más parecido a un ídolo que tenía Eladio). Aparte de eso, le llamó la atención una amistad común: Rafael Iriarte Santana, a quien, al contrario que a los demás, Monroy conocía en persona y desde hacía muchos años. No solo compartían amistad en la red, sino que Faló había comentado alguna de las publicaciones de Miranda referidas a los incendios recientes. ¿Qué relación podían tener un tipo como Miranda y un individuo como Faló el Moldura? Quizá la misma que Eladio tenía con los cronistas, con Agustín Padrón o con Savané: una mera vinculación telemática, un cruce de amistades o de admiraciones fugaces que los había llevado a aceptarse como amigos en la nube sin que estuviesen destinados jamás a coincidir físicamente en lugar alguno. No obstante, Monroy no olvidó anotar el nombre de Faló entre los posibles caminos a explorar si debía averiguar cosas sobre Miranda o su entorno. Quizá, llegado el caso, le ahorraría trabajo hacer

sonar aquella flauta.

Lo que sonó en aquel momento fue el zumbido del porterillo. Se le había ido el rato golizneando en las redes. Abrió sin preguntar quién era y, mientras Paula o Mónica subían (era demasiado temprano para Gloria), apagó el ordenador y fue a poner el potaje al fuego.

Era Mónica. Venía sudorosa, cargada con la mochilota de siempre, llena de libros y exámenes o trabajos para corregir. En cuanto Eladio le abrió, tiró la mochila sobre el sofá y se arrojó ella misma al lado, dando un bufido.

—¿Cansada?

—Hecha mierda, suegro.

—¿Mucho curro?

—Qué va, el curro, estupendo. Los viernes tengo un grupo de bachillerato que es un amor. Lo que pasa es que me dio por venirme caminando y vengo reventada.

—¿Desde Jinámar?

Mónica se limitó a asentir y a dar otro bufido, como si no tuviera fuerzas para más. Después, usando alternativamente la punta del pie contrario, se quitó las playeras. Monroy se quedó mirando las Converse color violeta, una de las cuales tenía ya un roto por el que parecía a punto de asomar una lengua.

—Mañana me voy a tu casa a tirarte los zapatos en medio del salón —le recriminó, aunque pensando, en realidad, que unas zapatillas nuevas serían un buen regalo para su cumpleaños, que estaba al caer. Tenía que preguntarle a Paula qué número calzaba.

Mónica se rio y recogió las playeras para ponerlas juntas al lado del sofá.

—Perdona, suegro. Soy una asilvestrada.

Monroy se volvió a la cocina y ella lo siguió.

—Joder, qué bien huele.

—Potaje de berros al estilo Monroy.

Mónica pidió la receta y le apeteció picarla:

—No sé yo si a una goda le va a salir bien.

—Vaya, lo tendré en cuenta la próxima vez que hagas el arroz con cosas ese que tú llamas paella.

Monroy aceptó la pulla y se dispuso a decirle cómo se hace un buen potaje de berros. Por supuesto, como todos los suegros y suegras que en el mundo han sido, adoptó el modo imperativo.

—Lo primero, las judías. De las pintas. Si son frescas, las puedes abrir en el día. Si no, pones un puñadito en remojo desde el día anterior. Doce horas mínimo. De paso, pones también a remojar unas costillas saladas. Cuando vayas a hacer el potaje, echas primero las costillas y las judías con el doble de agua al fuego y, cuando vayan hirviendo, les vas quitando la espuma. Mientras, te entretienes cortando la cebolla, la calabaza, la zanahoria y la batata y se las vas echando. Hay gente que, si tiene, le pone un cachito de ñame y de piña. Mazorca de maíz, que le dicen ustedes.

—Hasta ahí llego, Eladio.

—Por si las moscas. Bueno, si tienes y te apetece, le echas también un poco de calabacín.

También hay quien pone tomate rallado. Yo no le pongo, pero si te da por ahí, añade una cucharadita de azúcar. Le corrige lo ácido.

Mónica iba apuntando mentalmente al tiempo que Eladio se inclinaba hacia el poyo o el fogón según hablara de lo que hacía en uno u otro lado de la cocina. Ahora, por ejemplo, le tocó turno a la encimera.

—Luego, cuando ya está todo al fuego, es cuando te pones con los berros. Los lavas bien y separas las hojas de los tallos. Los tallos los picas chiquititos y los echas al caldero.

—¿Y las hojas?

—Al final. Los tallos primero, que tardan más en hacerse.

—¿Y la sal?

—Sal ya tiene algo, por las costillas, pero justo en ese momento es cuando haces el truco que yo te voy a decir: te coges el almirez y haces un majadito con comino, dos o tres dientes de ajo, pimentón, un pizco de sal gorda, una gotita de vinagre y un buen chorro de aceite del bueno.

—¿Por ese orden?

—Por ese orden. Y cuando lo tienes todo bien machacado, sacas un cucharón del caldo y lo usas para ligar el majado.

—Y lo añado a la olla —supuso Mónica.

—Sí, se lo echas al caldero —tradujo Eladio—. Después, nada más que te faltan un par de papitas, cortadas en clac, y las hojas de los berros. Las puedes cortar un poco, por si ha quedado algo de tallo, pero no te pases; queda mejor que se vean las hojitas enteras. Y a partir de ahí, lo dejas todo a fuego medio o más bien bajo hasta que esté hecho.

—¿Cuánto tiempo?

—Después de poner los berros, media hora, tres cuartos, depende. Yo lo calculo mirando si las judías y las papas están hechas.

—Jo, pues voy a intentar hacerlo un día de estos. Pero lleva tiempo, ¿no?

—Bah, no te creas. Cuando ya lo tienes al fuego, solo tienes que revolverlo de vez en vez. Pero si no quieres gastar media mañana, mejor lo haces el día antes, como hago yo. Este lo hice ayer por la tarde. Además, esto está más bueno de un día para otro.

—Más asentadito, como dice Paula —dijo Mónica.

—El animal conoce —se congratuló Eladio.

En ese momento, sonó la puerta de calle; alguien estaba introduciendo la llave para abrir. Monroy se giró hacia Mónica:

—Esa es la piba tuya.

—O la tuya.

—La mía todavía no habrá salido de currar.

Se quedaron expectantes, como si hubieran cruzado una apuesta, a ver quién ganaba. Ganaron los dos. Gloria y Paula se habían encontrado en el portal y venían juntas. Monroy se quedó en la cocina, removiendo el potaje, mientras Las Tres Desgracias cruzaban saludos en el salón. Gloria vino a darle un beso y a repetir lo que ya había dicho Mónica:

—Joder, qué bien huele.

Monroy se limitó a preguntarle si se había olvidado del pan.

Ella mostró el cartucho y, con la mano libre, le dio una torta en el culo.

—Mira, para que veas que no me olvidé. De matalauva. Y calentito.

—Viniste pronto, ¿no?

—Manolo se basta y sobra para cerrar. Yo salí un poco antes, porque igual tengo que volver a la tarde.

Monroy olió el pan y la satisfacción se le subió al rostro. Puso la misma cara que habría puesto si le estuviesen acariciando los dedos gordos de los pies.

—Chacho, una se pasa la vida intentando que estés contento y no mueves ni una ceja. Y luego, con un cacho de pan, se te pone hasta cara de niño chico.

—Ah, la felicidad de las cosas sencillas, hermana Mary —dijo Eladio, imitando a un cura de pueblo de serie británica.

Gloria volvió a palmotearle el culo y se fue al salón con las pibas. A solas, Monroy volvió a oler el pan antes de sacarlo del cartucho para ponerlo en la cesta.

El potaje fue un éxito de crítica y público. Gloria y Mónica repitieron y hasta Paula estuvo tentada, pero no le apetecía ponerse a ordenar mercancía con la barriga demasiado llena.

Que Paula se hubiese puesto a trabajar en la librería E2 no era consecuencia de la crisis, porque trabajadoras sociales como ella en un país como España y una comunidad autónoma como Canarias siempre habían estado en crisis. Llevaba ya bastante tiempo encadenando contratos con una u otra asociación de las que gestionaban pisos de menores tutelados y ese año, hacia primavera, se había quedado colgada. Se suponía que hasta el año siguiente no tendría otra oportunidad laboral. Tras pasar un verano tranquilo, aprovechando que tenía unos ahorillos y que Mónica estaba también de vacaciones, al arrancar septiembre se había visto con una mano sobre otra, buscando trabajo de lo que fuera. Y entonces fue cuando a Gloria y a Manolo se les fueron los dos empleados que tenían: una, porque al fin le salió trabajo ejerciendo el magisterio, que era lo que había estudiado; el otro, porque se marchó a otra librería donde podían pagarle mejor. A Gloria le pareció una suerte la supuesta desgracia laboral de Paula: le conocía el humor, las capacidades y la energía. Así que, desde primeros de mes, hacía jornada en la librería, turnándola con Carmen, la otra empleada que habían contratado, una estudiante de Hispánicas jovencita que, según Manolo, tenía potencial.

—¿A qué hora entras? —le preguntó Eladio.

—En realidad, a las cuatro, pero quiero ir un ratito antes para organizar la mercancía que le llegó a Gloria esta mañana.

Monroy vio un hueco por donde sacudirle un picotazo a la librera:

—Claro, tú regálale tiempo a la patronal, pelota.

Gloria entró al trapo dándole un mojicón en el hombro al tiempo que le decía:

—¡Cállese, zarandajo! Deje tranquila a la gente que trabaja, que usted no da golpe.

Paula y Mónica se rieron. Eladio les señaló a Gloria.

—¿Ven? Pura represión capitalista. Y en mi propia casa. Si la ve Manolo...

Ahora la carcajada fue general y Monroy aprovechó el buen humor y la referencia a su presunta (o no tan presunta) pereza para hablar de la visita de Sonsoles y la propuesta que le había hecho. Entretanto recogían los platos y Mónica hacía café, fue explicando la llegada de Sonsoles y la conversación que habían tenido. A preguntas de Paula, hubo de contar quién había sido Paco Nieves, la amistad de años, el favor que le había hecho Eladio cuando el cabronazo del exmarido de Sonsoles tomó la costumbre de apalazarla en público como antes lo había hecho en privado. Aclarada la cuestión, entró en detalles sobre la petición, el favor (como insistió en

llamarlo, porque creía conocer las cabras que guardaba) que Sonsoles le pedía ahora.

Gloria lo escuchó todo pelando con parsimonia una naranja china y comiéndola, luego, lentamente, gajito a gajito, limitándose a asentir de vez en vez, pero Monroy notaba sobre sí sus miradas de reojo, casi burlonas, porque ella sí sabía qué cabras guardaba, y aquella cabra, en concreto, era de las que siempre tiraban para el monte. Por eso no pronunció palabra hasta que todo el mundo volvió a estar en torno a la mesa, con tazas de café y cigarrillos humeantes. E, incluso entonces, no quiso hacerlo por propia iniciativa, sino que esperó a que Eladio se dirigiera directamente a ella (que era, en realidad, para quien había estado hablando todo el rato) y le preguntase:

—¿Qué? ¿Cómo lo ves?

Para prolongar la espera, Gloria se limpió con la servilleta las puntas de los dedos, que aún le olían a mandarina, echó una cucharada de azúcar a su café y lo removió. Quizá fue porque lo de Sonsoles era una cosa de amores, porque se trataba de una mujer que lo había pasado mal en la vida o porque Monroy se lo había contado tras un potaje de los suyos y ella, por un potaje como ese, habría aceptado donar un riñón, pero el caso es que acabó diciendo:

—Pues, mira, te va a venir bien. Total, si solo es cosa de echarle un vistazo y ver si el tío tiene una querida o algo así. A esta mujer le haces un favor, para que se quede tranquila, y, de paso, tú te entretienes en algo.

Salvado el posible escollo, Monroy se permitió contar lo que ya había hecho, la pequeña indagación en los perfiles de Miranda.

—Ya te digo yo que no vas a tener que rebuscar mucho. A poco que rasques, te vas a encontrar con otra tía —insistió Gloria.

—No sé —opinó Mónica—, yo voto por la opción del miedo al compromiso. Es un clásico, y da el perfil.

—También puede ser —concedió Gloria—. La mayoría de los tíos, en cuanto la cosa se pone seria, sale corriendo.

—Pero parece que fue él quien le había propuesto que vivieran juntos —dijo Eladio.

—Da igual: muchos se dejan arrastrar por la corriente de la relación, se ponen de rodillas, regalan el anillo y, cuando toca hacer cajas para mudarse, se cagan encima. ¿No es verdad? —dijo Gloria, apelando a las pibas, que respondieron con el silencio y con un doble encogimiento de hombros.

Monroy les imitó el gesto.

—Bueno —dijo—, de cualquier manera, le voy a echar un vistazo a la cosa. No me va a llevar más de un par de días y, encima, me gano unas perrillas.

—¿Ya cuadraste una cantidad? —quiso saber Paula.

—Más o menos.

En llegar a Moya desde Las Palmas se tarda poco: treinta y cinco o cuarenta minutos, acaso tres cuartos de hora, según desde dónde se salga y qué vehículo se use. Al volante de su vieja Renault Express (que él y su entorno seguían llamando «Naranjito» pese a estar hoy en día pintada de gris, porque eran de quienes asumían sin incomodidad el pasado), Monroy salió de la ciudad por la zona de Guanarteme, recorrió la autovía que bordeaba la costa de mar siempre cabreado, hasta llegar a El Pagador y, una vez allí, tomó la carretera. Curva a curva, fue ascendiendo sobre el lomo oriental del barranco y las fincas que lo salpicaban, avanzando entre riscos volcánicos, palmeras y pitas que iban dando paso a otros árboles de más sombra conforme se acercaba al pueblo y atravesaba sus primeros pagos.

Los incendios habían respetado la zona y los alisios le habían dado largos lametones en los últimos días, reverdeciendo la tierra agradecida, pero esa tarde era de solajero y calma chicha y aún estaba digiriendo el potaje, así que Monroy tenía bajadas las ventanillas para que corriera algo de aire en la cabina del fotingo. Aunque en el asiento del acompañante llevaba una chamarra. Si vas a Moya, llévate una rebequita, como habían dicho alguna vez todas las madres grancanarias.

Tuvo que cambiar de marcha y pisar a fondo al enfilear la última cuesta antes del casco. Estacionó enfrente de un pequeño supermercado, junto a una fuente, y, ya que estaba, antes de buscar la casa de Diego Miranda, subió hacia la iglesia de la Candelaria.

Como todo el mundo, conocía el pueblo, pero hacía meses que no lo visitaba. La última vez había sido con Gloria, un domingo en que les dio por el excursionismo y subieron a pasear a Los Tilos. A la vuelta, habían parado en el pueblo para echar un enyesque y comprar bizcochos y suspiros, como está mandado.

Monroy no había venido hoy para hacer excursionismo, pero le apeteció acercarse a la trasera de la iglesia, a la plazuela que se alongaba sobre el barranco donde sobrevivía un vestigio de la Selva de Doramas.

Se detuvo a echar un cigarro y alegrarse la vista hasta que una pareja de turistas jóvenes se le plantó al lado y comenzó a tener largos y tontos debates sobre cómo ingeniárselas para hacerse una foto en la que salieran ambos y, al mismo tiempo, el paisaje. Antes de que se les ocurriese pedirle ayuda para la retratadura, Monroy apagó el cigarrillo, lo tiró a la papelera y volvió a rodear la iglesia.

Pasó ante la casa museo que mantenía la memoria de Tomás Morales. También como todo el mundo, Monroy sabía de memoria algún verso suelto de las *Vocaciones sentimentales*, e

imaginaba al poeta haciendo tertulia allí o en Agaete, en el Huerto de las Flores, con Alonso Quesada y Saulo Torón, acaso también con Domingo Rivero, mayor que ellos y, por entonces, aún un poeta secreto. Cruzó para enfilarse la calle Magistral Marrero, repitiéndose, como cada vez que pensaba en ellos, que aquella isla había parido la mejor generación de poetas modernistas a este lado del Atlántico, aunque España lo ignorase con frecuencia.

Siguiendo la calle, atravesó el pueblo en no más de cinco minutos, hasta llegar al parque de Pico Lomito. Allí era donde solía instalarse el mercado dominical. Pero no era domingo, así que lo flanqueó y llegó hasta la estación de Global. Un poco más allá, se detuvo. La de Diego Miranda era una de las casitas de una o dos plantas ordenadas a un lado de la calle frente a la estación que era más bien un apeadero.

Por lo que Sonsoles le contó, Miranda se había ido a vivir allí, lejos del trabajo, hacía unos quince años, y Monroy lo había imaginado como uno de esos tipos que en los ratos libres plantan acelgas y se pelean con la tuta y el oidio. La mayoría de los urbanitas que se van al campo por propia voluntad, reforman viejas casas de labranza heredadas o buscan fincas con algo de espacio. Sí, había pensado en una casita de campo, a la salida o entrada del pueblo o, en todo caso, en las afueras. Una edificación más o menos sencilla con un terrenito grande o chico en el que quizá hubiese algunos frutales o un pequeño jardín, tras una tapia más o menos alta.

Pero la dirección correspondía a una simple vivienda con una fachada de no más de veinte metros de largo por cuatro de alto, pintada de color rosa pálido, con solo una ventana de oscuros postigos de madera ahora cerrados y una puerta a juego. Ante la puerta, permanecía aparcado un Dacia Logan azul oscuro que debía de ser el coche que Sonsoles había mencionado. El tipo estaba en la casa. O, al menos, no lejos de ella.

Monroy se preguntó qué ventaja tenía vivir allí, lejos de la capital, sin costa, cagarse de frío en invierno y achicharrarse en verano, andar con mala cobertura y obligado a conducir durante un par de horas cada día, si al final soportas todo eso para vivir en el tipo de casa que podría haber estado situada perfectamente en el barrio en el que te has criado y donde tus padres siguen viviendo.

Monroy sacó el móvil para llamar a Sonsoles y preguntarle. Pero ella tenía razón: allí no había cobertura. Buscándola, deshizo camino hasta volver al centro del pueblo. Para entonces, el atardecer de Medianías ya había hecho descender la temperatura un par de grados y le apeteció algo caliente, aunque también fumar. Aprovechó la terraza de una cafetería para hacer ambas cosas, ocupó una mesa y pidió un cortadito mientras hacía la llamada.

La veterinaria respondió enseguida, se alegró de que Eladio estuviese ya en el asunto y no se extrañó de la pregunta, porque ella misma se la había hecho alguna vez cuando empezó a salir con Diego.

Lo de mudarse a Moya había sido una cosa de su ex, que por aquel entonces trabajaba en el ayuntamiento. No habían estado casados más de un año, pero Diego le había cogido el gusto a vivir arriba. Monroy vio una puntita de ovillo de la que acaso tirar.

—¿Y la ex vive aquí todavía? —preguntó.

—No, que yo sepa. Parece que era cargo de confianza. Cambió el gobierno municipal y le dieron la patada. No sé a qué se dedica ahora, ni por dónde anda. Y me da que ni Diego lo sabe.

—¿Ella era contable también?

—Periodista. Llevaba gabinetes de prensa, para empresas o partidos. Él nunca me lo dijo así, pero por lo que me ha contado, la tía debía de ser una trepa.

—¿No sabrás cómo se llama?

—Patricia algo. Del apellido no tengo ni idea. Tampoco hablábamos tanto sobre ella. Llevan años sin tratarse. ¿Por qué me preguntas?

—No sé. La verdad es que no sé —dijo Monroy mientras anotaba el nombre de pila de la ex de Miranda entre signos de interrogación—. Por descartar cosas. O por ampliar el panorama. Todavía me estoy haciendo el mapa. El coche lo tiene aparcado delante de la casa.

—Si es viernes, a esta hora estará por el pueblo. No lo sé seguro, porque ya te dije que no los está viendo mucho, pero la costumbre de él es echarse algo por ahí con los amigos. Prueba en un sitio que se llama La Droguería.

Monroy leyó el logo en el servilletero y el menú plastificado ante sí. Luego, a través de la puerta acristalada, miró al interior del negocio y le dijo a Sonsoles:

—Pues igual es el tipo que está ahora mismo en la barra.

El local donde estaba instalada La Droguería era una galería a cuyos lados se disponían las mesas, haciendo pasillo hasta un mostrador sobre el cual se exhibían galletas, magdalenas caseras y un queque casero. Debía de haber albergado el tipo de comercio al que se refería su nombre vaya usted a saber cuándo y por cuántos años. Lo atestiguaba el doble escaparate que flanqueaba las puertas, los anaqueles, algún objeto intencionadamente olvidado para conservar la memoria de presuntos tiempos mejores en los que se compraba al fiado y las cuentas se hacían en papel de cartucho.

Había, en la mesa más cercana a la puerta, dos tipos que tendrían más o menos la edad de Eladio y pinta de haberse prejubilado de una caja de ahorros tras una fusión sorpresiva. Bebían licores amarillos o verduzcos y jugaban al ajedrez con un pequeño tablero magnético que parecía una miniatura del embaldosado del negocio. Salvando a aquellos dos, la clientela era del tipo familiar: abundaban las señoras mayores y los matrimonios treintañeros con niños a quienes la camarera (acaso también propietaria) llamaba por su nombre y acariciaba la cabeza cuando pasaba. Tras coger el botellín que había ido a pedir a la barra, Miranda volvió a sentarse con una de aquellas parejas y sus criaturas, niño y niña, de entre ocho y diez años, respectivamente, y, por fortuna, del tipo formalito: el niño jugaba a algo con un móvil y la niña leía un tebeo mientras los padres hacían tertulia con el tío Diego.

Monroy entró en el local justo cuando Miranda acababa de volver a sentarse y se dirigió al baño para no quedarse en la puerta como un perrito de la pradera. Ya puestos, aprovechó que estaba allí para echar una meada larga y episódica. En los últimos tiempos, sus micciones tendían tanto a la intermitencia como sus propósitos de visitar al urólogo.

Al salir, se le ocurrió que el mostrador era buen echadero. Se apoyó en él de perfil y se alegró de que la camarera estuviese demasiado ocupada para atenderlo enseguida, porque pudo prolongar un buen rato la observación, de reajo o dando vistazos encajados en una supuestamente atenta lectura del menú escrito en la gran pizarra que recorría una de las paredes. La mujer llevaba muy corto el cabello rizado y negro. Muy morena, vestía con sencillez: un suéter y, probablemente, pantalones negros. Salvo el reloj de pulsera, no lucía joyas. Tenía una pareja a juego, un tipo más bien pequeñajo, calvo y con gafitas de montura metálica, camisa de algodón a cuadros, rebequita azul y pantalón vaquero, cara de tipo bondadoso y algo aburrido. Ambos parecían, en general, buena gente, y charlaban con Miranda no sabía Monroy sobre qué, pero de forma animada y pisándose a ratos la palabra, como alega uno con los amigos de confianza.

Con todo, llegó el momento en el que la camarera se le acercó y Monroy pagó y salió a la calle con ganas de vigilar un poco más. Solo había subido a Moya para hacerse con el terreno, para localizar la casa de Diego Miranda y poder ir el lunes a tiro hecho, cuando comenzase a seguirlo de verdad. No obstante, teniendo al tipo allí, tan cerca, se planteó que, si había otra mujer de por medio, el viernes no era mal día para que asomara el hocico.

Idea que, pensó entonces, era una sandez, pues, como dice la canción, quererse no tiene horario ni fecha en el calendario, y si Miranda quedaba con alguna individua para jincarle la batata, eso podía hacerlo tanto un viernes por la noche como un martes a las tres y cuarto de la tarde. Sin embargo, ahí estaba el elemento, descuidado y a tiro. ¿Qué le costaba echar un ratito más en Moya? Igual tenía suerte y se quitaba el asunto esa misma tarde.

Puestos a ello, entendió que había desperdiciado un cartucho marchándose así de La Droguería. Tendría que haber aprovechado, pedir algo más y continuar en la terraza o, incluso, trasladarse al interior, con la excusa del viruje que ya había comenzado a pegar. Otro más tonto quizá habría regresado. Monroy no: él era de los que saben que un cartucho disparado nunca vuelve a la escopeta. Así que cruzó la calle y se instaló en otra cafetería que había en la acera de enfrente, hacía esquina, y disponía también de un par de mesas de terraza, pequeñitas, de tabla redonda, pero ambas vacías en ese momento. El sitio se llamaba El Rinconcito y parecía tan familiar como la competencia. No tenía pinta de vender alcohol y él tampoco quería beber si luego debía volver a coger el coche y recorrer las curvas de la carretera en la oscuridad de la noche. Pidió un refresco de naranja y un bocadillo de queso que resultó estar muy bueno. Le dio un par de bocados sin quitar ojo al otro local. Lamentó no haberse traído un libro. Solía hacerlo si tenía que hacer largas vigilancias. En su descargo, se repitió que eso no era lo previsto, que solo había venido en visita de exploración. Aun así, lo echó de menos.

En esos días leía *El daño no es de ayer*, una novela de Ignacio Padilla que le había recomendado Gloria, adicta a los libros de cuentos del mexicano. Ante las reticencias de Eladio, que solía preferir clásicos o, en todo caso, libros de autores ya muertos (esos no pueden decepcionarte con el libro siguiente), Gloria le dijo que este ya lo estaba: había muerto en el 2016, en un accidente absurdo. Monroy no se había arrepentido de darle una oportunidad, porque la novela le estaba pareciendo cojonuda. El argumento era una locura que mezclaba a espiritistas, veteranos de guerra, comisarios rurales de nombre impronunciable y palomas autómatas que explotaban mediante un mecanismo de relojería, además de curas ciegos, caniches y chinos con los meñiques amputados. Y estaba escrita estupendamente, no como la mayoría de la basura que publicaba, como si no hubiera mañana, la caterva de aspirantes a *best seller* que aún no habían tenido la decencia de morir. Ahora Monroy sintió nostalgia de su ejemplar y deseó estar en casa para ver cómo acababa aquella colección de afinidades imposibles. Hablando de afinidades imposibles, recordó que Miranda, que estaba aún en aquel local con lo que parecía la perfecta familia de clase media, contaba también entre sus amistades a Falo el Moldura. Por entretenerse, por ampliar conocimientos, volvió a llamar a Sonsoles.

La pareja con la que estaba Diego era, en efecto, un matrimonio, Víctor e Isabel, amigos de muchos años. De hecho, Diego era padrino del niño. Ella era funcionaria y él profesor de instituto. Lengua y Literatura. Monroy pensó que, por las pintas, tenían el oficio cambiado: a ella la imaginaba más interesando a un grupo de adolescentes en la Generación del 27 y a él delante de un ordenador en el escritorio de un negociado oficial. Se lo dijo a Sonsoles y ella se rio.

—No te fíes de las apariencias. A Víctor los alumnos lo adoran. Y tiene un sentido del humor muy golfo. Vamos, que los dos son muy buena gente. Viven fuera del pueblo, en Carretería. — Monroy recordó haber visto el desvío al aproximarse al casco—. Y los niños son un amor. Salen a los padres.

—Oye, Sonsoles, una pregunta: ¿tú conoces a un tipo de Guanarteme al que le dicen Falo el Moldura?

—No.

—¿Ni Diego te lo ha mencionado nunca, ni nada por el estilo?

—No que yo recuerde. Así, amigos, están Isabel y Víctor, Ramón y Pedro, que también viven en Moya, y un compañero de trabajo con el que para mucho, pero ese se llama Ricardo y vive en Fincas Unidas. De Guanarteme, Falo, ninguno.

—O Rafael.

—No. Que yo sepa, no. ¿Por qué?

—Es un tío que conozco yo y que resulta que es amigo de este muchacho en las redes sociales. Y me preguntaba de qué pueden conocerse, porque me parecen agua y aceite.

—Pues a lo mejor solo se conocen de eso, de redes sociales.

—Puede ser.

Sonsoles se quedó esperando a que Monroy dijera algo más. Pero Eladio se había callado. Diego Miranda acababa de salir. Por un momento, al verlo abrocharse la rebeca, pensó que iba a marcharse y él tendría que pagar rápidamente si no quería perderle la pista. Pero lo que el tipo hizo fue sentarse en la terraza, justo en la mesa que él mismo había ocupado un rato antes, y encender un cigarrillo. Monroy entendió que lo había mantenido oculto en el puño junto con el mechero. Tras prenderlo, Miranda dio un par de rápidas caladas y fue fumando, mirando a los lados. Solo entonces, Monroy volvió a prestarle atención a Sonsoles, que intentaba comprobar si la línea aún funcionaba.

—¿Eladio? ¿Me oyes?

—Sí. Perdona. Estaba pendiente del muchacho tuyo. Acaba de salir.

—¿Se va?

—No. Se está echando un cigarro.

—Te equivocaste.

—¿Cómo?

—Te equivocaste de tío. Diego no fuma.

—A lo mejor sí fuma y la equivocada eres tú.

—No, en serio. Odia el tabaco. Se le murió un amigo de cáncer y se quedó trabado con eso.

Monroy lo pensó. Eso cuadraba, porque el hombre fumaba como habría fumado su primer cigarro un pibe de catorce años. Sonsoles podía tener razón. En ese caso, le habría pedido el cigarrillo y el mechero a alguien de dentro de la cafetería. Pero ¿por qué? Al comenzar a darse respuestas, decidió cortar la comunicación.

—Te llamo en un momento.

Decidió atacar la otra mitad del bocadillo, procurando darle mordidas cada vez más pequeñas, para que le durase todo lo posible, igual que parecía estar haciendo el otro con el cigarrillo. Cuando Diego Miranda lo apagó a medio fumar, se puso en pie y, tras un par de movimientos vacilantes, cruzó la calle en su dirección, ya no le cupo duda de que el tabaco había sido una excusa para salir a observar el panorama.

Caminaba ligerito y, sin embargo, con la cabeza baja y los dedos de ambas manos encajados en los bolsillos del pantalón vaquero, como si de pronto hubiese recordado un recado engorroso pero impostergable que debía hacer, precisamente, en El Rinconcito. Monroy insistió en que la mejor manera de disimular era seguir comiendo y mirar al otro extremo de la calle, evitando el contacto visual.

En un momento, Diego Miranda se detuvo ante él, a un metro o metro y medio de distancia. Monroy lo sintió allí plantado, con ocho dedos repartidos entre la parte exterior de los bolsillos y los pulgares señalando desde ambos lados a la entrepierna. Manda cojones, pensó Monroy, entendiéndose descubierto cuando el tipo le dio las buenas tardes con una sonrisa extraña. Con fastidio, volvió a dejar el bocadillo en el plato y se las devolvió (las buenas tardes y la sonrisa) lo más naturalmente que pudo.

—¿Es de queso? —preguntó Miranda, señalando el bocadillo con la sien.

—Sí.

—Los de queso, enfrente están mejor. Se tenía que haber quedado allí.

—Es que no soy del pueblo.

—Se nota.

Se hizo un silencio. El individuo le había cogido la matrícula, era evidente. Lo que no quedaba tan claro era lo que iba a ocurrir a continuación. Le había echado valor al venir hasta él, pero se le notaba nervioso, con la inquietud propia de quien no está acostumbrado a ese tipo de situaciones, y Monroy decidió permanecer alerta, porque un hombre que parece nervioso puede ser un hombre que esté, simplemente, asustado, y los hombres asustados no tardan en ponerse violentos.

—¿Nos conocemos?

—No.

—Es que me dio la impresión de que me confundía con alguien que conoce.

—No. No nos conocemos —insistió Miranda.

—¿Entonces?

—Me di cuenta de que estaba en la terraza, luego entró, estuvo un ratito y salió y se puso aquí.

—Es un país libre, ¿no? —dijo Eladio.

—Pero usted no está aquí de casualidad.

No era una pregunta. Era una afirmación. Monroy se hizo el nuevo. La estrategia de mostrarse sorprendido y dejar que el individuo pensara que estaba en un error solo podría funcionar si lo hacía dudar lo suficiente. Pero Miranda permanecía ahí parado, expectante. Monroy dijo:

—Pues la verdad es que no.

Miranda pasó de la confusión a un tímido envalentonamiento:

—¿«No» qué?

—Que no estoy aquí de casualidad. Había quedado con un amigo, pero me acaba de llamar para decirme que no viene.

—¿Qué amigo?

El envalentonamiento había comenzado a no ser tímido y el contable se acababa de pasar de listo. Monroy vio la oportunidad de imponerse.

—¿Y a usted qué le importa, caballero? —dijo—. Ya le conté más de lo que tiene que saber. Si está buscando pleito...

—No estoy buscando pleito.

—Pues no se nota.

Se estudiaron en silencio. Monroy midió a Diego Miranda, desde los botines molones y los vaqueros *slim fit* comprados en alguna de las tienduchas de Amancio Ortega a la rebequita azul de Cortefiel que podría haber llevado un pensionista para ir a misa de ocho. Debía de habérsela regalado la madre, la abuela, alguna tía solterona de esas que te dicen que eso-ahora-se-lleva-así, pero tenía pinta de ser abrigada y cómoda. Con ella rematando la indumentaria, el individuo tenía pinta de lo que era: un inofensivo chupatintas encaminándose a la mediana edad. Pero no parecía débil y debía de estar en forma. Al menos, carecía de la clásica barriga cervecera y tenía los hombros y los brazos vigorosos y en su sitio. Lo que se preguntaba Monroy era cómo tendría los huevos, que es lo importante en esas ocasiones. Como en la expresión de su rostro había un sí es no es de dureza que iba ganando terreno a la incertidumbre, Monroy continuó manteniéndose en guardia. A fin de cuentas, el tipo estaba en pie y él seguía sentado detrás de una mesita que, por minúscula que fuera, suponía un estorbo. Si se ponía demasiado nervioso y metía primera, le podía hacer un destrozo antes de que le diese tiempo a levantarse.

Sin embargo, Miranda también sopesó a Monroy y él sí que debió de calibrarle las gónadas al adversario, porque dio un pasito atrás, literal y figuradamente.

—Le hablo desde el respeto —dijo—. Yo estoy tranquilo.

—Bien.

—Solo estoy con unos amigos, una familia.

—Perfecto.

—Buena gente que no tiene nada que ver.

—¿Nada que ver con qué?

—Usted sabe con qué.

—De verdad que no lo sé. No tengo ni idea de a qué se refiere.

—Bueno, vale, pongamos que no la tiene.

—Es que no la tengo —dijo Monroy. Y a él mismo le pareció gracioso decirlo, porque, en realidad, era así.

Miranda no le creyó, aunque no siguió porfiando. En cambio, dijo:

—Bien. La cosa es que tengo un recado.

A Monroy le pareció interesante seguirle el rollo. Tal vez hablara lo suficiente como para que el encargo de Sonsoles quedase cumplido en los próximos cinco minutos.

—¿Un recado para quién?

—Ya sabe para quién. No voy a decir ni el nombre. Y eso forma parte del recado: yo no sé nada. Y si lo sabía, me olvidé. No tienen nada que temer de lo que yo haga o diga. Solo quiero estar tranquilo. Que me dejen en paz, ¿me entiende?

Monroy dijo que sí con la cabeza. Efectivamente, el hombre estaba asustado, aunque procurara hacerse el duro. Lo que no sabía Eladio era de qué estaba asustado exactamente. Y más tarde, cuando recordara aquella conversación, volvería a entender que aquello con lo que se creía que él tenía que ver, era la clave de todo lo que iba a ocurrir, lo que ya estaba ocurriendo. Sin embargo, en ese momento, no lo sabía. De haber sido así, habría actuado de otro modo, se habría quitado la careta, habría evitado males mayores. Pero no, no lo sabía. Por eso pensó que si aprovechaba bien la situación, el tipo podría darle, sin querer, la información que necesitaba. Eligió bien sus siguientes palabras:

—¿Qué es exactamente lo que piensa que le podemos hacer? Porque nosotros no le hemos hecho daño a nadie, ¿verdad?

—Vale —volvió a conceder Miranda—. Pongamos que no. Pero a uno siempre puede pasarle una desgracia. Uno de esos accidentes. Ya sabe. Eso no tiene por qué ocurrirme a mí. Yo les propongo este trato. Dígaselo a él: yo me voy a estar callado. Como una tumba. Como si fuera de piedra. Me da igual lo que haya hecho o lo que haga, porque yo no sé nada y, si lo supiera, no me acordaría, así que no le puedo contar nada a nadie. Solo quiero que me dejen en paz. Dígaselo. Dígaselo a él.

—¿A quién?

—A él. Ya sabe a quién. —De pronto, Miranda se rio, con una risa que pretendía ser cómplice pero en realidad sonaba histérica—. Me está poniendo a prueba, para ver si se puede fiar de mí. Y ya ve, ya ve que sí puede.

Por seguirle el juego, Monroy mostró una sonrisa cínica.

—Está bien. Pero ¿qué garantías tenemos?

—De entrada, mi palabra. Aunque ya me supongo yo que eso será bien poco.

—Supone bien.

—Pero, fíjese, es una cuestión de lógica, de sentido común. Piénselo: yo no tengo ninguna

gana ni ningún motivo para contar nada. Y lo que le ha pasado a esta gente, los accidentes estos, me ha dejado claro que, aunque alguien me intentara presionar, a mí me conviene más estarme calladito. ¿No le parece lógico lo que le estoy diciendo?

—A mí sí. Lo que pasa es que no soy yo el que decide.

—Lo entiendo. Pero puede dar el recado, ¿verdad?

—Puedo.

—Con eso es suficiente. Usted da el recado y yo me estoy calladito. ¿Quedamos así?

En su improvisada posición negociadora, Monroy hizo además de ofrecerle la mano para cerrar el trato.

—Quedamos así —dijo tendiéndola hacia él.

Diego Miranda miró la mano de Eladio con una expresión exactamente igual, o al menos muy parecida, a la que habría mostrado si se le hubiese invitado a acariciar a una rata recién salida de un pozo negro. Sin sacar las manos de los bolsillos, se limitó a asentir y decir:

—Pues quedamos así, entonces. Buenas noches.

Por haber soltado lastre o por alejarse de allí antes de que la jugada se le volviese en contra, Miranda se volvió a La Droguería mucho más ligero que como había venido. Monroy todavía estaba devolviéndole la despedida cuando lo vio meterse de nuevo en el local. Y él se quedó allí, sin ganas de terminarse el bocadillo. Lo dejó en el plato, se acabó el refresco de un trago y fue al interior para pedir la cuenta preguntándose qué carajo acababa de pasar.

—¿Y el tipo sigue por ahí? —preguntó Falo, saliendo del bar para hablar más tranquilo.

—No. Ya se fue.

—¿Cómo era?

Al otro lado de la línea, Diego Miranda pensó en la mejor manera de hacerle un resumen:

—No sé: fortote, con la cabeza afeitada. Malencarado y con una cicatriz en un lado de la cara. Y me fijé en que hacía un gesto extraño: se pellizcaba el mentón de vez en cuando, por debajo de la barbilla. Se daba pellizquitos, ¿sabes cómo te digo?

—Coño.

—¿Te suena?

—Conozco a un tipo así. Pero no me lo imagino mezclado con esa gente.

—Bueno, como sea. ¿Qué hacemos?

Falo miró a la plaza del Pilar, animada como lo estaba cada viernes a esa hora. Familias y amigos iban y venían, buscaban sitio en las terrazas para buscar un ratito de felicidad, ajenos a los agobios que pudieran estar pasando dos tipos como ellos.

—Mira, por lo pronto, no hagas nada. Puede que la conversa haya dado resultado.

—¿Y si no?

—Si no, vamos a adelantarnos a la jugada. Le voy a dar un toque a Tene, por si las moscas. Para irnos organizando. Y para ver cómo lo ve él.

—De acuerdo. Pero ¿yo qué hago?

—Nada —repitió Falo—. De momento, no hagas nada. Te llamo luego, cuando haya hablado con él.

—Si es muy tarde, llámame al fijo. En casa no tengo buena cobertura.

—Es verdad.

En cuanto se despidieron, Falo aprovechó para encender un cigarrillo y sentarse en un banco. Luego llamó a Tene. Tardó en contestar.

—¿Qué pasó?

—Me acaba de llamar Diego —dijo Falo.

—¿Mal rollo?

—Puede que muy malo.

Qué carajo acababa de pasar, eso fue lo que siguió preguntándose cuando ya no acababa de pasar, cuando hacía una hora que había dejado al individuo entrando en La Droguería y había pagado y se había metido en Naranjito y había arrancado, obviando las llamadas de Sonsoles y los mensajes que ella le iba enviando mientras él conducía hacia la ciudad.

Evidentemente, Diego Miranda lo había confundido con alguien. Con alguien que lo acojonaba. O, lo que es lo mismo, con alguien que venía de parte de alguien que lo acojonaba. Y lo primero que había hecho había sido intentar apartar a sus amigos de aquel supuesto peligro. Así las cosas, y a falta de más detalles, Monroy debía suponer que Miranda se sentía en peligro y su conducta con Sonsoles tenía explicación. Confusa, con ángulos muertos, pero tenía explicación. Ahora bien, ¿convenía que se lo contara a Sonsoles?

Por supuesto, ella le había hecho precisamente ese encargo, pero Eladio Monroy había vivido situaciones similares, momentos o hasta temporadas en los que no solo temía por sí mismo, sino, sobre todo, por los suyos. Al acordarse, experimentó hacia Diego Miranda un inmediato sentimiento de compasión. De empatía, como llamaban a la compasión Paula y Mónica.

Imaginó a la veterinaria, enamorada como una cochina chica, loca por tener un motivo para correr hacia el chupatintas, para preocuparse y pasar penas por él, poniéndose, de paso, en peligro o aumentando los presuntos riesgos a los que él pudiera estar sometido, haciéndolo más descuidado, más vulnerable. Si el tipo estaba realmente siendo amenazado por alguien, si había roto con Sonsoles para mantenerla a salvo, que ella lo supiera solo le complicaría más las cosas. A veces el amor mata.

No, antes de devolverle las llamadas a Sonsoles, Monroy tuvo que pensar bien en lo que iba a decirle. Y eso no lo hubo hecho hasta después de haber aparcado en el estacionamiento al aire libre de la zona de El Rincón, de cruzar hacia el auditorio y echarse a caminar por la avenida de Las Canteras. Solo entonces, justo cuando pasaba junto a la estatua flamenca de Alfredo Kraus camino de La Cícer, le devolvió la llamada.

A la veterinaria la camisa no le llegaba al ombligo preguntándose por qué no contestaba a los mensajes. Lo último que le había dicho Eladio era que Diego había salido y que la llamaría enseguida. Monroy le contó una milonga. Comenzó disculpándose, diciéndole que se le había ido el baifo porque, justo después, un amigo le había mandado un mensaje recordándole que habían quedado para cenar, cosa que él, por supuesto, había olvidado. Así que se había largado sobre la marcha y, claro, como iba conduciendo, no le había podido responder ni a las llamadas ni a los mensajes. Ahora, en lo que llegaba al restaurante, podía hablar.

—Vale, está bien —concedió Sonsoles—. Pero me tienes hablando sola, mi niño. ¿Qué pasó con Diego?

—Ah, pues que tenías razón: no era él.

—Pero me dijiste que lo habías visto en La Droguería, con Isabel y Víctor.

—Sí. Y ese sí era él. Pero él no era el que salió a fumar, era otro. Me confundí.

—Coño, ¿tan lejos estabas?

—No tanto. Pero entre lo oscuro que estaba y lo viejo que estoy, veía menos que un gato de cerámica. Y, claro, luego me dio el toque este amigo y se me fue la olla. Por cierto, estoy llegando al sitio —mintió Monroy por tercera o cuarta vez en esa conversación—. Ya te voy llamando si me entero de algo.

—¿Cuál es tu plan?

—Ya te dije: echarme un enyesque con el amigo este. Y, a lo mejor, un par de cubatas, que para eso es viernes.

—No, quiero decir, con Diego.

—Ah, pues no sé si volveré a subir a Moya antes del lunes. Tenía otros planes. Pero mi idea es estar allí el lunes antes de que salga para el trabajo y seguirlo desde ahí.

En esto no mentía. Esa era su idea desde el principio. No quiso pensar en que el tipo ya lo conocía y sería más complicado olerle el culo sin hacerse notar. Ya cruzaría ese puente cuando llegara a él. Por el momento, despachó a Sonsoles diciéndole que la llamaría, que le iría diciendo, que bueno, que tuviera buen fin de semana, que hasta luego, mi niña.

Mientras hablaba con ella, había llegado a La Cícer. Ya casi nada quedaba en ella de lo que Eladio había conocido en tiempos, salvo el mar rugiente y la oscuridad por tramos en la arena. No había ya casas terreras a cuyas puertas los vecinos se reuniesen para hacer asaderos de sardinas o, simplemente, echar la cervecita sentados en sillas de plástico sacadas a la fresca. Ni había corros de señoras en los bordillos, riéndose con las rimas zafias que hacía la que cantaba los números en el bingo del millo. Ahora solo persistía algún vestigio de lo que había sido el barrio en una casa semiderruida aquí y otra tapiada allá, en los ojos de algún anciano y en el olor a salitre que venía desde el mar. Se detuvo delante de la dulcería Pinomar, donde las dependientas expendían a un grupo de adolescentes que sabían dónde estaba lo bueno. El bocadillo que se había pedido en Moya no le había llegado a la muela de atrás, y un bocata de Pinomar podía ser un buen fin de tarde. Podía comprarse uno (incluso dos, si Gloria no estaba ya en el Madrid haciendo el picoteo de cada viernes), marcharse a casa y mandarlo todo a tomar por culo hasta el lunes. Pero empezaba a intrigarlo de veras el asunto, sobre todo tras el extraño encuentro que había tenido con Diego Miranda.

Captó por unos segundos más los efluvios de los bocadillos con los que los pibes salían de la bendita y, en el último instante, logró resistirse a la llamada. Con determinación, enfiló calle arriba. Un viernes a última hora de la tarde era el momento perfecto para encontrarse, más o menos casualmente, con Rafael Iriarte Santana, por mal nombre Falo el Moldura.

La Vieja Guardia constituye, junto con algunas familias que acuden los fines de semana, la parroquia más estable de El Pejín. Otros vecinos lo frecuentan a partir del día 10 de cada mes, cuando cobran el paro, pero su asiduidad va languideciendo conforme adelgaza su cuenta corriente. Los viejos no tienen nombre o, al menos, Falo jamás se ha preocupado por averiguarlo. Mentalmente, los distingue atendiendo a sus taras evidentes (el Cojo, el Calvo y el Del Ojo Chungo), aunque, al dirigirse a ellos, emplea el sempiterno apelativo de «caballero».

El bar de Ramos el Manojopollas ha quedado arrinconado en la plaza del Pilar como un vestigio más de la amable sordidez del barrio (de casi toda la ciudad) en los años ochenta. Las dimensiones del tugurio hacen honor a su nombre, porque no es más que un pasillo recorrido por una barra de chapa galvanizada a la que se contraponen cuatro diminutas mesas de contrachapado con sillas que alternan el plástico y el aluminio.

Ahora que Guanarteme se ha puesto de moda, ahora que lo salpican los restaurantes para modernillos y las tiendas de artículos *new age*, ahora que la música en directo toma de vez en vez la zona desde Playa Chica hasta El Rincón, ahora que entre el caos de sus calles se entrecruzan los nuevos *hipsters*, los viejos *hippies*, los surferos de mediana edad y los changas de toda la vida (el changa no es nuevo ni viejo; el changa no tiene edad, es intemporal como la socarronería, como el insulto y el beso), Ramos continúa haciendo lo que hizo toda la vida y lo que hizo, antes que él, su padre: vender priva en vasos de obrero, tapas de ropavieja, pulpo a la vinagreta y carne en salsa, bocadillos de pescado empanado, de calamares, de lomo o cochinillo, impregnados de litros de alioli que enmascaran la edad de los productos embutidos en el pan y la calidad ultracongelada de las papas que los guarnecen. Los únicos cambios en los últimos años han sido la terraza que la ley antitabaco ha hecho imprescindible para la supervivencia del negocio, y un baño adaptado que Ramos se vio obligado a instalar junto a la entrada porque al fondo no quedaba ya sitio ni para estornudar sin que se le saliera a uno una chancleta.

Detrás de la barra, un cartel dice: «Si bebes para olvidar, paga antes de empezar». Por si la advertencia resultara insuficiente, junto al cartel pende un garrote con un barnizado brillante a lo largo del cual unas letras negras dibujan la inscripción: «Gestión de cobros». Pero el Manojopollas jamás ha tenido que utilizarlo. Basta con ver su espalda enorme, sus brazos anchos como muslos, sus manos (que inspiraron el sobrenombre que nadie se atreve a pronunciar en su presencia), para que a uno se le quiten las ganas de tener deudas con él. Por lo demás, Dios o la Naturaleza, en su infinita sabiduría, ha equilibrado los tantos, dotando a Ramos de un natural manso y no desagradable, de un buen humor que acaricia las cabezas de los niños y sonrío a las

viejitas y hasta soporta con estoicismo las peroratas interminables de quienes van al bar a descargar el dolor diario de la parienta, el trabajo, las deudas o el equipo de fútbol, que tampoco para de dar disgustos. Por eso, en el barrio, quien no teme al Manojopollas lo aprecia y viceversa o, incluso, ambas cosas a la vez.

A Falo, El Pejín siempre le ha parecido el sitio perfecto: seguro, agradable, convenientemente anónimo. Conoce al Manojopollas de toda la vida y, también de toda la vida, han mantenido una relación cordial en la que favores y secretos se han ido cruzando a lo largo de los años. Ramos nunca tuvo que gastar un céntimo en los arreglos eléctricos que necesitó el bar, salvo, en todo caso, para pagar materiales. Y Falo jamás ha tenido que preocuparse por la discreción de Ramos, que se hace indefectiblemente el sueco ante sus trapicheos.

Ese viernes, Falo Iriarte había ocupado desde la media tarde la esquina de la barra más cercana a la puerta. Siempre con sus pantalones de faena, su polo gris y su riñonera, despeinado y no demasiado limpio, con aquellas pintas de currante que toma un par de botellines y unas tapas antes irse a casa. Mientras estuvo allí, escuchando las charletas de la Vieja Guardia y cruzando, de cuando en cuando, algún comentario con Ramos, recibió tres visitas disfrazadas de encuentro casual, tres de los viejos clientes a quienes aún seguía despachando en persona. Una, la de Juanjo, un tipo de unos cuarenta, con pinta de agente inmobiliario. Otra, la de Mamen, la rubia cincuentona que venía cada semana y que lo saludó, igual que cada semana, como si llevaran años sin verse. La última, la de un treintañero vestido de *sport*, al que se le adivinaban de lejos el pádel, los colegios pijos y el máster en alguna universidad extranjera y cara. En los tres casos, el procedimiento fue el mismo: la visita saludó, tomó asiento junto a él y pidió algo de beber. Nadie quiso ver cómo Falo les despachaba el género por debajo de la barra ni cómo se guardaba unos billetes arrugados antes de que la visita acabara su cerveza, su vino o su café y se marchara despidiéndose de Falo hasta la próxima. Pero, antes de eso, en los tres casos, el Moldura se aseguró de que entendiesen que no debían llamarlo durante un tiempo, que iba a tomarse un descanso, que ya les avisaría cuando volviese a la circulación.

Tras la salida del último cliente, Falo le pidió al Manojopollas un tercer botellín y lo consumió comiendo manises y atendiendo a medias a la tertulia de la Vieja Guardia, los ancianos esmirriados que, entre los tres, no hacían un culo y que siempre hablaban de fútbol, de política o de cómo hay que preparar los tollos. Los viejos sacaban temas y nombres y los despachaban con los chascarrillos de turno. Hoy la cosa iba otra vez sobre Rajoy el Impertérito (cómo había costado sacarlo, carajo), Pedro el Guapo (este era como las cucas, sobrevivía siempre), sobre Albert Rivera el Suarecito (por salir en una foto, hace como que se tropieza y te hace una mamadita), sobre Pablito el Coleta (lo que dice este muchacho está bien, lo que pasa es que me da a mí que está demasiado encantado de conocerse) y sobre el Congreso de los Diputados (eso lo rodeaba yo, pero con guillotinas).

Monroy observó desde lejos el panorama de El Pejín antes de entrar. Como única novedad, encontró a un tipo joven y vivaracho que el Manojopollas debía de haber contratado para quitarse de encima el trabajo de las mesas de la terraza, porque iba y venía entre ellas, sirviendo platos y cambiando ceniceros y soltando alguna broma aquí y allá entre la clientela. Y, tal y como había previsto, Falo el Moldura estaba en su esquina, despachando o relajándose después

de haber despachado lo que llevaba para el día.

Ocupado en abrir manises y engullirlos mecánicamente, no vio a Eladio hasta que lo tuvo al lado, gritándole a Ramos:

—Oiga, cristiano, ¿tiene orejas de pollo?

El Manojopollas, desde el otro extremo, reconoció la voz y la broma y respondió viniendo hacia él:

—No, maestro, pero me quedan muslitos de pescado y judías rellenas de gorgojos, si le apetecen.

—¡Cooooño, compadre! —dijo Falo, abriendo mucho los brazos para acompañar la sorpresa—. Dieciocho los ojos que te ven.

En un momento, Monroy se vio abrumado por la bienvenida: simultáneamente, Falo lo abrazaba desde el lado izquierdo, Ramos le estrujaba la diestra y le palmeaba el hombro derecho con la mano libre y los integrantes de la Vieja Guardia le lanzaban desde lejos saludos a los que él intentaba responder al menos con una mirada y una sonrisa. La cosa duró hasta que Eladio le dijo a Falo que lo soltara, que lo iba a dejar preñado. Falo le dijo que era que hacía mogollón que no lo veía, que dónde carajo llevaba metido todo aquel tiempo. Ramos ya le había puesto un botellín a Eladio cuando este respondió que había estado liado y que, aparte, ya no salía tanto, se estaba comportando.

—Estás viejo, maricón —dijo Falo.

Monroy asintió, concediendo:

—La verdad es bonita.

—Pero, por viejo que estés, no te deberías olvidar de los amigos —terció el Manojopollas, poniéndole otra cerveza a Falo sin que este tuviera que pedirla y antes de echar sobre la barra otro puñado de manises.

—Eso también es verdad —reconoció Monroy—. Ya tú sabes, Ramos, uno se va enverijando en casa y ya da pereza hasta ponerse los zapatos para salir.

El dueño de El Pejín estuvo de acuerdo. Iba a decir algo más, pero el camarero vivaracho vino pidiendo un bocadillo de pollo con todo y dos de cochinitillo y tuvo que irse a la cocina para darle caña a la plancha. Monroy y Falo se quedaron enfrentados, cada uno en un lado del ángulo que formaba la barra.

—¿Al final te fuiste a vivir con la piba aquella, la de la librería? —quiso saber el Moldura.

—¿Con Gloria?

—Esa, Gloria. No me acordaba del nombre.

—No. Seguimos cada uno en su casa. Pero como si estuviéramos.

Falo aprobó el régimen. Aquel trato le parecía cojonudo, se alegraba por él.

—Ojalá me fuera a mí igual de bien —explicó—. Con la última no duré ni seis meses. Están todas locas, no sé qué les pasa.

Monroy sabía o, al menos, suponía lo que les pasaba. Lo que les pasaba era que no les pasaba nada: era a Falo a quien le pasaba algo. Para cualquiera que deseara una relación con fundamento debían de resultar inaguantables la vida de changa que había llevado siempre, sus jornadas interminables como escayolista y sus noches eternas de borrachín a tiempo parcial y camello

ocasional, sus juergas, sus bisnes, sus ratos de echarse la camisa por fuera que nunca eran solo ratos y siempre echaban más que la camisa. La única que lo había soportado, la madre de sus hijos, había acabado mandándolo a la mierda hacía mucho. Por ese entonces fue cuando más habían parado juntos el Moldura, el Chapi y Monroy, que también andaba bastante descolocado y solo. Pero Eladio y el Chapi habían dado pasos hacia la madurez y Falo parecía seguir siendo más o menos el mismo. Sin embargo, el exmarinero no dijo nada de esto; prefirió hacer una mueca lo suficientemente ambigua como para que pudiese ser interpretada como un asentimiento y dio un trago, antes de preguntar:

—¿Y tú qué? ¿Cómo te va la cosa?

—Como siempre. Currando. Mucha construcción no hay, pero van saliendo reparaciones. Y, aparte, mis movidas. Discretito, pero bien. O sea, que voy escapando.

—Tal y como está la cosa, escapar ya es un triunfo.

Ambos dijeron que sí con la cabeza, mirando a la nada, cerveza en mano. Luego, Falo dijo:

—Pues me quedé flipando al verte entrar por esa puerta. Porque estás más perdido que el barco del arroz.

Eladio estaba esperando la pregunta. Ahora le tocaba contar la tercera milonga de la jornada.

—Venía de Moya y me dio por parar un ratito antes de seguir para casa.

—¿De Moya?

—Sí, compadre. La chiquilla mía, que la llamaron para trabajar allí. Tú sabes que Paula es maestra, ¿no?

—No. Espera: ¿Paula, la chiquilla tuya, tan chiquitita, maestra ya? Cómo pasa el tiempo, Eladio.

—Pues sí. Pero con eso de las listas, le salió trabajo arriba y se está metiendo unos madrugones del carajo para subir todos los días. Y yo ya me cansé de oírla quejarse y le estoy buscando algo para alquilar.

—Pero eso ahora lo miras por internet...

—Bah, yo con los ordenadores no me entero, Falo. Lo que hice fue subirme a mirar si daba con algo. Pero nada, muchacho, no di con nada que valiera la pena. Oye..., tú no tendrás algún conocido por allá arriba, ¿no?

Falo el Moldura miró otra vez a la nada. Pensó, o pareció pensar, intentar hacer memoria. Pero el radar para la mentira que Monroy llevaba incorporado de serie dio señal cuando lo escuchó decir:

—Qué va. Yo ahí no conozco a nadie.

—Pues, vaya hombre, qué putada. Porque tú sabes que siempre es mejor preguntarle a alguien de la zona. ¿Seguro que no?

El Moldura chistó, negó con la cabeza, miró hacia otro lado antes de decir:

—No, que yo recuerde.

Monroy se dijo que al fin la relación de aquellos dos debía de reducirse a las redes. Al fin y al cabo, no se le ocurría cómo podían llegar a coincidir dos tipos tan diferentes, aunque cosas más raras se hubieran visto. Lo que no resultaba tan natural era el empeño de Falo en negar que conocía a alguien en Moya. Al menos, había comentado publicaciones suyas hacía unas semanas.

Podría atribuirse a que Falo no quería tomarse la molestia de hacerle el contacto a Eladio. Aunque eso también podía atribuirse a la pereza característica del escayolista. No obstante, había una explicación más sencilla: que no fuera consciente de que Miranda, el tipo con el que interactuaba en las redes, viviese allí.

Decidió dejarlo correr. Invitó otra ronda, se entretuvo un ratito más hablando de viejas historias, rememorando anécdotas graciosas que no tenían nada de gracioso y muy poco de memorable. Luego puso la excusa de la conducción para no tomar la siguiente, se despidió de todos haciendo la falsa promesa de volver pronto y se marchó, perdiendo así, también sin saberlo, la segunda oportunidad de ese día de evitar una desgracia.

En cuanto Monroy se fue, Falo salió a la calle y llamó a Diego Miranda. El teléfono no daba señal. Lo intentó en el fijo, como el otro le había dicho que hiciese. Pero ya no hubo manera de contactar con él.

Algo agotado y bastante borracho, Eladio Monroy se acostó ese viernes con la sensación de que, aunque nada parecía del todo extraño, no todo resultaba normal en torno a Diego Miranda. Quizá por eso volvió a soñar con sus muertos. Los de su familia y los que él mismo había finiquitado. Esta vez estaban casi todos. Le habían saqueado el mueble bar y llenaban el salón provistos de vasos de Nocilla en los que se servían bebidas antediluvianas. Su hermano y Silva, por ejemplo, compartían una botella de ron Guajiro en un rincón y se regañaban cada vez que daban un buche. Siempre ha sido un hijo de puta, decía Silva. Mi madre era una santa, pero sí, es verdad, él es un cabronazo, comentó Bruno, con aquel dejillo finolis que tuvo siempre. ¿Te puedes creer que ni vino a mi entierro? Al entierro de su propio hermano. Vale que estaba embarcado, pero la noticia lo cogió llegando a Cádiz. Habría podido desembarcar y pillarse un avión. Pero no: dijo que, total, para qué se iba a volver, si tampoco me iba a resucitar. Silva se rio ante la ocurrencia, y luego dijo que a su entierro sí que había ido, que había tenido los huevos de ir allí a darle el pésame a la familia.

El Hombre Grande, en cambio, no hablaba con nadie. Se había apoderado de una de las sillas del comedor y leía un libro, dando tragos a una botella de Tres Cepas. Eladio se aproximó a él con curiosidad por saber de qué libro se trataba. Pero el Hombre Grande se giró antes de que pudiera acercarse lo suficiente y le dijo lo mismo que el marinero al conde Arnaldos: Yo no digo mi canción sino a quien conmigo va. Entonces, Monroy notó que alguien lo tomaba por el antebrazo y, al volverse, se enfrentó a Giorgi Lupescu, con el martillo aún incrustado en el cráneo. Era bastante ridículo verlo allí, en pie, con el mango de la herramienta como una especie de antena que quisiese captar el absurdo. Lupescu, con aquellos ojos inmensamente azules, le sonrió, siniestro y peligroso, y le dijo: *You are in a hole*. Monroy Con el ruido de las charlas de los demás muertos, no lo entendió bien. El otro repitió que *You are in a hole, man, in a hole*. Y agregó: *There is no tomorrow. Tomorrow is a lie*. En esa confusa lucidez de lo onírico, Eladio comprendió de pronto por qué el Giorgi Lupescu del sueño le hablaba en inglés, y no en rumano: había muerto sin que él le llegase a escuchar más de dos palabras a modo de saludo. Y, además, qué carajo, él no podía soñar en rumano porque no tenía ni puta idea del idioma. Se sueña lo que se sabe, aunque se haya querido olvidar que se sabe. Justo cuando acababa de entender esto, se despertó y, como casi siempre, olvidó el sueño de inmediato.

Eran las nueve y media. El lado de la cama que solía usar Gloria aún estaba cálido y revuelto, pero ella ya se había marchado. Por la hora, Monroy la supuso abriendo la librería. La noche antes, tras volver de Guanarteme, él había ido a su encuentro en el Hotel Madrid, habían

picoteado y hasta habían hecho la arrancadilla en el Paper Club. Por supuesto, Gloria le había preguntado por el asunto de Sonsoles y su muchacho, y él le había contado lo de Moya y hasta lo de Falo el Moldura, pero omitiendo todo lo que se salía de la historia de amores y desamores. Por ejemplo, el encuentro en El Rinconcito y la mentira de Falo se cayeron de la versión que elaboró para ella.

Gloria seguía opinando que había otra. Que el amigo Diego le debía de estar jincando la batata a otra más joven, con más tetas o menos exigente. Los tíos son así y punto. Ella lo sabía bien. Monroy, como si no fuera un tío, acogió la informada opinión de su follamiga de tantos años encogiéndose de hombros, acabándose su tercer cubata y haciendo una seña al camarero para pedir otra arrancadilla.

Al final, hubo dos arrancadillas más. Sumadas a la botella de vino del picoteo y a las cervezas de El Pejín, ahora, al intentar levantarse, descubrió que se había trabajado una más de sus gloriosas resacas. Con la boca reseca, los ojos llenos de tierra y un reflujo ácido digno de uno de los pájaros del *Exxon Valdez*, fue a por agua para beber, agua para lavarse la cara y agua para disolver un Alka Seltzer. Para variar, la cabeza no le dolía demasiado, pero tenía el pensar espeso y la memoria confusa. No recordó que se había dejado el móvil sin recargar hasta cerca de las once de la mañana, después del segundo café. Solo entonces lo enchufó y vio las llamadas y los mensajes de Sonsoles. No los de la tarde anterior. Otros. Más recientes. De esa misma mañana. No tuvo que consultarlos todos para entender el motivo, para saber que lo que intentaba contarle era que Diego Miranda estaba muerto.

# **UNA COSA DE MUERTOS**

A Sonsoles la había llamado Manolo, el marido de Rosi, una hermana de Diego, que era quien se lo había encontrado. Eso fue lo que le contó a Monroy con la voz quebrada en primer plano sobre un fondo difuso de ruidos de cucharillas de café, conversaciones a medias entre las que podían distinguirse los estoy-que-no-me-lo-creo que suelen seguir a sucesos así.

Él no quiso preguntarle en ese momento dónde estaba. Luego sabría que se encontraba en Carretería, en casa de Isabel y Víctor, adonde había ido con otros amigos después de hacer guardia ante la de Diego hasta que el forense y el juez permitieron levantar el cadáver.

Rosi, que se había citado con Diego a las ocho para ir de caminata, se había hartado de que no contestara a las llamadas (el teléfono, el timbre, los mensajes) y, al final, había abierto con su propia llave, pensando que se había quedado dormido. Otros amigos los esperaban en Fontanales, al parecer. Al entrar, no tardó en descubrir que su hermano se había suicidado.

El procedimiento que parecía haber elegido era de los más desagradables, no tenía nada de muerte dulce, de muerte blanda, de muerte lenta que llega de a poco e inconscientemente. Había elegido uno de los más crueles: el ahorcamiento. Lo había hecho en el patio interior. Fría, mecánicamente, como quien friega los platos o se corta las uñas.

De todo esto Monroy se fue enterando en las diferentes conversaciones que mantuvieron a lo largo del sábado. También hubo otros detalles sobre los que fue volviendo: Rosi, precisamente porque estaba preocupada por Diego, se había empeñado en que se viniera al pateo por el campo con los amigos, como en los viejos tiempos. Isabel y Víctor se habían despedido de él sobre las diez y lo habían acompañado casi hasta la puerta de la casa, porque tenían el coche aparcado cerca. Durante la velada, lo habían notado algo inquieto en algún momento, pero nada fuera de lo habitual en las últimas semanas, en las que había estado hecho un manojo de nervios. Sonsoles también le habló de los padres de Diego, lógicamente destrozados; de cómo había evitado contárselo a Aitor, que el chiquillo estaba en Granada empezando el curso y no era plan de agobiarlo con esto que no tenía remedio; de la culpa que se le iba mezclando a ella con la pena. Porque, sí, ahora Sonsoles se maldecía a sí misma, se torturaba por no haber entendido, por seguir sin entender, el dolor que debía de sentir Diego para acabar haciendo aquello. Evidentemente, en su conducta había algo patológico que ella no había sabido distinguir a tiempo. En esto coincidía con los amigos, con los hermanos, quienes lo habían notado raro desde hacía días, pero jamás habrían imaginado algo así.

Monroy atendió, escuchó y soportó pacientemente todas aquellas llamadas, todas las descargas de la veterinaria destrozada. No obstante, en ningún momento se vio tentado por la

posibilidad de contar lo que sabía. Prefería dejar las cosas de ese tamaño: el tipo estaba asustado o estaba deprimido (que es otra forma de estar asustado) y, meditadamente o en pleno arrebató, había decidido quitarse de en medio. En ningún caso lo que ocurriese realmente (o lo que Eladio pensara que pudiese ocurrir realmente) cambiaría este hecho. Podía parecer mezquino, de hecho lo era, pero prefirió continuar callándose y no echar más leña al fuego de la confusión y la angustia y la responsabilidad que asolaban a Sonsoles como asolan siempre a las personas más cercanas a los suicidas. Se limitó a consolarla con las convenciones de rigor: qué ibas a saber tú, hiciste lo que pudiste, no habrías podido hacer más, cómo te ibas a imaginar esto tú, cómo se lo iba a imaginar nadie, a lo mejor ni él mismo se lo imaginó hasta el último momento.

Eso fue lo que le dijo durante el último telefonazo, con Sonsoles ya de regreso en su casa y Gloria en el sofá de la de Eladio, donde se habían instalado para hacer peli- manta unos minutos antes de que la mujer llamara.

—Pobre muchacha —comentó cuando Eladio al fin colgó y regresó al sofá.

Él buscó el mando a distancia. Como habían detenido la reproducción al sonar el móvil, en la pantalla Colin Firth continuaba mostrando su expresión de sorpresa al descubrir que su mujer le ponía los cuernos con su propio hermano. Esto es, mostraba la misma expresión que tenía siempre. Gloria solía decir que era uno de esos actores que interpretaban hacia dentro. Monroy opinaba que, más bien, interpretaba hacia atrás, pero se cuidaba mucho de decirlo: en aquellos años con Gloria, había descubierto que criticar a Colin Firth, Leonardo DiCaprio o Brad Pitt era la manera más barata de buscarse la ruina sin necesidad. Igual que tampoco era necesario contarle nada de lo que le extrañaba en todo aquello de Miranda. Aun así, antes de proseguir viendo la película, le preguntó:

—¿A ti no te parece raro?

—¿El qué?

—Lo de este chico. Que se haya matado así, de pronto. Sin hacer ningún aviso.

—Si hubiese avisado, igual no habría acabado matándose.

—Bien visto.

El parquecito era de los tranquilos tirando a aburridos, con buganvillas y flamboyanes aquí y allá y setos de hibiscos circundando los parterres para proporcionar cierta intimidad a los viejitos y las familias que ocupaban los bancos que el estiércol de palomas y mirlos había respetado. Allá, al fondo, el edificio principal de la residencia, un vetusto palacete de tres cuerpos, remozado y acondicionado para albergar a una clientela no menos vetusta, parecía vigilar a los usuarios y las visitas que charlaban, paseaban o merendaban para gastar la abulia vespertina del domingo.

A Matías, Monroy le había llevado, como siempre, *El País* y un par de novelitas, esta vez de Le Carré. Ahora se había aficionado a leer y las que más le gustaban eran las de espías. También como siempre, Matías agradeció las novelas y repasó los titulares con Eladio.

—Pues estamos bonitos —resumió el viejo, volviendo a cerrar el periódico y dejándolo en el banco, en el hueco libre que quedaba entre Eladio y él—. ¿Estos cabrones nos van a hacer seguir votando hasta que salga lo que ellos quieran?

—Capaces son —convino él, aunque no supiera quiénes eran, concretamente, los cabrones a los que se refería Matías. Conociéndolo, serían la banca, el capital, las derechas o hasta la Santa Madre Iglesia, todo aquello que él solía denominar, con su difuso argumentado pasado de fecha, los poderes fácticos.

Se le hacía raro ver a Matías con la dentadura puesta. Cuando eran vecinos, no se la ponía salvo para darle uso y para recibir a las visitas, que escaseaban. Otra novedad era su pulcritud en el atuendo. Aunque lo recibiese en la habitación, ahora Matías estaba siempre vestido como para ir a misa (cosa que no había hecho en los últimos cincuenta años), con sus cuatro pelos bien peinados y la cara afeitadita. Nada quedaba en él del viejo en albornoz que se pasaba el día encerrado viendo películas de tiros. Gloria, las primeras veces que lo visitaron, también se asombró del cambio y le preguntó a Eladio si no sería que Matías se había echado novia en la residencia. Una no; conociéndolo, seguramente andaba tirándoles los tejos a dos o tres. Pero no era eso. Era como si al final, con todo lo que tenía de imposición, de cosa obligatoria, de lugar de último reposo en los no menos últimos años, vivir en la residencia lo hubiese puesto de nuevo en contacto con el mundo. Como uno de esos seres minúsculos que pasan años, décadas, ahí, aletargados, hasta que vuelven a darse las condiciones adecuadas de temperatura y humedad que les permiten volver a la vida.

—Bueno, ¿cómo anda tu gente? —preguntó Matías.

—Bien. Gloria no vino porque hoy fue a casa de la madre.

—Claro, el domingo es buen día para ir a ver a los viejos, no sea que se te mueran el lunes y luego te quedas con la magua.

—Por eso vine yo, hijoputa. Aunque, con esa cara, parece que llevas tres días muerto.

—Cómo se nota que no tienes espejos en tu casa, bobomierda. Oye, ¿y la chiquilla?

—Ahí, trabajando con Gloria en la librería. ¿Qué te parece? Ahora, en vez de a una librera, aguanto a dos. —Matías soltó una de sus carcajaditas asmáticas—. No, en serio, la verdad es que la veo a gusto. Y, con Manolo, son tal para cual.

—Me alegro, carajo. Esa muchacha vale oro. No parece hija tuya. Oye, ¿y la casa? ¿Dan mucha lata los huéspedes?

Matías siempre le preguntaba por la casa así, como si su piso fuera un hotel de verdad y él fuese el dueño y responsable de lo que pasara allí.

—No, ningún problema. Antes vivía allí un viejo gritón y tocapelotas, pero ahora se fue a vivir a una residencia en Tafira y el bloque se ha quedado que parece el paraíso.

—Coño, pues ten cuidado, no vaya a aparecer una serpiente y se te meta por el culo.

En toda mudanza, siempre hay cosas que no cambian. Continuaban con los piques de coña, las bromas zafias, los vaciles socarrones de tíos curtidos que han envejecido juntos.

Pero Eladio no había ido a visitarlo solo para pasar la tarde del domingo, para prevenir la magua. Hoy lo había venido a ver para hacerle una pregunta, porque de los viejos amigos portuarios, era el único con el que aún tenía contacto.

—Oye una cosa, Matías.

—Dime.

—¿Tú te acuerdas, de cuando trabajabas en el muelle, de una empresa que se llama Morris y Cía?

A Matías le fallaban las piernas, la vista, el pulso de la mano izquierda y hasta, de vez en cuando, los esfínteres, pero jamás le había fallado la memoria.

—Consignataria. Matriz inglesa. Establecida aquí en el cuarenta y pico. Si no la han jodido últimamente, era de las mejores. Competente y seria. Y con los empleados siempre contentos, que eso no es frecuente. Aunque igual una cosa va con la otra.

—¿Cómo?

—Si los trabajadores están a gusto, la empresa funciona mejor. —A Matías siempre acababa saliéndole el sindicalista que había en el interior del estibador que aún llevaba dentro. Era una muñeca rusa portuaria, siempre dispuesta a volver a las escaleras de Odessa—. ¿Por qué te interesa? ¿Pasa algo raro con Morris?

—No. Para nada.

—¿Andas en una movida de las tuyas?

—Eso creía. Me pidieron que controlara a un tipo que trabaja ahí.

—¿Puedo conocerlo?

—No es de tu época, demasiado joven. Pero, al final, no había mucho que controlar. Y ahora te pregunto solo por confirmar. Si me hubieras dicho que era una empresa de las chungas, todavía me lo pensaría. Pero si dices que no hace chanchullos...

—Que yo sepa, no.

—Entonces, nada. Todo es como parece.

—¿Seguro?

—Seguro. No te preocupes. Todo está en orden.

Pero no todo estaba en orden. El lunes por la mañana le dio un telefonazo a Déniz.

—¿Qué dice mi hombre? —soltó el comisario a modo de saludo.

—Por aquí me ando.

—Justo estaba por llamarte.

—¿Y eso?

—Para ver si te apuntabas al envite. Losada no puede y me falta un compañero.

—¿Quiénes van?

—Los de siempre. El Tíbur y el resto de la cuadrilla. Ah, más uno nuevo que tú no conoces, de la judicial.

Las partidas de Déniz eran un clásico de los jueves. Las jugaban en una oficinita de la calle Carvajal que había sido del suegro del comisario. Normalmente, se veía con viejos camaradas suyos, pero, cuando le fallaba la pareja, solía llamar a Eladio.

—¿Cuándo?

—El jueves.

—Miraré la agenda.

—¿Qué agenda? Venga, coño, si trabajas menos que el urólogo del Papa.

—Pero hago mucha vida social. Oye, te llamaba para pedirte un favor.

—Ya decía yo. Cuéntame.

—¿Tú te acuerdas de la hija de Paco Nieves, Sonsoles?

Déniz se demoró unos segundos en contestar. Monroy imaginó que habría empleado ese lapso de tiempo en acordarse del concierto de hostias en te rompo la cara sostenido que un desconocido con una letra K tatuada en el antebrazo le había dado en su día al ex de la muchacha.

—Vaya si me acuerdo.

—Vale. Pues andaba saliendo con un chico y resulta que el hombre no se sabe si estaba deprimido o qué, pero parece que se suicidó.

—Qué mala suerte tiene esa niña con los tíos.

—La verdad es que sí. Pero, eso es aparte. Esto fue el sábado, en Moya. El hombre, por lo visto, se ahorcó, en la casa —dijo Eladio. Después no dijo nada más, dejó toda aquella información flotando como una nube en medio de la conexión telefónica, como si el comisario supiera ya lo que había de hacer con ella.

Déniz se negó a ponérselo fácil:

—¿Y qué quieres, que te lo resucite?

—No, carajo. Me gustaría saber...

—Los detalles.

—Eso.

—¿Ya estás otra vez haciendo de detective?

—No, coño. Es nada más por tranquilizar a la muchacha. Como todo se está investigando y a la familia todavía no les han dicho cómo fue la vaina, la pobre está hecha polvo.

—Los detalles no la van a ayudar.

—Pero la claridad sí. Además, ya sabes cómo son estas historias, la piba está emparanoiada con que no es posible, que hay algo raro, que él no sería capaz —mintió Monroy. Sabía que si atribuía a Sonsoles sus propias suspicacias, la gestión tenía más posibilidades de éxito—. Yo creo que está equivocada. Para mí que fue un suicidio de los normalitos tirando a cutres. Si tú me pudieras decir si dejó una nota, cómo fue... En fin, yo creo que se enfrentaría de otra manera al asunto. Y así sabrá con lo que tiene que apechugar exactamente, ¿no? Cuanto antes se haga a la idea, mejor.

Déniz guardó silencio unos instantes. Luego, tras dar un bufidito, dijo:

—Si fue en Moya, eso no nos toca a nosotros. No sabrás el nombre del juez de guardia, ¿verdad?

—Ni puta idea.

—Dame los datos que tengas. Voy a hacer un par de llamadas, a ver si te puedo averiguar algo.

\* \* \*

Déniz tardó una hora en llamar.

—Por supuesto, lo que te voy a decir es confidencial, como siempre. Solo para que te relajés y que puedas tranquilizar a esta muchacha —advirtió como solía hacer cuando se saltaba el protocolo.

Sin embargo, no escatimó en detalles. Al fin y al cabo, en breve se lo notificarían todo a la familia. Al parecer, la cosa estaba clara y había sido como parecía: Diego Miranda había muerto por propia mano. O propia cuerda, porque, al parecer, descolgó un gran macetero con helechos que pendía en un rincón del patio interior de su vivienda y usó el cáncamo para pasar una soga de pita, uno de cuyos extremos había atado a una columna. Con el otro, hizo un nudo corredizo que cerró sobre su propio cuello. Luego saltó desde la silla a la que había subido. La hora de la muerte estaba entre las once u once y media de la noche. No había sufrido demasiado, porque se había roto el cuello. El informe toxicológico era de los sencillos: algo de alcohol en sangre, pero ni rastro de drogas ni barbitúricos. Un tipo sano. Por lo demás, todo en orden en la casa, la puerta de la calle trancada, aunque sin pasar la llave, la vivienda más o menos limpia y ordenada salvo por la loza de la cena sin fregar. Que también, para qué coño fregar los platos si tu plan inmediato es borrarte del mundo...

—No dejó ninguna nota ni envió mensaje a nadie, pero tú sabes que no es el primero que se

manda a mudar sin decir ni mu. Así que le puedes decir a la hija de Paco Nieves que esto es lo que hay. Yo sé que es jodido aceptar estas cosas, pero esto es lo que es: un suicidio de los de manual.

Eladio le dio las gracias, le dijo que le debía una, que el jueves al final se apuntaba a la partida, sobre todo si en el otro equipo estaba el Tíbur, porque desplumar a la baraja a un facha era uno de sus planes favoritos de toda la vida para un jueves por la noche.

Tras colgar, encendió un cigarrillo, se sentó en el sofá, se quedó un buen rato mirando a la nada y pellizcándose el mentón. Ahora era oficial: Diego Miranda se había suicidado. Y también era cierto que alguien lo amenazaba y/o lo seguía (o, al menos, él lo creía así). Hacía al menos un par de semanas que había dejado a Sonsoles, pero no había sido hasta ese viernes por la noche cuando decidió darse finiquito. ¿Por qué? ¿Qué le había ocurrido ese viernes a Diego Miranda que no le hubiese ocurrido durante los días, las semanas anteriores? Solo una cosa. Y, al entenderlo, Monroy sintió como si un enano cabrón escondido en su esófago alargase la mano para estrujarle la epiglotis. Evidentemente, lo que le había ocurrido, lo que había terminado por aterrarlo hasta el punto de preferir la autoextinción, había sido su encuentro con Eladio.

Ahora lo comprendió: si no hubiese reparado en su presencia, si no hubiesen hablado o si Monroy le hubiese contado que era Sonsoles quien lo enviaba, quizá ahora mismo Diego Miranda habría estado vivo. Cabreado, pero vivo.

Demasiados condicionales. Y cada condicional es, casi siempre, una oportunidad perdida. Tenía que aceptarlo y, sobre todo, apechugar con ello. Él tenía su parte de responsabilidad en la muerte del chupatintas. Quizá por eso continuó dándole vueltas al asunto, pensando en aquello de lo que Miranda tenía miedo. Acabó diciéndose a sí mismo que ya no podía evitar lo que el tipo había hecho, pero sí averiguar qué era lo que lo aterraba. No solucionaría nada ni se sentiría menos culpable, pero al menos aclararía las cosas, sabría por qué carajo había ocurrido aquella desgracia.

Aquella desgracia. Esa era la expresión que había empleado Miranda en su única y confusa conversación: «Siempre puede pasarle a uno una desgracia. Uno de esos accidentes».

Al contrario de lo que muchos pensaban, Eladio Monroy no era especialmente inteligente. Su fama de desfacedor de entuertos se la había ganado gracias a una combinación de buen olfato para las mentiras, instinto de supervivencia y experiencia vital, sumadas a la terquedad propia de una mula sorda. No obstante, había algo que se le daba particularmente bien: relacionar información.

Pensó en esas desgracias, en esos accidentes a los que se había referido Miranda y recordó lo que Sonsoles le contó: el tipo la llamó para citarse con ella y cortar el martes, día 10, después de la pausa que solía aprovechar para leer la prensa. Esto es: Miranda sale por la mañanita de casa enamorado de la veterinaria, trabaja hasta media mañana, hace la pausa para el café, lee la prensa y la llama para mandarla a tomar por saco.

La prensa.

Se apostó ante el ordenador con el tabaco, la libretita y el bolígrafo y comenzó a buscar en la hemeroteca. Se saltó los deportes, la cultura, la sociedad, la política, lo nacional y lo internacional. Le interesaban los sucesos, especialmente los locales. No ocurren tantos accidentes, tantas desgracias en la isla como para que no salgan en la prensa. Si alguno o varios de ellos habían desatado el miedo de Diego, provocando su ruptura con Sonsoles para ponerla a salvo, debía de haber aparecido en los periódicos de esa mañana, la del 10 de septiembre.

Una hora más tarde había anotado unos cuantos titulares, pero el hallazgo de un escorpión en la mochila de un niño (la familia había ido de vacaciones a Marruecos y el chiquillo se había traído el regalito), el apuñalamiento de dos adolescentes en Santa Lucía (un pleito en una *rave*) y la detención de un joven tras robar un vehículo y provocar un accidente (menudo pringado) eran sucesos poco interesantes para lo que buscaba. Al final, seleccionó tres posibles noticias que merecían atención: un ahogamiento, el hallazgo de un cadáver y un envenenamiento por gas.

El ahogamiento prometía, pero al final resultó ser el de un turista de setenta y cinco años que había creído que era buena idea darse un chapuzón en la zona de Bañaderos en plenas mareas del Pino.

El hallazgo del cadáver también había tenido lugar junto al mar, pero en los tetrápodos de la avenida Marítima, donde, al parecer, llevaba pudriéndose una semana. Al mirar los detalles, Monroy vio que tampoco le interesaba: recordaba aquella historia porque los medios la habían convertido en un culebrón. La cosa había empezado con un incendio en el segundo piso de una

vivienda de Altavista. Había varios vecinos afectados por inhalación de humo y también una fallecida, una viuda de setenta y cinco años, que vivía en la casa donde se había originado el incendio con su único hijo, un cuarentón con problemas de salud mental (esquizofrénico, según habían contado los vecinos a los reporteros de televisión). El hijo no aparecía por ningún lado y la Policía no tardó en averiguar que la mujer había muerto a golpes antes del incendio. Así que se habían pasado una semana buscando al unigénito y presunto parricida por toda la isla, hasta que una parejita que había ido a sentarse en el muro de la avenida Marítima notó que los efluvios del mar eran ese día bastante más pestilentes de lo habitual y, al mirar a los tetrápodos para ver si había algún gato muerto, distinguieron un chándal de color rojo con un cuerpo dentro. Se había determinado que el hombre había fallecido el mismo día del incendio. Así, la explicación fue que, presa de un brote, había asesinado a su madre, había provocado el incendio y había bajado hasta la costa para arrojarlo al mar. Una mujer y su hijo que conviven con la vejez, la soledad y la enfermedad mental. Una desgracia, sí, y una historia muy triste. Pero no un accidente. No una desgracia sin explicación.

El tercer titular era el que presentaba posibilidades: el hallazgo de un hombre en su casa, fallecido, al parecer, por inhalación de gas. Monroy volvió al ordenador y buscó la noticia para leerla bien y anotar los detalles. La cosa había sido en la calle Alfredo Calderón, en una vivienda unifamiliar donde vivía (hasta que dejó de hacerlo) un cincuentón divorciado cuya empleada de hogar se había encontrado su cadáver ese martes por la mañana. Alertada por el olor a gas, después de airear la casa, se atrevió a entrar en el dormitorio. Allí, sin signos de violencia, estaba acostado el hombre, un tal Isaías B. R., por quien los servicios de emergencia no pudieron hacer nada.

Monroy anotó la dirección, el nombre, la hora del hallazgo (las ocho de la mañana) y la hora de publicación de la noticia (las diez y cinco). Habría que buscar más. Pero necesitaba averiguar el nombre exacto. Por supuesto, podría haber pasado un rato más buceando en la red, contrastando con las funerarias los nombres de los difuntos de esos días. No obstante, se le ocurrió un modo más sencillo. Apagó el ordenador y vio que no eran ni las diez y media. Tenía tiempo de sobra para darse un paseo por Alcaravaneras.

No por no caminar, sino por llegar antes, Monroy cogió la guagua hasta la Casa del Coño y luego volvió caminando algunas calles hacia el sur. El barrio de Alcaravaneras creció ante la playa que le había dado nombre, y luego el desarrollo urbanístico y las autopistas los fueron separando a golpe de hormigonera y excavadora. Muchos de sus inmuebles nacieron como viviendas unifamiliares, casas sin preámbulos cuyas fachadas sencillas suelen ocultar una distribución más o menos compleja. Pero esas casas de-toda-la-vida alternan con las construcciones de apartamentos que la desastrosa planificación urbanística del tardofranquismo y las primeras décadas democráticas permitió edificar a la que te criaste. Por eso el transeúnte se encuentra también con horrores de cinco o seis plantas con portero automático y preeminencia del aluminio en balcones y ventanas. Con todo, sigue siendo un barrio tranquilo que combina la tradición con la *new wave*: fruterías ecobiológicas y hasta tántricas y holísticas conviven con pequeñas tiendas de muebles y electrodomésticos cuya clientela sigue prefiriéndolas a Ikea o Mediamarkt; centros de yoga y acupunctores comparten acera con talleres de tapicería; restaurantes de solera sobreviven no lejos de coquetas cafeterías cuyos propietarios no habían nacido cuando aquellos se inauguraron. Y todo sin ruido, sin barullo, con espacio suficiente para que todo el mundo haga su vida sin molestar a quien pasea por las calles estrechas y tranquilas al fondo de las cuales no es raro ver el mar.

Al mar, Eladio Monroy le dio la espalda. Siguiendo las señas anotadas, subió por Alfredo Calderón hasta dar con el número mencionado en la nota de sucesos. Necesitaba un nombre completo con apellidos que rastrear. Luego los buscaría en internet o le pediría el favor a Manolo y su gente de La Asamblea. Ya vería con qué dificultades se encontraba al preguntarle al señor Google. Por ahora, había previsto llegar al portal y leer el directorio de los telefonillos o, a todas malas, colarse y golijinear en los buzones. Sin embargo, no necesitó hacer nada de eso: se trataba de una casa de dos plantas, con una sencilla fachada de los años cincuenta. Y, para más facilidad, junto a la puerta había una plaquita dorada que informaba de que, en la planta baja, atendía Isaías Benítez Reyes, asesor fiscal y contable. En la placa constaba también un número de teléfono fijo.

Así que el finado no solo vivía allí, sino que la misma puerta que daba a su vivienda permitía el acceso a su oficina. Monroy anotó el nombre y el oficio. Le dio vueltas a la posibilidad de anotar también el teléfono. Quizá el tipo tuviese empleados que llevaran todavía la oficina.

—Eso cerró ya, cristiano —oyó decir a sus espaldas a una voz de tabaco virgino.

Al volverse, se enfrentó a los ojillos opacos de un anciano, camisa de sintético a cuadros discretos bajo los que abultaba una barriga hinchada por alcoholes ligeros, pantalones de pinza

baratos pero dignos, mocasines negros con borlitas decorativas y un amigo a juego, pero más canijo y vestido con chándal falsificado del F. C. Barcelona, con quien debía de haber estado charlando en la esquina hasta que lo vieron detenerse ante la placa y sacar la libreta: los perfectos jubilados, parte del mobiliario urbano, fuente inagotable de información.

—Ya lo veo.

—No, quiero decir que es definitivo —aclaró el hombre.

Ahora Eladio le observó los pómulos y la frente, la piel roturada por el sol década a década, la mirada llena de curiosidad y de ganas de atención. Optó por hacerse el nuevo.

—¿Y eso?

—¿No se enteró? Una desgracia. El dueño vivía arriba —explicó el viejo, señalando a la planta alta. Mientras, su amigo de charletas se iba acercando a pasitos cortos, como las muñecas de Famosa. El chándal era puramente decorativo—. Hubo un escape de gas o algo, y, fíjese usted. El pobre se acostó a dormir y no se despertó más.

—Se lo encontró la muchacha que le venía a limpiar —dijo el del chándal, casi llegando hasta ellos, con la pronunciación gangosa de quien se va recuperando al golpito de un accidente cerebral.

—No me diga eso, maestro —fingió sorprenderse Monroy—. No tenía ni idea.

—Si salió en el periódico y todo —aseguró el viejo, situándose al fin entre Eladio y el de la voz ronca.

Este último le dio la razón a su compañero.

—Sí, salió en el periódico. Fue ahí más allá, cuando la fiesta del Pino. Los hijos han estado viniendo para poner en orden los papeles de la oficina.

—Claro, tendría sus clientes... —supuso Monroy en voz alta.

—Tenía, pero ya pocos. Isaías estaba medio jubilado. Yo creo que seguía con el despacho para entretenerse.

Monroy pensó que internet y La Asamblea estaban bien, pero nunca había que despreciar a un par de jubilados con ganas de darle a la sinhueso.

—Ustedes lo conocerían mucho, supongo.

Claro que lo conocían. Vecinos de toda la vida. Desde chiquititos. Y a los padres, ya muertos. Y a los hermanos, Roquito y Adelita, que vivían para fuera: ella, en Tenerife, y Roquito, para allá, para la Península. Isaías estaba divorciado hacía un purriada de años. De la exmujer, ellos no sabían nada desde hacía mucho, pero seguro que ya aparecería para reclamar lo suyo, igual que los hermanos. Estas cosas de las herencias, ya se sabía, pleitos tengas y los ganas. Monroy no estaba especialmente interesado en la vida familiar y el legado del amigo Isaías, aunque si uno recibe información sin compromiso no puede andarse con remilgos, se la acoge como a un lote de hortalizas de un amigo que tiene un huerto: se agradece todo, aunque uno no vaya ni a oler el brécol y la remolacha, así que acabó enterándose de que Isaías había casado con una muchacha de buena familia, gente muy fina, socia del Club Náutico y todo, pero, no, cristiano, la cosa no había ido bien. Eso sí, se separaron de buenas formas, a la europea, una historia civilizada. Esto lo contó el de la voz de cenicero. Al otro le sorprendió Monroy un destellito en la mirada cuando el amigo mencionó a la exmujer del difunto: la señora debía de

estar (o debía de haber estado) de buen ver. Intentó volver a llevar el asunto adonde le interesaba:

—Pues todo esto es una pena, porque esta asesoría me la habían recomendado mucho.

—Isaías era bueno en lo suyo —convino el del chándal—. Aparte del trabajo de aquí, estuvo en empresas grandes, de esas que asesoran a los millonetas.

—Sí, pero lo dejó. A mí me dijo una vez que se había cansado de las consultorías esas. Que eso era una cueva de ladrones. Así que le dio tres patadas a todo eso y se quedó nada más que con la oficina.

—¿Trabajó en consultorías?

—Sí, una cosa de esas. ¿Cómo se llamaba? —se preguntó el ronco a sí mismo—. ¿ACB o ABC...?

—CBA —dijo el canijo.

—¡Eso! CBA. Ahí estuvo un montón de tiempo.

Un resorte saltó en la mente de Eladio Monroy. Podía haber dado en el clavo o no, pero era una rara casualidad. Y él no creía en las casualidades.

Al volver, tuvo que refrescarse la cara, hacer café, tomarse un Actrón para despejarse y quitarse el dolor de cabeza. Los viejos lo habían tenido allí casi una hora más contándole la vida, milagros y pecados de Isaías Benítez Reyes, los suyos propios y los de medio barrio, sin que hubiese modo de colocarles un silencio.

Ya despejado, volvió a sentarse al ordenador.

La cosa, por ahora, era así: Isaías Benítez y Diego Miranda (asesor fiscal el uno, contable el otro) habían trabajado en CBA Asesores y Consultores. Tenía que comprobar fechas, pero ambos podían haber dejado la empresa más o menos por la misma época. De pronto, años después (diez, acaso quince) del fin de aquella relación laboral, un escape de gas se había llevado por delante a Benítez, y Miranda se había puesto muy nervioso al enterarse. Tanto, que había cortado con su churri y, ante la posibilidad de que alguien estuviese rastreándolo de cerca, se había acabado ahorcando del susto.

Demasiados nervios, demasiado susto como reacción a la muerte de un viejo compañero de trabajo. «Uno de esos accidentes», había dicho. Tenía que haber más.

Buscó CBA Asesores y Consultores en la red y, en realidad, encontró muy poca información: la empresa se había fundado en 1998 y había cesado su actividad en el 2015. Eso era raro, porque ese tipo de negocios podían cambiar, fusionarse o adaptarse de mil formas, pero casi nunca fracasaban. Otra rareza: no formaba parte de ningún gran grupo, sino que tenía como administrador único a un tal Carlos Barrientos Álamo, a cuyas iniciales debía de deber el nombre.

Monroy lo anotó y se puso a buscar cosas sobre él. Casi enseguida, dio con un obituario: Barrientos Álamo, notable abogado especializado en derecho civil y mercantil, padre y marido ejemplar y empresario de éxito (no lo sería tanto si se había cargado una consultoría), había fallecido en accidente de motocicleta. Entre la necrológica y las páginas de sucesos de esos días, le resultó fácil reconstruir el asunto. Al parecer, el hombre era aficionado a las motos de gran cilindrada. Salió un viernes después de comer para hacer millas por la Cumbre y nunca más volvió. Cuando no compareció a la hora de la cena, su mujer dio la alarma. Llevaba el móvil encima, pero los dispositivos de búsqueda no dieron con él hasta el mediodía del sábado, en el fondo de un barranco sobre el que se había desriscado con moto y todo. Eso, el hallazgo, tuvo lugar el sábado 7 de septiembre. Dos días antes de la fuga de gas en Alcaravaneras.

Demasiados accidentes. Eladio se pellizcó maquinalmente el mentón y se dijo que le tocaba comenzar a poner cosas en duda.

Pero tenía que saber más antes de comenzar a buscar explicaciones. Y para saber más tenía que comenzar a ordenar un poco lo que ya sabía.

Para empezar, los tres hombres habían trabajado juntos. O, más exactamente, Miranda y Benítez habían trabajado para Barrientos. Y ambos habían dejado la empresa de Barrientos hacía años. ¿Cuántos? Eso aún no lo sabía. ¿Al mismo tiempo? No era imposible, aunque tampoco tenía la seguridad.

Sea como fuere, el otro hecho cierto era que ahora, a comienzos de mes, los tres habían tomado la costumbre de morirse. Primero, el jefe. Luego, el asesor. Finalmente, el contable.

Anotó: «CBA. Plantilla», en la libreta. Debajo, añadió: «Actividad. Fechas. ¿Clientes?».

Iba llegando el momento de hablar con Manolo. Él y los miembros de La Asamblea, el fantasmal grupo de guerrilleros virtuales al que pertenecía, averiguarían fácilmente todo aquello. Lo llamó a la librería, pero fue Paula quien respondió, dando el saludo de rigor: «Librería Ei2, buenos días». Le hacía gracia escuchar a su hija poniendo aquel tono de telefonista o de voz en *off* que te pide que apagues el móvil en el teatro, pero no se lo dijo.

—Soy yo.

—Long John, ¿qué pasó? ¿Quieres hablar con Gloria? Está en el almacén, pero puedo...

—No. ¿Manolo no está?

—¿No te puedo ayudar yo?

—No es nada de libros. ¿Manolo está o no está?

—Joder, qué borde. No, no está. Hoy viene de tarde.

—Vale, lo llamo al móvil, entonces.

—Por mí como si le pones un telegrama —dijo Paula con fingido resquemor.

—Perdona, mi hija. Es que ando liado con una cosa y necesito hablar con él.

—¿Algo grave?

—No, qué va. Una bobería. Pero tú ya sabes que soy un apurado.

—Bueno, mientras no te dé por tirar piedras...

Monroy recordó que tenía que preguntarle algo.

—Oye, una cosa, ya que te tengo al teléfono: ¿qué número calza la filóloga?

—¿De pie?

—Sí.

—Lo mismo que sentada —soltó Paula, descojonándose.

—Te tengo dicho que aquí los chistes de padre los suelto yo, que para eso soy el padre.

—Lo siento, no me pude resistir. El siete.

—¿Treinta y siete?

—Sí. Ya me contarás para qué es. Te tengo que dejar, que hay clientes.

—Que te sea leve.

Aún no había dado la una. La mañana le había cundido. A lo mejor la estiraba lo suficiente como para que le diera para hablar con Manolo. Probó llamándolo al móvil.

Manolo estaba en casa. Lo supo porque, de fondo, antes de que el librero bajara el volumen, se escuchaba a Carlos Mejía Godoy cantando aquello de «Vendrá la guerra, amor, y en el combate no habrá tregua ni freno para el canto». Monroy conocía el disco, *Abril en Managua*,

pero no había vuelto a oírlo desde hacía años. De hecho, la de Manolo debía de ser la única casa de la isla (acaso del país) donde aún se escuchaba aquella música.

—Tío, tengo que hablar contigo —le dijo nada más saludarse—. ¿Estás liado?

—No. Estaba leyendo, pero ahora iba a salir a comer.

—Es para una cosa de La Asamblea.

Manolo entendió. Sabía lo que tocaba.

—Pues si no tienes planes para el almuerzo, vente para el barrio y nos hacemos un menú.

Monroy sabía que Manolo, solterón y manazas, era un desastrillo cocinando, así que solía comer en algún bareto de su zona. Por otro lado, él no había quedado con Gloria y tampoco había previsto todavía nada para el almuerzo.

—Me apunto.

Puré de lentejas de primero y filete empanado con papas fritas y ensalada. Las papas tenían pinta de haber pasado por el mismo aceite que el filete, y la ensalada consistía en unas rodajas de tomate y cebolla servidas sobre un par de hojas de lechuga desmayadas, que ambos dejaron a un lado porque querían llegar a viejos. En cualquier caso, eso fue lo que comieron en La Poderosa, un tugurio que hacía esquina por Fincas Unidas, a dos pasos de la casa de Manolo. Con todo, el puré no estuvo mal y ambos procuraron obviar el hecho de que si hoy había filete empanado en el menú era porque el día anterior habría habido un filete a la plancha con escaso éxito.

Mientras ingerían el almuerzo, Eladio le fue contando el asunto a Manolo, que lo escuchaba poniendo cara de experto, procurando que su ilustre barba marxiana no se le manchase ni de puré ni de la grasa que chorreaba el empanado del filete.

No logró, sin embargo, mantenerla a salvo de la espuma de su cerveza, lo cual ocurrió más o menos cuando Monroy ya había llegado al punto en el que él podía ayudarlo. Limpiándose con una servilleta arrugada hacía rato, dijo:

—A ver si yo lo entiendo: lo que quieres es información sobre la consultoría esta. Pero ¿qué información, en concreto?

—Cuándo abrió, cuándo cerró. A qué se dedicaban y qué tipo de clientela tenían. La plantilla, quién trabajaba allí. Y lo que puedas saber de Barrientos Álamo. —Eladio fue extendiendo un dedo de la mano izquierda por cada uno de los miembros de la enumeración y, finalmente, agitó un momento en el aire la palma abierta antes de volver a coger el tenedor y añadir—: Porque de este, aparte de que era motero, sé poco tirando a nada.

Manolo fue anotando mentalmente. Ya le suministraría Eladio por escrito todo lo que necesitara para comenzar.

—No está complicado.

—Para ustedes —dijo Eladio—. Yo soy incapaz.

Era cierto. Manolo y la red de conspiradores virtuales a la que pertenecía desde hacía años podían averiguar estas cosas en dos golpes de clic de ratón. La contrapartida, no obstante, era la de siempre, y Manolo se encargó de recordárselo:

—Eso sí, el trato es el habitual.

Monroy terminó de tragarse el último trozo de filete, apartó el plato y dijo:

—Por supuesto. —Luego señaló los platos a medio comer y preguntó—. Oye, ¿tú vienes mucho a comer aquí?

—Voy variando. Aquí no vengo mucho, la verdad.

—Más te vale, si quieres llegar a la jubilación.

—La culpa es tuya, Eladio. Si me mandarás un potaje todos los días, no me haría falta comer de menú. El del otro día estaba cojonudo.

—Por cierto, me debes el táper.

Acababa de despedirse de Manolo cuando le sonó en el móvil la melodía de «The Eye of the Tiger». Gloria acababa de comer en su casa y se preguntaba dónde estaba él.

—Volviendo. Comí con Manolo.

—¿Y qué tal?

—La comida, una mierda. Y tú, ¿qué comiste?

—Me hice una ensalada de pasta. Y tan rica que me quedó.

—Pues te envidio.

—¿Hablaste con Manolo?

—No, comimos sin hablar y dándonos la espalda.

—No, tolete, que si ya le pediste que te buscara información o lo que quiera que sea que le pides tú cuando le pides cosas.

A Monroy le extrañó no detectar ironía ni rechazo, que simplemente estuviera preguntando. Él sabía que Gloria sabía que él le estaba dando vueltas a lo de Miranda, que había llamado por la mañana a la librería preguntando por Manolo, que eso quería decir que seguía adelante con el asunto y, tarde o temprano, se metería en problemas. Y, aunque eso a Gloria no solía gustarle, esta vez decidió no ocultarle nada. Además, ella parecía estar poniéndoselo fácil, así que contestó:

—Sí. Le pedí que me buscara datos sobre una consultoría en la que trabajó este hombre. Me da que hay una movida rara con eso.

—¿Por qué no vienes y me lo cuentas?

Gloria había hecho esta pregunta en ese tono acariciador que Eladio conocía bien y que incluso después de tantos años le hacía cosquillas en el deseo.

—¿Ibas a dormir la siesta?

—Ajá.

—Igual me apetece dormir la siesta contigo.

—Me parece una idea estupenda.

—Puedo ir a tu casa, te lo cuento y, luego, echamos la siesta.

—O puedes venir, echamos la siesta y ya me lo cuentas después.

—En cinco minutos estoy ahí —dijo Monroy, guardándose el móvil y apretando el paso.

El mullido edredón nórdico de Gloria, su reproducción de *Sobrevolando la ciudad* de Chagall y su colección de ranitas de porcelana siempre le hacían sentir que lo que ocurría fuera de aquel dormitorio era pura iniquidad, pura miseria, y que mencionarlo allí, donde ella dormía y leía por las noches, donde desplegaban su ternura de viejos amantes, ensuciaba aquel ambiente acogedoramente perfecto.

Pero, después del sexo, después de dormir un rato, exhaustos y sucios, después de despertarse (los maduros cuerpos desnudos tan piel contra piel anulando el frío de septiembre, el ruido de la calle, el hedor de la ciudad), Gloria insistió: «En serio, cuéntame lo de la consultoría. Dime lo que pasa con eso». Y Eladio, que esta vez había decidido ser sincero, le contó todo, lo que sabía y lo que no sabía, lo que había averiguado y lo que pretendía averiguar. Luego se quedó esperando una reprimenda o, al menos, una de las serias advertencias de Gloria. Sin embargo, ella permaneció a su lado, mirando al techo, como había estado mientras él la ponía al día, y dijo:

—No tiene buena pinta

—No, no la tiene —convino él—. Oye, ¿no te vas a cabrear? ¿No me vas a echar el rezado?

Gloria se sonrió y se volvió para mirarlo de frente.

—¿Para qué? Al final vas a hacer lo que te salga de los huevos...

Tenía razón. Casi siempre la tenía. Por eso él le devolvió la sonrisa, en silencio.

—Amigo —continuó diciendo Gloria—, son unos cuantos añitos ya, unas cuantas estancias en el Negrín y unas cuantas entradas y salidas de los juzgados. La última vez, sé que hiciste cosas que no están bonitas, aunque fuera por salvar a las chiquillas aquellas. Hiciste un bien, pero, para hacerlo, hiciste mal. Y eso te va llenando el alma de cicatrices. No a mí: a ti. Pero tú verás, es asunto tuyo. Por mi parte, me da igual, una se acostumbra a todo y va sabiendo las cabras que guarda. A estas alturas, me conformo con saber lo que haces, con que si un día, Dios no lo quiera, te buscas la ruina de verdad, al menos yo sepa qué te pasó y por qué te pasó, y no estar *in albis*, como la pobre veterinaria esta, que todavía piensa que el novio se le suicidó.

—Tú tampoco crees que el tipo se suicidara, ¿no?

Gloria escenificó uno de sus célebres alzamientos de ceja izquierda:

—¿A ese? A ese lo suicidaron, Eladio.

Se hizo un silencio. Gloria lo aprovechó para darle un último beso antes de decir:

—Investiga lo que quieras, métete en los líos que te dé la gana, haz lo que te apetezca, pero tenme al día y, sobre todo, hazme un favorcito: si ves que la cosa se pone chungueta, llama a Déniz.

Que el Mike Hammer de la calle Murga ya no está para tantos trotes. —Esto lo dijo palmeándole las lornzas que le habían crecido a Monroy en torno a la cintura en los últimos tiempos—. ¿Trato hecho?

—Trato hecho.

—Bien —zanjó Gloria. Después se incorporó hasta quedar sentada al borde de la cama, dándole la espalda mientras buscaba las zapatillas con los pies.

—¿Adónde vas? —preguntó él.

—A la ducha. Quedé esta tarde con las niñas para la merienda. —Las niñas eran la hermana de Gloria y un par de amigas más. Se veían para la merienda una o dos veces por semana. Eso sí: la merienda consistía en, como mínimo, tres *gin-tonics* por cabeza—. Y tú deberías irte también. Cuanto antes resuelvas todo ese tema, antes nos quedamos todos tranquilos.

Por supuesto, Manolo y su gente harían sus averiguaciones, pero, habiendo un abogado de por medio, Feluco Bosch era la persona adecuada. Nada más bajar a casa, Eladio lo llamó al móvil.

—¿En qué lío estás metido? —preguntó Feluco a modo de saludo.

—En ninguno, que yo sepa. Llevo un tiempo tranquilito.

—Así me gusta, que me llames solo para ver cómo me va.

—¿Y cómo te va?

—Aburrido, esperando a que te metas en algún lío, para sacarte.

—Bueno, a lo mejor no tardo mucho. Te llamaba para preguntarte por alguien.

—Ya decía yo.

—Carlos Barrientos Álamo.

—¿El que se mató el otro día?

—Ese mismo.

—Civil y mercantil —intentó resumir Feluco—. Tuvo un *consulting* de esos y, luego, se dedicó a hacer divorcios, redactar contratos y a llevarles los asuntos a un par de sinvergüenzas. Entre ellos, a tu ex y al marido de tu ex.

—Coño.

—No me gusta hablar mal de los muertos, pero era un trepa de los grandes, de los que se arriman al dinero y a los poderosos. Para no cansarte: de los que le dan mala fama a la profesión. Y, encima, un gilipollas. Uno de esos que no han sabido hacerse mayores. De hecho, mira cómo se mató, el muy zanaca: ¿quién va por ahí con una Kawa de dos treinta cuando ya está a punto de ser abuelo?

—Joder, para no gustarte hablar mal de los muertos, te despachaste a gusto.

—Que le den por culo, Eladio. Con la de buenas personas que se mueren todos los días, no me voy a lamentar por un bobomierda de estos. Pero ¿por qué me estás preguntando? ¿Dejó algún pufo?

—No lo sé. Y si lo dejó, tampoco es de mi negociado. Estoy con otra cosa, saltó el nombre y necesitaba un poco de contexto. Si Ana Mari y García Medina eran clientes de este, ya veo cómo son los andares de la perrita.

—Sí, creo que estuvo por ahí cuando lo de la ampliación de capital de Garciasa. Y cuando vendieron Seguridad Ceys. Pero creo que en los últimos tiempos, más bien llevaba divorcios y cosas así.

Monroy pensó en algo que había leído y se lo parafraseó a Feluco Bosch como su memoria le dio a entender:

—Son los clientes los que ensucian al abogado, no el abogado quien ensucia a los clientes, pero cuidado, porque a los cinco minutos de estar de su parte, abogado y cliente ya son lo mismo.

Feluco Bosch lo acogió con una risa socarrona:

—¿Estás estudiando filosofía, ahora?

—Es de una novela de González Ledesma.

—Vale. Ahora en serio: si andas en algo que tenga que ver con este tío, ten mucho cuidado, porque se juntaba con basura. Y, como abogado, te digo lo mismo de siempre: mientras menos te acerques a Ana Mari y a García Medina, mejor.

—No te preocupes, Feluco. A poder que yo pueda, yo a esos dos no los toco ni con un palo.

Después de colgar, Monroy notó un reflujo de acidez. El almuerzo con Manolo le pasaba factura. Pero, además, la sola mención de Ernesto García Medina solía enfermarlo físicamente. No era de extrañar. Tenía razones de sobra para odiarlo con todas sus ganas. Que Ana Mari lo hubiese dejado por él era la menor de ellas. Para un tipo de la generación de Eladio, que el millonetis le robara la hembra, como se decía entonces, era suficiente para querer comerse su hígado, pero Monroy, aunque educado como un macho de los de antes, era de los que aprendían y había acabado entendiendo que nadie es de nadie y que, al fin y al cabo, estaba mejor solo que con la persona en que Ana Mari se había convertido. O la persona que había sido siempre sin que él se percatase de ello, que, para el caso, era lo mismo. No: los cuernos y el abandono no eran el motivo. Otra cosa era lo que ocurrió después, el modo en que García Medina y Ana Mari intentaron alejar a Paula de él, impidiéndole verla durante años, al mismo tiempo que intentaban convertirla en una esnob clasista y malcriada a su imagen y semejanza. No obstante, no lo habían conseguido. Y no porque él se lo pusiera difícil, sino porque había en ella una nobleza que la hacía mejor que su madre (y hasta que el propio Eladio), y que la había convertido en el ser humano generoso e inteligente que era hoy en día. Había logrado ir rompiendo lazos y buscarse un lugar en el mundo contiguo al que habitaba su padre, ambos alejados de aquel territorio de coches caros y chachas con uniforme en el que se había criado. Por supuesto, Paula hablaba por teléfono con su madre y hasta, de vez en cuando, subía a comer con ella y el millonetis en el chaletazo de Santa Brígida donde Eladio había estado en dos ocasiones y adonde no deseaba volver jamás. Pero casi no hablaban de ello, Ana Mari y García Medina aparecían en sus conversaciones solo como referencia en la agenda, como se habla de pasar la ITV o de una visita al podólogo. Desde que el millonetis había fichado por el DEN, tampoco a ella le apetecía mucho verlos. Eso sí, aunque nunca lo preguntó, Paula había sospechado siempre que había algo más que la natural rivalidad sentimental en la animadversión de su Long John Silver hacia García Medina. Y sabía que, pese a su proverbial mala uva, su padre no odiaba realmente a nadie a no ser que tuviese fundados motivos para hacerlo. No obstante, ignoraba que la primera vez que su padrastro se metió en política le hizo a Eladio un encargo que tenía que ver con algo realmente abominable. Un encargo que no había salido bien y se había acabado complicando. Tanto que había habido muertos y podía haber acabado habiendo alguno más, incluido el propio Eladio.

Sí, Paula no sabía nada de aquello ni, muchísimo menos, sabía que era por ella por lo que Monroy no había tirado de la manta y le había buscado la ruina al millonitis y a Ana Mari. Precisamente por eso, porque había acabado convirtiéndose en encubridor de su abyección, había ido desarrollando, a lo largo de los años, aquel rencor sordo que iba más allá de lo razonable. En resumidas cuentas, de entre los muchos hijos de puta con los que se había cruzado, Ernesto García Medina era, probablemente, el peor y, al mismo tiempo, el único a quien no había conseguido darle lo suyo. Eso era lo que hacía que la sola mención del marido de su ex le calentara la sangre.

Se tomó un Alka Seltzer, se hizo una manzanilla y pasó casi todo el resto de la tarde intentando informarse un poco más y, sobre todo, dándole vueltas a lo que ya sabía. No le quedaba otra que esperar a que Manolo y La Asamblea hiciesen lo que era de su negociado. Entretanto, no disponía de más hilos de los que tirar, a no ser que pudiera rebuscar directamente entre las cosas de los finados.

No se veía acercándose a las familias de Carlos Barrientos o de Isaías Benítez para decirles que igual no era normal lo que les había pasado. En el caso de Miranda, sin embargo, la historia era distinta. Y esa gestión pasaba por verse con Sonsoles y sincerarse con ella.

La hija de Paco Nieves acogió el resumen de Eladio con dolor y con asombro. Lo que le dolió especialmente fue el relato del extraño encuentro que había tenido con Miranda en su última tarde y, sobre todo, que Monroy no se lo hubiese contado hasta ahora. El asombro se lo provocó el contenido de aquella conversación y la relación entre Diego, Barrientos y Benítez Reyes, sus muertes accidentales, demasiado extrañas si se las relacionaba entre sí.

Monroy notó ese dolor y ese asombro en las expresiones que iban adoptando sus ojos chinos, en su forma de mirar a otro lado, hacia la mesa de reconocimiento o hacia la puerta cerrada de la consulta tras la cual los dueños de sus pacientes se extrañaban de que ella tardase tanto en atender a aquel tipo que había venido sin mascota y se había colado de rondón.

Al llegar, Monroy había cruzado la sala de espera y se había presentado a la ayudante, una chica sonriente que atendía, al mismo tiempo, la recepción y la tienda, antes de sentarse entre la familia de gordos (padre, madre y niños) que rodeaban a un chihuahua temblón que dormitaba en el regazo del orondo *pater familias* y la treintañera que custodiaba a un dogo con una pata inmovilizada. No tuvo que esperar ni cinco minutos. En cuanto salió el paciente que estaba en la consulta (un bello ejemplar de pastor garafiano unido por una correa a un tipo con tatuajes y cara de preocupado), la chica lo hizo pasar.

Sonsoles lo recibió con su pijama de doctora veterinaria de color rosa decorado con estampados de gatitos, rodeada de carteles que mostraban lo peligrosas que son la parvovirus y la dirofilariosis y cómo un determinado producto puede mantener a raya a pulgas y garrapatas al mismo tiempo. Lo hizo sentar ante su escritorio y ella misma se sentó, muy seria, al otro lado, enmarcada por la gran vitrina donde se almacenaban medicamentos y utensilios. Al llamarla para pedirle que se vieran, le había extrañado que hubiese regresado tan pronto al trabajo y ella le había dicho que la ayudaba a no pensar. Y parecía cierto. Allí, en su consulta, parecía poderosa y viva. Estaba en su territorio. Por eso a él le costó abordar el tema. Pero lo hizo. Como pudo, le fue contando lo que sabía, lo que intuía y hasta algo de lo que se imaginaba, que era bien poco. Después, permaneció a la espera, la dejó encajarlo. Por un momento, creyó que se cabrearía, que lo mandaría a la mierda por no habérselo contado todo a tiempo, que lo responsabilizaría, incluso, de la muerte de Miranda. Sin embargo, Sonsoles era una mujer fuerte, digna hija de sus padres, una tía capaz de aguantarse la rabia, apretar el culo y tirar adelante, de guardarse las lágrimas para cuando estuviera en casa. Por eso predominó el asombro sobre el dolor. Pero duró poco. En unos instantes, se sobrepuso.

—¿Qué es lo que sabes con seguridad, Eladio? —preguntó.

—Con seguridad, no demasiado: que estos dos hombres que trabajaron con él murieron un par de días antes de que Diego lo dejara contigo. Y, si eso tiene que ver con que cortara la relación, que lo hizo para protegerte. Por lo que se ve, estaba asustado, tenía miedo de alguien que él suponía que había acabado con los otros dos. Se empeñó mucho en dejar claro que no hablaría. Pero no llegó a decir sobre qué no iba a hablar. Así que los tres sabían algo que alguien peligroso no quiere que se sepa.

—Y eso tendrá relación con la consultoría —infirió Sonsoles.

—Eso es. También me pregunto por qué ahora, pero puede que eso lo lleguemos a saber si averiguo qué se pretende ocultar.

Sonsoles arrugó la frente.

—¿Si averiguas? ¿Tú solo?

—Por ahora sí. Bueno, tengo a gente que me ayuda, pero...

—No —lo cortó ella—. Me refiero a que yo también estoy en esto.

Eladio Monroy guardó silencio unos segundos. Luego dijo:

—La responsabilidad es mía, Sonsoles. Tú me hiciste un encargo.

—Y cumpliste.

—Pero no lo hice bien. En todo caso, necesito que me ayudes, pero no como estás pensando.

Sonsoles dio un suspiro. Aunque Monroy supo que no la había convencido, ninguno de los dos insistió en ello.

—Está bien. ¿Qué necesitas?

—Mi gente está haciendo sus averiguaciones. Pero todo iría mucho más rápido si yo pudiera acceder al móvil y al ordenador de Diego. A la casa, incluso, si puede ser.

—Ya no tengo las llaves, pero puedo hablar con la familia.

Monroy se imaginó a sí mismo enfrentándose a unos desconocidos, aún de luto, explicándoles todo aquello e intentando que fuesen discretos, que no montaran un lío, que tuviesen paciencia antes de ir a la Policía o a los periódicos. Eso, en el caso de que no se cagaran en su puta madre y le echasen el muerto a él. Sonsoles debió de leerle todo aquello en el rostro, porque, antes de que él protestara, dijo:

—Puedo decirles que todavía tengo cosas allí. Y lo del móvil es fácil: quiero recuperar fotos y vídeos que teníamos juntos. Recuerdos. —Monroy asintió. Igual no era mala idea que Sonsoles lo ayudara. Era espabilada—. Esta noche llamo a Rosi y le cuento la batalla. Es buena piba. No me pondrá problemas.

—Bien. Aparte de eso, ¿Diego no te contó nunca nada de CBA?

Sonsoles negó un par de veces con la cabeza.

—Nadita, mi niño. Una vez, hace mucho, en una conversación con unos amigos, salió el tema de que había trabajado en una consultoría, pero que no se sentía cómodo en ese ambiente. Todo es dinero y poder y ponérselo fácil a los que ya lo tienen fácil. Algo así fue lo que dijo.

—Salió escocido.

—A ver, Diego no era precisamente Espartaco. No era un activista social, ni nada por el estilo. Pero era un hombre bueno, Eladio. Y tenía sus principios.

Al día siguiente, Monroy se despertó sin nada que hacer hasta que recibiese noticias de Manolo, de Sonsoles o de ambos, así que, a media mañana, se vistió y se fue al Casablanca.

Juan el del Pescao había ocupado posiciones en la barra, Casimiro ya se cagaba en el mundo cada dos minutos y Dudú desayunaba con Osman sentado a la mesa que solía ocupar Monroy. Osman estudiaba el bachillerato de Humanidades en el Politécnico y, de vez en vez, se acercaba a desayunar con su padre, que seguía trabajando como mecánico en el taller del Chapi. Lo invitaron a sentarse con ellos y Monroy aceptó de buen grado: Dudú era de esos tipos que te iluminan el día y el chico le caía bien, tenía la cabecita bien amueblada.

—¿Cómo te van las clases? —le preguntó Monroy.

—Bien —respondió Osman—. Acabamos de empezar, pero tengo buenos profes este año.

—Y si no, se estudia iguá, ¿verdá, Eladio? —dijo Dudú, colando la advertencia.

—Pues claro, pero eso Osman ya lo sabe, ¿no? —dijo Monroy, mirando al chico.

Osman asintió, dándole una mordida al bocata de tortilla.

—Osman es niño serio —dijo Dudú—, no como eso hijo de papá que hay por ahí. Osman sabe lo que cuesta las cosa.

A Monroy, aunque nunca lo decía, le llamaba la atención el contraste entre el correcto español de los hijos de Dudú, casi sin pizca de acento, con el desastre léxicogramatical del mecánico, aunque se preguntó si no causaría él la misma impresión en cualquiera que lo escuchase hablar en wolof o, incluso, en francés, lengua que destrozaba. En cuanto a Osman, el muchacho tenía seis años al llegar y ahora llevaba más tiempo siendo canario que senegalés. La familia de Dudú había ido viniendo después de que él consiguiese sus papeles: primero, Laila, su mujer; después, Fatima, la hija mayor; finalmente, los pequeños, que, hasta entonces, habían quedado a cargo de los abuelos. Les había costado mucho salir adelante, incluso después de la regularización, y todavía les costaba: Dudú hacía diez horas diarias en el taller, Laila limpiaba en varias casas (cobrando por horas y sin asegurar, por supuesto) y Fatima combinaba los estudios con un trabajo como camarera los fines de semana. Pero ahí estaban, batiéndose el cobre cada día para que Osman, y los dos más pequeños, Aminata y Boubacar, tuvieran el mejor futuro posible.

Ahora, después de hablar de su hijo como si él no estuviera delante pero plenamente consciente de que oía cada palabra, Dudú se lo quedó mirando, con una sonrisa y algo en los ojos que Monroy habría descrito como legítimo orgullo. El pibe seguía comiendo, pero algo turbado.

—Deja ya al pibe, coño, que él sabe lo que tiene que hacer —dijo Casimiro, que había venido a la mesa con el cortado de Eladio. Aprovechó para darle una palmada en el hombro a Osman—.

La culpa la tienes tú, por venir a desayunar con los puretas estos, en vez de quedarte por el instituto, a ligar con las chiquillas.

Osman se encogió, azorado.

—Mira, mira cómo se pone —dijo, vacilón, Casimiro—. Seguro que las tienes a todas locas, ¿eh, bandío?

En el momento en que Juan el del Pescao entraba en la coña sobre el éxito amoroso de Osman, a Monroy le sonó en el móvil una llamada de Sonsoles y salió del local para hablar con ella y, de paso, encender un cigarrillo. Tenía las llaves de la casa de Miranda y permiso para usarlas.

—Lo que no tengo es mucho tiempo. Entro de turno a las tres de la tarde, como ayer. Tú no podrías subir ahora por la mañana, ¿verdad?

—La verdad es que no tengo nada mejor que hacer. Estoy en el Casablanca, echándome el cortadito.

—Podemos ir en mi coche. Te paso a buscar.

El coche de Sonsoles resultó ser una Ford Ranger Wildtruck de doble cabina. La semana anterior, cuando Monroy la vio llegar al Casablanca con su vestidito rosa palo, no se la había imaginado manejando aquella *pick up* monstruosa ni conduciendo a toda hostia como si el suyo fuese el único vehículo en la carretera. Monroy se agarraba como podía cuando se abría en las curvas, esperando que no diesen al otro lado con un coche que viniera de frente o con un ciclista que les diese la espalda. Ya casi entraban en el pueblo cuando Monroy le preguntó:

—¿Se sospechó algo la hermana?

—No. Me dio las llaves sin problema. Me dijo que me podía llevar el móvil y sacar lo que quisiera, que ya se lo devolvería a ella. Aunque tampoco tiene especial interés. Del ordenador, ¿qué necesitas?

—El historial de búsqueda. Y echar un vistazo en los archivos, si puede ser. Pero ahora estoy pensando que igual tiene contraseña.

—Sí, pero yo me la sé. Lo usaba alguna vez cuando me quedaba aquí. Y el pin del móvil también sé cuál es. Pero, mira, con el ordenador hay una movida, porque no le dije a Rosi que nos lo íbamos a llevar.

—¿Y entonces?

—Podrías mirar el historial de búsqueda allí y copiar los archivos para llevártelos.

—Pero no traje...

—Abre la guantera —lo cortó Sonsoles, buscando aparcamiento por Pico Lomito.

Eladio obedeció y allí, sobre los papeles del coche y una funda de cedés, había un disco duro externo.

—Es el que usa Aitor para las pelis. Hasta que vuelva para Navidades no creo que lo necesite.

Monroy asintió.

—Oye, el pibe, ¿qué sabe de esto que ha pasado?

—Nada. Y, por el momento, va a seguir así. Él tiene que centrarse en estudiar.

La casa era la vivienda de un burgués de mediana edad convencional y con poca imaginación. Abundaba el mobiliario funcional y la cocina parecía sacada de un catálogo de Ikea.

El despachito que había junto al dormitorio albergaba, además del escritorio, la biblioteca, y Eladio se entretuvo en averiguar qué libros leía Miranda. Abundaban los tochos de evasión: John Grisham, Ken Follett, Dan Brown y, por supuesto, Stephen King. Españoles había pocos: Pérez Reverte, Dolores Redondo o Juan Gómez Jurado. Lo dicho: un burgués de mediana edad.

—Mi padre siempre decía que tú eras un tipo muy leído —dijo Sonsoles al observar el interés con que Eladio permanecía ante las estanterías.

—Leo mucho; no sé si eso es ser leído.

—Diego leía mucho, pero ya ves que lo que le iba eran los *best sellers*.

—Porque se venda mucho, un libro no tiene por qué ser malo —dijo Monroy, sacando de la estantería un ejemplar de *Dolores Claiborne*. Acarició la portada con un dedo antes de volver a ponerlo en su sitio—. El problema es que el hecho de que se venda mucho tampoco quiere decir que sea bueno.

—¿Y cómo se sabe entonces si un libro es bueno o malo?

—No tengo ni puta idea, mi hija.

Se encogieron de hombros y se pusieron manos a la obra. El móvil lo encontraron en el poyo de la cocina. No tenía batería, pero el cargador andaba por la mesilla de noche, como casi todos los cargadores de móvil que en el mundo han sido. Localizados estos cacharros, se centraron en el ordenador portátil. Era de los nuevos. Arrancó rápidamente y Monroy se alegró de que el hombre fuera de los que no borran el historial de navegación. También se alegró de esa modernidad de que el señor Google guarde tus búsquedas, las hagas desde donde las hagas, porque no disponían de acceso al ordenador de la oficina, que era desde donde habría leído las noticias del 10 de septiembre.

En efecto, libreta en mano, Monroy comprobó que, tras enterarse de la muerte de Isaías Benítez Reyes, Miranda había buscado el nombre de Carlos Barrientos Álamo y había leído lo suyo, de lo cual podría no haberse enterado antes porque estaba de farra en Teror. Curiosamente, después de esto, había visitado varias veces las noticias relacionadas con el parricidio de Escaleritas. Le extrañó: si le preocupaba tanto lo de sus excompañeros de trabajo, ¿por qué centrarse de esa manera en lo del desquiciado que había matado a su madre en un arrebato? Quizá por morbo. Por catarsis. Por decirse a sí mismo que siempre hay quien está peor que uno,

que es por lo que se centra la gente en noticias así. La miseria ajena te hace sentir siempre un poco menos miserable.

En cuanto al propio ordenador, Monroy consultó los archivos abiertos recientemente y anotó sus nombres. La mayoría eran hojas de cálculo, pero ya los miraría en casa. Con la ayuda de Sonsoles (Monroy no era un genio de la informática), inició un *backup* del contenido del aparato. Entretanto se completaba, decidió aprovechar para examinar el patio interior. Ella no quiso acompañarlo.

Más que un patio interior era una especie de tragaluz flanqueado por cuatro columnas que demarcaban un par de metros cuadrados y que Miranda había llenado de plantas de sombra. En el suelo, en un rincón, continuaba el helecho. El cáncamo del que habían pendido, primero el helecho, y luego el cuerpo de Miranda, parecía algo torcido, aunque continuaba en su sitio. A media altura, el estucado de la columna adyacente presentaba las hendiduras que había dejado la soga de pita al soportar el peso del ahorcado. Monroy no sabía con exactitud cuánto pesaba Diego Miranda; le calculó ochenta, quizá ochenta y cinco kilos. Pero sabía que los muertos pesan más. Que no hay nada que pese más que un muerto. El peso de la muerte. Eso era lo que constataban aquellas marcas.

Observando la estructura de la vivienda, comprendió que no era difícil acceder a ella desde la azotea. Aun cuando estuviese cerrada la puerta de la escalera de acceso, no había más de tres metros de altura si se saltaba por allí, por el patio. Y tampoco habría sido difícil escalar la fachada para llegar a la azotea. Imaginó a un tipo, acaso dos, en medio de la noche de un viernes, en la tranquilidad del pueblo de medianías, escalando hasta la azotea y colándose en la casa por el patio interior, sorprendiendo a un hombre asustado en el sitio que él pensaba que le proporcionaba seguridad. O, incluso, entrando antes de que llegase (mientras él tomaba algo con sus amigos o hablaba con un desconocido sobre accidentes y bocadillos de queso), registrando discretamente la casa, buscando el mejor sitio para esconderse y ponerse cómodos y no dejarse ver hasta que él regresara y se adentrara hasta lo más profundo de la boca del lobo.

Pensó todo esto pero no se lo contó a Sonsoles porque, al volver al interior y buscarla por la casa, acabó encontrándosela en el dormitorio. Estaba sentada al borde de la cama, de espaldas a la puerta. Al aproximarse, Eladio vio que aferraba una camiseta y lloraba con un llanto manso, quedito.

El regreso a la ciudad fue más bien silencioso, aunque Sonsoles volvió a conducir como Steve McQueen en una película de los setenta. Cuando se detuvo en la calle Murga para dejar a Eladio, le pidió que no tardara en devolverle el móvil. En realidad, sí que había en él fotos y vídeos que quería conservar.

—Mañana o pasado, a más tardar, te lo subo al trabajo —dijo Monroy, a punto de apearse.

Pero ella se quedó mirando hacia el salpicadero, como si sobre la superficie gris estuviese escrito lo que había de decir:

—Una pregunta, Eladio.

—Dime —dijo él, volviendo a cerrar la puerta del coche.

—Si averiguas algo, si te enteras de que alguien... Bueno, ya sabes. Si logras dar con quien lo hizo...

—En el caso de que alguien haya hecho algo —advirtió él.

—En el caso de que alguien haya hecho algo —convino ella—, dime, ¿qué es lo que piensas hacer?

—Tengo un amigo policía. Qué carajo: no policía; comisario. También era amigo de tu padre.

—¿Déniz?

—Sí. Si doy con algo que le sirva, él sabrá qué hacer.

—¿Y si das con algo que es verdad pero no le sirve?

Monroy dio un bufido, miró un momento más allá del parabrisas, a la ciudad que corría hacia el almuerzo por León y Castillo, ajena a suicidios reales o no, a dolores de luto, a hombres asustados y mujeres con sed de justicia. Luego la miró a ella y respondió:

—Una vez se lo dije a tu padre y ahora te lo repito a ti: yo no soy un matón. Voy a hacer todo lo que pueda. Pero hay cosas que no hago.

Sonsoles asintió. Aunque lo hizo con una seriedad que a Monroy no le gustó nada. Empezó a plantearse que, en el caso de dar con algo en firme, quizá no fuese ella la persona a quien conviniera contárselo.

Puso a cargar el teléfono móvil de Miranda y se fue a hacer la comida. Ese día comía otra vez solo y no le apetecía cocinar, así que un poco de pasta con aceite de oliva, ajo y guindilla sería una buena opción. Acababa de poner el agua a hervir cuando le llegó un mensaje de Paula, preguntándole dónde iba a cenar. Respondió que ni lo había pensado, que por qué le preguntaba, y ella le dijo que por saber. Eladio acabó llamándola.

—¿Qué pasó? —preguntó ella al descolgar.

—Nada, que estás ahí con la mierda de los mensajitos para arriba y para abajo y yo tecleo de puta pena, con la jodida pantallita táctil esta de los cojones.

—Hombre, Long John, qué boca tan sucia.

—¿Tú dónde vas a cenar?

—En principio, en casa. Pero, si quieres, nos echamos un enyesque por ahí. Hace tiempo que no quedamos solos tú y yo.

—Mejor mañana. Hoy estoy liado.

—¿Con lo del novio de la hija de Paco Nieves?

Monroy comprendió a qué venía tanto mensaje.

—Hablaste con Gloria, ¿no?

—Algo me comentó.

—Pues sí, estoy con eso.

—¿Y está todo bien?

—Si todo estuviera bien, no estaría liado.

—No, quiero decir tú. ¿Tú cómo estás?

—Yo qué sé. Bien. ¿Por qué iba a estar mal?

—Es que, no sé, Long John, me da miedo que...

—Chacha, por una vez que Gloria no me da la chapa, ¿ahora te vas a poner tú en plan agonías?

—No, coño, pero...

—A mí no me coñees, niña —la cortó Eladio entre bromas y veras—. Hazme el favorcito de estarte tranquila. Está todo controlado.

—Vale. Pero, si la cosa se descontrola, me vas a avisar, ¿verdad?

—Si la cosa se descontrola, llamo a Déniz. —Al nombrarlo, Eladio recordó la quedada para jugar a la baraja—. Hostia, me olvidé: mañana tampoco va a poder ser; quedé con Déniz. ¿El viernes?

—¿Quedaste con Déniz?

—Sí. Le faltaba uno para jugar al envite. ¿Ves como todo está bien?

—Te lo estás inventando.

—Coño, llámalo y pregúntale.

Paula le devolvió la pulla del coñeo, pero pareció quedarse más tranquila. Monroy se sintió como un niño que le pide a su madre que lo deje dormir en casa de un amigo y ha de usar el nombre de algún niño juicioso para que le dé permiso. La idea le hizo gracia hasta que entendió que aquella situación se daba porque Paula se había convertido en una adulta y él quizá ya había envejecido.

—Está bien —dijo ella—. Pero si me necesitas, silba.

—Sí, tranquila, Lauren Bacall.

De pronto, Paula se permitió decirle:

—Te quiero, viejo.

—¿Y esa cursilada?

—No sé. No te lo digo nunca. Mónica dice que somos unos asilvestrados. Que eso de que seamos tan bestias es más triste que cagar a oscuras. Y tiene razón.

Sí, tenía razón. Monroy no sabía adónde habían ido a parar todas las palabras de afecto que no se habían dicho, todos los besos y los abrazos y las caricias que no se habían dado a lo largo de los años en que no se vieron, pero quizá sí que podían evitar desperdiciar los que les quedaban. Aunque habían recuperado mucho del tiempo perdido (eso era una ilusión, un torpe consuelo: el tiempo perdido jamás se recupera), en ocasiones como aquella sentía que les quedaba poco tiempo juntos, que la vejez o la enfermedad o, a todas malas, un mal encuentro de los que él tenía de tanto en tanto, podían cambiarlo todo y, después, ambos se arrepentirían de aquellas mañanoscas de los Monroy. Por eso dijo:

—Yo también.

—¿Tú también qué? ¿También tienes razón? —se lo vaciló ella.

—No, pesada. Ya sabes: que yo también te quiero.

—¿Ves que no es tan difícil?

—Decírtelo no. Quererte sí que es difícil, con lo plasta que eres, machanga.

Ambos se rieron. «Genio y figura...», dijo Paula antes de cortar.

Monroy se quedó con el teléfono aún en la mano, tocándose la boca con él como si quisiera besarlo, mirando al vacío, dejándose invadir por una rara ternura. Solo duró unos segundos, hasta que la ebullición del agua lo reclamó.

Almorzó viendo los informativos sin prestarles demasiada atención. Apagó la tele justo en el momento en que comenzaban los deportes y, mientras subía el café, eligió algo de música. El *Plays* de Chick Corea siempre era una buena opción para la hora de la siesta cuando uno ha decidido no hacer siesta.

Armado con café y cigarrillos y con una nube de música llegando desde el salón, se sentó en el escritorio a golijinear el móvil de Miranda, que ya se había cargado lo suficiente.

Comenzó por mirar las llamadas desde el día 9 de septiembre. Por supuesto, había llamadas a Sonsoles y de Sonsoles. A Rosi (la hermana de Miranda), a los amigos que la veterinaria ya había mencionado y a gente que estaba agendada como «Mamá», «Tene» o «Javi Primo de Ramón». Pero ninguna de esas le interesó. Las que le parecieron importantes fueron las que Diego Miranda había intercambiado con «FM», sobre todo porque, antes de seguir adelante, Monroy marcó en su propio teléfono móvil el número correspondiente a aquel registro y comprobó que se trataba del móvil de Falo el Moldura. El mismo Falo el Moldura que había negado tener conocido alguno en Moya y que, sin embargo, llevaba hablando con Diego Miranda desde el Día del Pino.

Habían tenido largas conversaciones el mismo día 10 y el 11. Después, el día 18, habían vuelto a hablar, pero solo cuatro minutos. Las que más le extrañaron a Eladio fueron las últimas llamadas, las del viernes 27 y el sábado 28 de septiembre. La del 27, porque tuvo lugar antes de que Monroy llegara a El Pejín (Miranda había llamado a Falo). Eso quería decir que Falo podía ser una de las últimas personas (si no la última) con quienes Miranda mantuvo una conversación telefónica.

No obstante, le parecieron aún más llamativas las perdidas de Falo a Miranda durante la madrugada del sábado: entre las once y las cinco de la mañana, Falo había estado intentando hablar con Miranda una y otra vez, hasta en quince ocasiones. Por supuesto, Miranda estaba ya en la zona del pueblo en la que no había cobertura, pero, además de esto, él mismo había entrado (entre las once y las once y media de la noche, según el forense) en un territorio de la realidad donde no servían de nada la cobertura o los teléfonos. Falo no debía de saber esto, porque había vuelto a intentarlo de nuevo a las ocho. Monroy lo imaginó durmiendo tres horas, despertándose, haciendo un último intento.

Abrió la aplicación de mensajería. Había una ristra de mensajes de Rosi (la aplicación de mensajería usaba internet, no la línea móvil) intentando inútilmente que su hermano se despertara, pero no eran esos los que le interesaban. Si Miranda y Falo habían hablado tanto,

podía ser que se hubiesen mensajado. Sin embargo, su historial era corto: un mensaje de Falo, el día 10: «Viste lo de Carlos y Paqui?»; y una respuesta de Diego Miranda: «Isaías tb. Te llamo».

La cosa, para Monroy, estaba clara: Falo y Miranda estaban igual de alarmados por las muertes. Quedaba por aclarar qué relación tenían aquellos dos y, sobre todo, qué vínculo tenía Falo con CBA, porque Monroy no se imaginaba al Moldura trabajando en una consultoría, pero, para empezar por el principio, ¿quién carajo era Paqui?

Volvió a buscar en las noticias del día 9 y el día 10. Y, entonces, se dio cuenta de que si la tal Paqui hubiese sido una tunera, él habría tenido el culo lleno de púas.

Llamó a Manolo, que estaba en la librería.

—Chacho, Monroy, en ti estaba pensando —dijo el Comunista a modo de saludo—. Le acabo de vender *La parcela de Dios* a una piba de veinte años. ¿Te lo puedes creer?

—Todavía hay esperanza —dijo Monroy, que compartía con Manolo el cariño por Erskine Caldwell—. Pero yo pensaba que te estabas acordando de mí por lo otro. ¿Cómo va?

—Casi a punto. Espérate un ratito, que busque un hueco. Cuando esté, te llamo.

—De acuerdo.

Mientras esperaba esa llamada, Monroy hizo tiempo intentando contactar con Falo. Lo llamó al móvil y al fijo, pero no contestó a ninguno. Finalmente, le envió un mensaje: «Querido, llámame cuando puedas». Las dos pestañitas junto al texto le indicaron que el destinatario lo había leído, pero el Moldura no contestó. Pensó en insistir, pero aún era pronto.

El ratito de Manolo se convirtió en hora y media. Monroy se cansó de esperar ante el ordenador y se puso a ver la tele. En el canal autonómico había un debate, algo forzado, entre un tal Francisco Bartlett, representante de un partido de izquierda, y José María Hidalgo de Pablos, el nuevo y flamante candidato del DEN, la gran esperanza, de hecho, porque Democracia Española Nacional había tenido, hasta ahora, mala suerte con sus candidatos en la provincia de Las Palmas. A un mes de las elecciones de marzo, la dirección nacional había tenido que pedir la dimisión de su presidente provincial, al mismo tiempo que cesaba al secretario de organización. El dimisionario, al parecer, había ocultado que había sido condenado a dos años y seis meses de cárcel por delito contra la Hacienda Pública y debía pagar 281.000 euros para no ir a prisión. En cuanto al cesado, ya era muy conocido por posar en las redes sociales con armas de fuego para las que su licencia había caducado, cuando se vio inmerso en una causa por administración desleal. Aquella había supuesto la primera crisis territorial seria para la joven formación. No obstante, la dirección nacional tomó rápidamente cartas en el asunto y, tras deshacerse de los dos cafres, formó una comisión gestora que procedió a designar en cuestión de horas a Hidalgo de Pablos, economista, empresario, marido y padre ejemplar, bien parecido y con una pronunciación que no le quitaba las «des» a los participios. Aunque llegó tarde para hacer una buena campaña en esa primavera, se había hecho lo suficientemente conocido durante el verano como para poder conseguir un puñado de votos en las elecciones que se avecinaban. Eso sí, debatiendo, era fiel a la marca de la casa: mezclaba argumentos *ad hominem*, *ad verecundiam* y *ad novitatem*, peticiones de principio y dilemas de la alternativa indeseable con la suficiente rapidez como para que Bartlett no tuviese tiempo ni de colocarle una réplica contundente, lo cual fue enfoferrando

al izquierdoso hasta que se le escapó llamarlo facha y ahí hubo un rasgamiento de vestiduras por parte del denario (que no había estado buscando otra cosa) y llamadas al orden de la presentadora-moderadora, que exigía a sus contertulios respeto y moderación. Monroy pensó que la moderadora tenía razón: eso de decir la verdad monda y lironda en la tele queda feo. En fin: como debate no habría soportado un examen lógico, pero como entretenimiento televisivo para la franja vespertina no estaba mal.

Monroy reflexionó sobre el hecho de que el izquierdoso olía a buenas intenciones con poca experiencia, a elemento que ha ido ascendiendo en el escalafón del partido porque no le ha quedado otra. Hidalgo de Pablos, sin embargo, era un animal político de los de raza: no había más que ver la americana de *sport* sobre una camisa de marca que llevaba sin corbata, la pulserita rojigualda que mostraba cada vez que se llevaba la mano a la cabeza para colocarse el mechón de pelo lacio (cosa que hacía con la suficiente frecuencia como para que quedase claro que le interesaba más mostrar la bandera que mantener el peinado), la ironía con la que sonreía al recibir cada crítica y lo serio que se ponía al soltar cada mentira. Sí, en un país como España, un Hidalgo de Pablos podía llegar lejos. Pero, para algunas cosas, pensaba Eladio, Canarias no era igual que la Península. Por eso los del DEN estaban haciendo tanto hincapié en la comunicación. Se preparó mentalmente para la posibilidad de que, cualquier tarde de esas, el contertulio que lo representase en la caja tonta no fuese Hidalgo de Pablos, sino García Medina. Sí, esa posibilidad resultaba más que probable. Se alegró de que la llamada de Manolo el Comunista lo alejara de aquel pensamiento.

—No veas la carda dialéctica que le están dando a los tuyos ahora mismo en la tele —le dijo, para picarlo.

—¿De qué me hablas?

—Están debatiendo un tal Bartlett y el Hidalgo de Pablos.

—Ah, Paco Bartlett. Es flojito en los debates, las cosas como son. Le faltan tablas.

—Y el otro es un marrullero.

—El otro es un hijo de la gran puta que militó en Falange Auténtica —escupió Manolo con coraje—. No me hables, que estoy hasta los cojones de la tolerancia con el facherío patrio. Cuando salen por la tele, nadie lo dice, solo los ponen como «representante del DEN», como si hubiesen crecido de repente en una col plantada en los jardines de al lado del Congreso. Desde que pasó la movida con los catalanes, han perdido los complejos. Los nacionalistas de allá les dieron la excusa perfecta a los del nacionalismo español, y ahí lo tienes todo, lleno de banderitas. Que también es verdad lo que dicen: si quieres tener a un tonto entretenido, dale una bandera. Mira, déjame callarme, que me caliento. Al DEN que le den. Vamos a lo nuestro: te acabo de mandar un par de *e-mails*. Tienes la nómina de CBA y una biografía con datos y vida laboral completa del insigne Carlos Barrientos Álamo, abogado, patrón, emprendedor, amado padre de familia a media jornada y sinvergüenza a tiempo completo. Por cierto, hablando de los denarios, algo que te va a hacer gracia: a que no sabes a quién asesoraba.

—A García Medina —le soltó Eladio.

—Coño, no hay quien te dé una sorpresa.

—Oye, adelántame una cosa: ¿en CBA trabajó una tal Francisca H. P.?

—María Francisca Hernández Pérez. Asesora fiscal. Una veterana que echó allí los últimos años. Trabajó en CBA. hasta un año antes de que la empresa se fuera al carajo. Y primero había tenido una baja larga. ¿Por qué me preguntas? ¿Esta mujer también...?

—También. El parricidio de la avenida de Escaleritas, ¿te acuerdas?

Manolo se acordaba. Habían comentado la noticia con Gloria cuando sucedió. En esa ocasión hablaron de la necesidad de una buena asistencia pública en salud mental; de la cantidad de personas que vivían situaciones similares, de enfermedad, soledad y desamparo; de cómo no se reparaba en ellas hasta que tenían desenlaces como aquel. Pero, ahora, lo del parricidio y el suicidio del hijo no estaba tan claro. Todo aquello olía mal. Así lo dijo Manolo, y Monroy le dio la razón: sí, todo olía a mierda y había que empezar a buscar el origen del pestazo.

# **UNA COSA DE NEGOCIOS**

Un buen punto de partida era la biografía de Barrientos Álamo. Como le había adelantado Feluco Bosch, se trataba de todo un personaje. Licenciado en La Laguna en 1987, había comenzado en el bufete que su padre tenía con varios socios más y había estado allí hasta el 98, dos años después de que el viejo se jubilara. La Asamblea no disponía de datos sobre esto, pero en los motivos de la salida de Carlitos debió de haber un poco de ambición personal y emprendedora por parte del muchacho y un mucho de algo que vulneraba el código ético de la firma. Manolo lo había resumido en su dossier diciendo: «Morales, Barrientos y Díaz era un bufete de los conservadores, pero gente seria. Igual no eran honestos, aunque sí que parecían honrados». El caso era que, a finales de siglo, justo antes de la llegada del euro, Carlos Barrientos Álamo se había visto fuera del bufete y con un capitalito que invirtió en fundar CBA Asesores y Consultores, cuya sede estuvo, hasta el 2012, en la calle Espronceda de Ciudad Jardín, justo al ladito del parque Doramas. Ni La Asamblea ni Manolo sabían por qué la empresa había cesado en su actividad, pero los empleados principales la habían ido abandonando de *motu proprio* a lo largo del 2011. Primero se había jubilado la asesora fiscal, luego se habían despedido Miranda y otro administrativo llamado Tenesor Quesada Rodríguez, y, por último, el amigo Isaías. Y, al menos estos dos últimos, echaban pestes tanto de CBA como del sector de las consultorías en general. Así que entraba en lo posible que Carlos Barrientos Álamo hubiese hecho cosas feas como consultor igual que parecía haberlas hecho como abogado en el bufete familiar. Y después habría seguido haciéndolas. Pero las que le interesaban a Eladio Monroy eran aquellas, las que había hecho como consultor.

Manolo había agregado una lista con los nombres de algunos clientes de la consultoría, empresas locales o incluso nacionales con negocios en Canarias. Monroy conocía bien algunas, había oído hablar de otras dos o tres y no tenía la más remota idea de cuáles eran y a qué se dedicaban el resto, que eran la mayoría. Decidió imprimirse aquella lista. Siempre entendía mejor las cosas cuando las leía en papel y, además, era mejor llevarla encima. Por eso la dobló y la metió entre las páginas de la libretita antes de salir de casa hacia el barrio de Guanarteme.

Falo no pasaba por El Pejín desde el viernes. Ramos se lo explicó a Monroy mientras le ponía el botellín que le había pedido por pedirle algo.

—Después de irte tú, se piró y no lo he vuelto a ver. Y eso es raro, porque el sábado vino gente preguntando por él. Por lo visto, habían quedado.

—¿Gente?

—Sí. Ya tú sabes. Las amistades de él. —Ramos se acercó a Eladio para poder bajar la voz—. Trapicheos, tú me entiendes. Alguno lo llamó al móvil y todo, pero no lo cogió. Llámalo tú, a ver si tienes más suerte.

Le dijo que eso haría. No le apetecía contarle al Manojopollas que llevaba todo el día intentándolo. Lo que sí hizo fue preguntarle si Falo continuaba viviendo donde siempre. «Claro que sí, ahí, en la calle California», dijo el dueño de El Pejín.

Ante la vivienda, permanecía aparcado el furgón de Falo, pero no el Honda Civic. Ahora que lo pensaba, no sabía si seguiría teniendo el mismo coche color calabaza que ya era viejo cuando paraban juntos. Monroy conocía la casa terrera con el pequeño porche donde cabían unos cuantos cactus y un par de maceteros con geranios hambrientos. Lo cruzó hasta llegar a la puerta, tocó al timbre y aguardó, pero nadie vino a abrir. Lo intentó un par de veces más. Luego fingió irse y se apostó un rato en la esquina, fumando un cigarrillo para disimular, sin quitar ojo a la fachada. Si Falo hubiese estado escondido en casa, habría ido a la ventana para intentar ver a quien había llamado a la puerta. Sin embargo, en el interior nada se movió. Ni una cortina. Ni una ventana.

Apagó el cigarrillo y, en su libretita, escribió algo, arrancó la hoja y volvió a cruzar la calle. Pasó la nota por debajo de la puerta y, esta vez, sí se marchó. La nota decía:

Sé que van a por ti. Igual puedo echarte un cable. Llámame.  
Eladio Monroy

De camino al coche, volvió a escribir el mismo texto en un mensaje que le envió a Falo. Casi al instante, las dos pestañitas le indicaron que lo había leído. Pero no hubo respuesta.

La casa carecía de lujos, pero era amplia y bastante luminosa, con una cocina estrecha y larga que daba a la puerta de calle y un recibidor cuadrado más allá del cual un largo pasillo comunicaba con los dormitorios y el baño. Seguía habiendo muebles y enseres, pero no objetos decorativos, por lo cual, desde las blancas paredes, un eco desagradable reproducía el vacío a cada paso, cada estornudo, cada flatulencia.

Tene le explicó que él y su hermana la tenían en venta desde hacía meses. Los muebles se habían quedado allí porque ninguno de los dos sabía dónde meterlos. Le mostró el baño y cómo funcionaba la lavadora, por si necesitaba usarla. Había agua corriente y electricidad, pero habían dado de baja la línea telefónica.

Todo eso se lo contó después de que él dejara sobre el sofá la bolsa de deportes que había llenado con un par de mudas y un neceser de aseo, mientras buscaban en los roperos sábanas para hacerle una cama (ambos prefirieron que usara el cuarto de soltero de Tene, con una cama de cuerpo y medio más o menos cómoda) y toallas que estaban limpias aunque llevaran guardadas bastante tiempo.

Después de hacer la cama, Tene señaló a su espalda.

—Ahí arriba tienes un centro comercial. Pero si no es mucha cosa, hay un Spar al lado de la iglesia.

Por la tarde, Tene volvió con un pequeño televisor y un decodificador de TDT.

—Es la tele que tengo en la cocina. Es vieja, pero furula.

Falo usó la tele para sentirse un poco menos solo en aquellos días de esconderse, que no sabía cuánto se prolongarían. Quizá fuera una semana, quizá un poco más. Lo suficiente, en todo caso, para que Tene pusiera a Nuria a salvo. Después de lo de Diego, habían comprendido que no bastaba con que ella estuviese también escondida: había que sacarla de la isla. Únicamente entonces, aquella gente entendería que ya no tenía sentido hacerles nada a ninguno de ellos. Falo convino en que, al fin, era lo mejor: ponerla a salvo a ella era ponerlos a salvo a todos. Se fiaba de Tene. A fin de cuentas, no quedaba nadie más en quien confiar. El problema era que no podían, simplemente, comprar un billete de avión para ella, porque no estaban seguros de que no controlaran las tarjetas de crédito, las cuentas corrientes, las listas de pasajeros.

En eso estaba Tene, en buscar un modo de sacarla de la isla dejando la menor huella posible en los registros. Hasta entonces, ella se mantendría oculta como lo había estado desde lo de Barrientos. Entretanto, Falo seguía prefiriendo que no le contara dónde estaba o cómo lo haría. Lo que quería era que Tene le dijera que, por fin, Nuria se había ido, que ya no tenían motivo

para hacerles nada.

De entre sus perseguidores, el que menos le preocupaba era Monroy, aunque le jodiera la traición de quien él siempre había considerado un amigo. Le daba más miedo Domínguez, no solo por lo peligroso, sino por lo impune. Con los demás, Domínguez todavía se había visto obligado a disimular. Él, en cambio, era un camello, un changa de los de toda la vida, con una procedencia de tan poca categoría que su árbol genealógico podría haber sido dibujado en papel de embalar. Aunque no se le hubiera demostrado nada, había sido investigado y constaba en los archivos. Si él apareciese muerto, se desplegaría un abanico de explicaciones plausibles que iban desde el percance en medio de una huida hasta el ajuste de cuentas entre bandas rivales. Cosas del narcotráfico, de la mala vida, de los delitos contra la salud pública. Así que, si para esta gente la vida de los demás no valía un rabo de pasa, la suya tenía todavía menos valor, podían darle punto, liqui y coma sin despeinarse.

Cuando Tene le avisara de que Nuria estaba a salvo, él mismo intentaría también irse, porque en la información que constituía su seguro de vida, también aparecía su nombre. Aunque confiaba en que nadie se preocuparía demasiado por buscarlo a él, eslabón suelto de la cadena, perlita que acaba bajo el sofá cuando se rompe el collar de la abuela.

Por todo eso, se avino a esperar, a gastar esos días yendo a comer y cenar a los restaurantes del centro comercial, adonde prefería ir a pie; leyendo la novelita o haciendo los *sudokus* que compró en una papelería del barrio de al lado, viendo *realities* en el pequeño televisor instalado en el salón de aquella casa tan vacía donde una familia había compartido alegrías y penurias a lo largo de toda una vida que ahora ninguna foto recordaba.

Ya era de noche cuando Monroy llegó de Guanarteme. Se alegró de no haber quedado con Paula, porque iba a dedicarle unas horitas al asunto. Cenó y se sentó al ordenador a seguir estudiando lo que le había enviado Manolo el Comunista y a repasar y completar sus notas.

De la lista de empleados de CBA, solo quedaba uno vivo y coleando, al menos de momento. El individuo se llamaba Tenesor Quesada Rodríguez. A no ser que Miranda tuviese una amiga llamada Tenesoya, ese debía de ser el Tene que figuraba entre los contactos de su móvil. Volvió a consultar las llamadas y también habían sido unas cuantitas en los últimos tiempos, casi tantas como con Falo. Sin embargo, con Tene no había intercambiado mensajes. Volvió al dossier y dedicó un buen rato a imponerse en la materia. Tenesor Quesada Rodríguez había nacido en 1984 y, según los informes de La Asamblea, en la actualidad trabajaba como auxiliar administrativo en el Registro General del Cabildo Insular. Por la foto (sacada de una página de perfiles profesionales en la que el tipo debía de haberse inscrito antes de entrar a trabajar en la cosa pública) parecía otro chupatintas: un treintañero con cara de buena gente a quien no te importaría tener como yerno aunque no matarías por tenerlo como cuñado.

El amigo Tenesor era, por lo demás (y a efectos de datos que debía anotar en su libreta), el orgulloso propietario de un Seat Punto Tipo con una matrícula de cuando Rodrigo Rato aún era ministro, y vivía de alquiler en Calzada Lateral del Norte. Monroy sabía que aquella calle era larga como domingo sin dinero, así que buscó la ubicación en los mapas del señor Google: correspondía a uno de los bloques de Divina Pastora que daban hacia la carretera. Monroy había tratado hacía años con un pelado que vivía por allí. Eran bloques de once plantas, con seis viviendas por cada una. Por lo que él recordaba, solía haber sitio para estacionar. Con un poco de suerte, y contando con que el funcionario no tuviese plaza de garaje, no le sería complicado seguirle la pista desde casa. Pero para eso tendría que madrugar y estar por allí antes de que saliera para el trabajo.

Vigilar y seguir a la gente se le daba bien, pero no le gustaba nada. Sin embargo, mientras Falo no diese señales de vida, a Monroy no le quedaba otra que aguardar ante aquel edificio de Divina Pastora, dentro de la Express estacionada a una docena de metros del portal y tampoco lejos del Seat Punto Tipo, que resultó ser de color blanco y estar aún más cascado de lo que había previsto.

Al llegar, todavía de noche, lo encontró con cierta facilidad: cacharros casi tan viejos como Naranjito quedaban pocos circulando por la ciudad. Aquel parecía haber pasado la ITV gracias al agua de Fátima. Comprobó la matrícula y se volvió a la Express. Había conseguido un estacionamiento en batería que le permitía ver al mismo tiempo el portal y el coche. Ventajas de madrugar, de salir de casa tan temprano que es casi el día anterior, aunque tampoco madrugar le gustaba y una baba espesa y verde se había adherido como una película a su característica mala hostia. Lo notó a la hora en la que el barrio empezó a despertar y los cantos de los pajarillos le jodieron tanto como los ruidos del tráfico y el sucio revoloteo de las palomas.

Le había faltado un café más antes de salir, un rato más bajo la ducha y, claro estaba, un par de horas más de sueño. Pero la cosa estaba hecha y solo le quedaba consolarse con la idea de que pronto Tenesor Quesada Rodríguez saldría a trabajar y, mientras trabajaba como los funcionarios que funcionan, él podría buscar una cafetería con terraza (conocía una cerca del Cabildo) y hacer un desayuno en condiciones.

Entretanto, el edificio fue expulsando de su vientre a representantes de la clase trabajadora y proletaria (con o sin trabajo, con o sin prole), a mujeres mayores que salían a la compra, a jubilados que iban a hacer su ronda de vigilancia en las obras de la metroguagua, a una chica con uniforme de Mercadona y a otra a medio uniformar como jardinera municipal. Y la baba verde se le fue solidificando a Monroy sobre el humor cuando pasó el tiempo y comprobó que aquel funcionario parecía ser más bien del tipo de los que no funcionan, porque a las nueve aún no había salido de casa.

Pese al madrugón, entraba en lo posible que aun así hubiese llegado tarde. Podía ser que Quesada hubiese tenido ya uno de esos accidentes mortales que habían tomado la costumbre de sufrir los de CBA. En ese caso, habría llegado el momento de contárselo todo a Déniz. Entonces, recordó que había quedado con él para el envite. Le apetecía tanto ir esa noche a jugar como pillarse un huevo con la tapa de un piano, pero dejar colgado a Déniz sin avisar nunca era una buena idea. Así que, aunque no hubiese llegado el momento de ponerlo al día, sí que tenía que llamarlo. Siempre sin quitar ojo al portal, le dio un telefonazo.

—Dime, Eladio.

—Tío, te vas a cagar en mi madre, pero no puedo ir a la partida.

—No me jodas...

—Pues no te agaches.

—¿Encima regodeo?

—No, perdona, hombre. Es que me olvidé de que había quedado con Paula. Sería la tercera vez que la dejo colgada y, si fallo, quedo como un padre de mierda.

—Joder, ¿y qué hago yo ahora?

—Llámate al Chapi.

—¿El Chapi sabe jugar?

—A mí me da dos vueltas y media. Si lo llamas ahora, lo trincas llegando al taller.

Al otro lado de la línea, Déniz dio un bufido de los de mirar a la pared de reojo.

—Vale, lo llamo. Pero que conste que eres un impresentable, Eladio.

—La verdad es bonita —dijo Monroy antes de colgar sin despedirse, un poco por no perder la costumbre de faltarle al respeto a la autoridad y un mucho porque el portal acababa de abrirse nuevamente y había salido de él un individuo que podía ser Quesada.

También podía no serlo, porque no se le veía la cara: iba embutido en un chándal gris con sudadera y, además de la capucha, llevaba puestas unas gafas de sol y una gorra. Larguirucho y flaco, mantenía las manos metidas en los bolsillos y caminaba algo encorvado. La mañana estaba gris y fresca, pero no tanto, así que el propósito del tipo era no hacerse notar. Conseguía exactamente lo contrario. El del chándal miró a derecha e izquierda antes de echar a caminar hacia el Seat. Una vez allí, volvió a mirar alrededor antes de entrar y ponerlo en marcha. El último empleado vivo de CBA parecía saber que tenía motivos para estar acojonado.

El Seat Punto blanco se puso en marcha y la Renault Express lo siguió a cierta distancia. Así, respetando las señales, sin maniobras bruscas ni velocidades inadecuadas, Monroy siguió a Tenesor Quesada en un recorrido que al principio Monroy creyó absurdo y que, más tarde, a toro pasado, le pareció bastante lógico. Primero bajó Mata hacia Primero de Mayo, giró en Buenos Aires y flanqueó el parque San Telmo para usar Rafael Cabrera como acceso a la autopista, a la que se incorporó en sentido norte. La recorrió hasta Torre Las Palmas y se introdujo en el túnel de Julio Luengo. Al salir, cruzó la rotonda que comunica con la circunvalación y prosiguió por el puente Julio Molo Zabaleta, volvió a girar al salir de él y acabó entrando en el parking del centro comercial Las Arenas.

Allí, Monroy temió arriesgarse a perderlo entre el millar de coches habitual, pero en el centro no había demasiado público aún, así que logró aparcar sin dejar de tenerlo a la vista y con la suficiente distancia como para que no se percatase de su presencia.

Siempre mirando a un lado y a otro, como si estuviera asegurándose de que no lo seguían (cosa que no hacía, porque, de hecho, Monroy lo estaba siguiendo sin que él pareciera enterarse), subió las escaleras mecánicas y atravesó la galería hasta la puerta del Carrefour. Entró, y Monroy se asomó lo suficiente como para verlo coger un carro de los grandes.

De acuerdo, el tipo iba a hacer la compra. Eso le proporcionaba a él un mínimo de media hora y un máximo de vaya usted a saber cuánto. Aprovechó para comprar un par de cruasanes, un botellín de agua y un café con leche en la zona de cafetería del Carrefour y se volvió al parking para desayunarse como está mandado, pero sentado en la penumbra, al volante de Naranjito, mientras los coches de la clientela maniobraban al entrar o salir.

Tres cuartos de hora más tarde, cuando Tenesor Quesada volvió con el carro hasta los topes, Monroy ya había dado cuenta de los cruasanes y del café con leche y hasta se había fumado un par de cigarrillos cuyas colillas había arrojado desaprensivamente por la ventanilla. Y, de paso, había tenido tiempo para hacerse unas cuantas preguntas. Para empezar, ¿por qué el individuo no había ido a trabajar? ¿Qué hacía un jueves por la mañana, en chándal, dando vueltas por la ciudad? Si lo que pretendía era esconderse, le estaba saliendo de pena. Por no añadir que quienes intentan esconderse no se van a hacer la compra. Y, por último, ¿qué era lo que lo había llevado hasta el Carrefour de Las Arenas, en Guanarteme, tan lejos de su barrio? Aunque fuese un adicto a esa concreta cadena de supermercados, en La Ballena, a solo un par de kilómetros de su casa, tenía otro Carrefour casi exactamente igual a este.

Al menos esta última pregunta sí tuvo una respuesta rápida. Porque, al abandonar el centro

con el portabultos lleno, el Seat no volvió hacia Divina Pastora, sino que tomó la carretera del noroeste.

Igual que Eladio había hecho no hacía una semana para subir a Moya, recorrió la carretera costera y, por un momento, el exmarinero pensó que era allí adonde se dirigían. Pero no: Quesada prosiguió conduciendo hasta llegar a la salida de San Felipe, se internó en el diseminado que bordeaba la costa y continuó más allá, en una estrecha subida hacia el barranco entre dos fincas tapiadas.

Monroy detuvo la Express. Por torpe que fuera el tío, si lo seguía por aquella carretera se iba a acabar dando cuenta de su presencia. Dio media vuelta y volvió hacia las viviendas que se agrupaban cerca de la ermita de San Felipe Neri, antiguas casitas de pescadores y labrantes reacondicionadas, algunas mejor que otras, para proporcionar lo más parecido a una casita frente al mar. Giró a la izquierda y salió a un solar que servía tanto a los vecinos como a los bañistas y aparcó entre un todoterreno y la furgoneta de un surfero. Salió a estirar las piernas, a dejarse refrescar por la brisa, a fumar, a barajar opciones.

El camino que había tomado Quesada se introducía en el barranco hasta casi debajo del puente de Silva. Habría pocas casas y muy aisladas por la zona. Podía ser que el tipo hubiese hecho la compra para ir a esconderse en alguna de ellas. En ese caso, estaría a salvo, porque de algo estaba seguro: nadie, excepto él, lo había seguido. Aunque en la ciudad se le hubiese escapado alguna presencia extraña, él la habría notado al llegar a esta zona. Así pues, su misión estaba, por el momento, cumplida.

No obstante, el planteamiento tenía algún agujero. Por ejemplo, que la casa adonde había ido a esconderse pudiese fácilmente ser relacionada con Tenesor.

Sacó el móvil y comprobó que había buena cobertura. Antes de llamar, cruzó el descampado hacia el lado que daba al mar, pero le dio la espalda para sentarse sobre una piedra que le permitía ver la carretera. Solo entonces llamó a Manolo.

—¿Qué fue? —saludó el Comunista. La llamada parecía haberlo sorprendido en medio de algo importante.

—¿Estás liado?

—No. Bueno, leyendo. Estoy leyéndome otra vez a Guy Debord. A ver si acabo entendiendo algo.

—Mucha suerte.

—En fin, cuenta. ¿Qué te pica?

—Tesoror Quesada Rodríguez. El auxiliar administrativo de CBA.

—Sí.

—Me pusiste una dirección en lo que me mandaste. Un piso en Calzada Lateral del Norte.

—Supongo. No sé, hice un copia y pega de lo que me mandaron.

—Vale. La cosa es: ¿hay alguna otra dirección conocida de este hombre? Me refiero a la casa de los padres o algo así, por la zona de San Felipe o del barranco de Silva.

—Ni idea. Pero lo puedo preguntar. Eso sí: puede que lleve un rato.

—Tampoco corre prisa. Es solo por asegurarme.

—Te llamo en un rato.

La comprobación tardó casi una hora. Pero Eladio no regresó a la ciudad. Permaneció sentado sobre la piedra y se dedicó a vigilar la carretera, a contemplar las nubes que se apelotonaban contra el mar, a observar a los surferos que cogían olas, a defenderse de las cachetadas del viento, a preguntarse qué carajo hacía allí, por qué no se iba de una vez a casa, si la tarea de escoltar a Quesada ya podía considerarse cumplida. En algún momento se le ocurrió que, al menos, no tenía por qué estar a la intemperie. Se volvió a Naranjito y puso la radio. Casi había empezado a dar una cabezada escuchando una tertulia política cuando Manolo lo llamó al móvil.

—Al final fue más rápido de lo que pensaba —dijo el librero en cuanto Eladio descolgó—. Este pibe ha tenido tres direcciones: además de Calzada Lateral del Norte, está la casa en la que se crio, en La Pantera Rosa, por ahí, por la Feria del Atlántico, y otra en Alfredo L. Jones, un piso en el que también estaba empadronada una piba de más o menos la edad de él. Allí estuvo siete años, hasta que en el 2017 se mudó para Divina Pastora y luego no se ha movido más.

—Todo en la ciudad, entonces.

—Todo en la ciudad. No nos aparecen fincas ni casas de abuelos ni nada por el estilo. Lo único es que el piso de La Pantera Rosa figura hoy en día a nombre de él y de una hermana y está en venta. Supongo que para repartirse la herencia.

—¿Y teniendo la familia una casa, el tipo vive de alquiler? —se extrañó Monroy.

—Yo te puedo averiguar cosas del registro de la propiedad, del catastro y hasta de Hacienda, Eladio, pero los test de inteligencia no son de mi negociado.

—Pues también es verdad.

—En todo caso, no nos sale nada rural en la sección inmobiliaria de la biografía del muchacho.

—Bueno, «querido, está bien. Muchas gracias.

—Las que yo tengo.

Cuando Manolo colgó, Eladio Monroy volvió a preguntarse lo mismo, qué hacía ahí, a qué estaba esperando. Entonces, vio cómo la respuesta a aquella pregunta se acercaba poco a poco por la carretera: el Seat Punto Tipo de color blanco de Tenesor Quesada Rodríguez volvía por la carretera por donde había desaparecido una hora antes. Monroy giró la llave en el contacto, pero no arrancó hasta un poco después de que Quesada hubiese pasado en dirección a Las Palmas. Eso, con suerte, porque a este cabrón todavía le da por ir a comprar mangos a Mogán, se dijo mentalmente mientras sacaba a Naranjito del solar y lo ponía nuevamente en danza.

Tene lo llamó por la mañana para decirle que se pasaría por allá para contarle cómo lo había organizado todo, pero le podía adelantar que ya casi estaba, que aquella historia casi se había acabado. Ambos sabían que era mejor hablar por teléfono lo menos posible. Ignoraban si Domínguez disponía de medios para espiarles las llamadas, pero, visto lo visto, preferían no arriesgarse.

Falo gastó esa mañana en desayunar, darse una ducha, ver la tele. Hacia la media mañana se quedó sin tabaco. Se puso la chamarra y bajó a comprar. Al volver, nada más salir del ascensor y abrir la puerta, sintió que no estaba solo. Entró igualmente. No era la primera vez que experimentaba esa sensación desde que estaba allí: la inquietud, la incertidumbre, el miedo o, simplemente, la casa ajena y extraña le jugaban aquellas pequeñas faenas de los pelos erizados y los huevos encogidos. Por eso no entendió que se había metido en la boca del lobo hasta que no estuvo en medio del salón y vio la sombra perfilándose en el pasillo desde el cuarto del fondo. Cuando ya iba a recular hacia la puerta, se encontró con que, a su espalda, el tipo de la barba le cerraba el paso con actitud desafiante. Debía de haber esperado en la cocina.

Como era de los que sabían cómo conservar el pellejo, Falo no intentó nada. Aguardó, casi sin moverse, a que la sombra se convirtiese en una figura humana, y la figura, en el tipo de patillas y pelo canoso, que se fue aproximando por el pasillo hasta estar lo suficientemente cerca como para que él pudiese entender a quién pertenecía el rostro de la nariz de aguilucho, los ojos claros y la sonrisa escalofriante. Eduardo Domínguez. Peligroso como un demonio de Tasmania que ha tenido un mal día en la oficina.

—Hombre, Falo, qué sorpresa —dijo el cincuentón, dando todo por supuesto, indicándole el sofá como si el anfitrión fuera él.

El Moldura, conservador innato de su pellejo, obedeció. Se sentó en un extremo del sofá. El de las patillas tomó asiento junto a él, mostrándole el perfil de modo que la chamarra se le abriese y permitiera ver la culata de la pistola en la funda de cadera. No lo necesitaba para dar miedo, pero lo hizo, igual que el otro se había quedado en pie, en la entrada del recibidor, con un hombro apoyado en la pared y bloqueando ostensiblemente el paso.

—No te esperaba aquí, pero fíjate, qué bien. —Falo asintió—. Tú sabes que no te conviene joderme la paciencia, ¿no? —Falo volvió a asentir. Su pellejo le había soplado en todas sus terminales nerviosas que era mejor hablar lo menos posible—. Vale, pues a ver si acabamos rápido: ¿dónde está Nuria?

—No lo sé.

El de la barba se enderezó, se llevó la mano a la espalda y sacó una pequeña porra eléctrica, pero no llegó a conectarla, porque Domínguez lo detuvo con un gesto.

—Espera, Paco —le dijo—. Déjalo hablar. —Luego se dirigió a Falo, siempre sin perder la sonrisa—: Normalmente es más diplomático, pero está hasta los huevos de todos ustedes.

Falo obvió la estrategia del poli bueno y el poli malo. Daba igual lo que le apretaran si lo que pretendían saber era algo que él, sencillamente, desconocía. Así que se aplicó en intentar que le creyeran:

—No lo sé, de verdad. Jurado que no lo sé. Si lo supiera, a lo mejor estaría escondido con ella y no aquí.

Domínguez entornó los ojos. Consultó con la mirada, primero a su compañero y después a la pared vacía que tenía enfrente. Falo podía estar diciendo la verdad. Y si era así, solo le quedaba intentarlo con el último de la plantilla.

—¿Cuándo va a venir?

—¿Quién?

—Tenedor.

Falo se encogió de hombros. Pero igual que Domínguez había adivinado cuándo decía la verdad, ahora supo que mentía.

—Está bien —dijo—. Nos vamos a quedar aquí los tres tranquilitos hasta que llegue.

Dicho esto, buscó el mando a distancia de la tele para encenderla. El otro, aunque siempre silencioso, pareció entender y tomó asiento a la mesa del comedor. Una vez encendida la tele, Domínguez comenzó a pulsar botones sin conseguir sintonizar nada. Falo cogió el mando de la TDT y se lo entregó.

—Es con este.

—Gracias —dijo el otro, encendiendo y comenzando a zapear. Sin mirarlo a la cara, falsamente concentrado en la pantalla, prosiguió hablando con aquel tono de presunta cordialidad —: En realidad, a nadie tiene por qué pasarle nada. Hablando se entiende la gente. Yo sé que hemos entrado aquí de mala manera, pero no tenemos que salir igual. Tú eres un tío inteligente y lo sabes. Por eso me choca tanto que estés ahí, de acuerdo con ellos. Porque, de hecho, te voy a decir una cosa: desde mi punto de vista, tú eres el primer interesado en que esta mujer se esté calladita. Piénsalo: en el fondo, te estamos haciendo un favor.

El amigo Tenesor parecía tener ahora un poco más de prisa, pero tampoco aumentó excesivamente la velocidad. Volvió a entrar en la ciudad por el puente, pero ya no tomó el Julio Luengo, sino que giró hacia la circunvalación. Monroy creyó que continuaría hasta la rotonda de La Ballena y bajaría por Miller hasta Divina Pastora, hogar dulce hogar y todo el mundo a su casa a comerse las lentejas. Sin embargo, el Seat volvió a desviarse a la altura del Negrín y tomó la avenida Juan Carlos I.

«¿Adónde coño vas, mi hijo?», murmuró Monroy, procurando no perderlo de vista entre el tráfico ahora abundante. Y, tres rotondas más arriba, vio al cacharro blanco coger hacia la izquierda y comenzó a entender que Tenesor Quesada se dirigía hacia Virgen del Pilar, el barrio de su infancia, los bloques de altos edificios construidos en los años ochenta cuyo modelo habían sido las viviendas proletarias de los países soviéticos y que alguien decidió pintar de color rosa palo, haciendo que todo el mundo llamara La Pantera Rosa a la urbanización ya por los siglos de los siglos. Tenesor volvía a casa, a la casa de su infancia y juventud, la casa vacía y en venta.

Cuando Monroy entró en el aparcamiento, el Seat ya estaba estacionado en la batería central y el funcionario en chándal cruzaba hacia uno de los bloques. Monroy aparcó en un sitio del lado de la acera, dando la espalda al Punto pero más o menos a su altura, casi al mismo tiempo que el otro sacaba unas llaves y abría el portal.

Esta vez no puso la radio. Simplemente apagó el contacto y dio un bufido.

Se había vuelto a meter en camisa de once varas, eso estaba claro. Había empezado como siempre, por hacer un favor, por echar un cable. En una cosa de amores, para variar. Pero lo que estaba pasando con la plantilla de CBA no podía ser nada relacionado con el amor. Alguien estaba dándoles finiquito a todos los que habían trabajado allí. Y eso tenía que estar vinculado con algún negocio. Un negocio que había salido lo bastante mal o que era lo suficientemente sucio como para tomarse todas aquellas molestias, desplegar aquel perfecto aparato criminal hasta ahora perfecto, digno de una novela policíaca de las baratas. De pronto, tuvo una duda: Tenesor, el propio Diego Miranda y hasta Faló el Moldura (cuya relación con todo aquello aún debía aclarar, por cierto) sabían que iban a por ellos y estaban asustados. ¿Por qué no habían acudido a la Policía? De Faló no le extrañaba: movía coca y, en ese sector laboral, para que no te trinquen, lo más conveniente es, precisamente, saber mantenerse alejado de la madera. Sin embargo, Miranda y Tenesor eran tipos normales, honrados, al menos hasta donde él sabía. ¿Por qué, pues, no habían denunciado, buscado protección uniformada? Una posible respuesta: que no fueran tan honrados. Otra: que confiaran en que los dejaran en paz si demostraban a quien quiera

que fuese que no debía temer nada de ellos. Eso parecía plausible y condecía con la conversación que Monroy había tenido con Miranda el viernes. Había una tercera posibilidad: que estuviesen seguros de que acudir a la Policía solo empeoraría las cosas.

Volvió a su idea inicial: no era un asunto de amores, sino cosa de negocios. Debía empezar a repasar la lista de los clientes de CBA. Pero no ahora. No quería arriesgarse a estar despistado si el tipo volvía a salir. Cosa que empezaba a tardar en hacer.

Entonces fue cuando sintió hambre y encendió un cigarrillo y se le ocurrió que hay amores que pueden joder cualquier negocio y hay negocios que podrían joder el amor más grande. Y empezó a impacientarse y a decirle mentalmente a Tenesor que bajara, y, de pronto, el cuerpo de Tenesor se estrelló contra la acera.

Monroy se quedó mirando hacia allá con ojos como chernes. No podía verle la cara al bulto estronciado sobre el pavimento, pero sabía que era él, sin duda; era el mismo tipo que había abierto el portal con su propia llave y se había introducido en el edificio. Ahí estaba, tirado boca abajo con las extremidades en posiciones absurdas, desbaratado, muerto o a punto de estarlo, y, en cuanto lo comprendió, Monroy ni se molestó en salir del coche y hasta entendió que era mejor no hacerlo. Si al tipo le dio tiempo de gritar, Eladio no llegó a percatarse. Quien sí lo hizo fue una mujer que se encontraba también fumando en la puerta de la peluquería y, alertada por su esperrido, la parroquia que hasta ese momento se desperdigaba por la acera, el aparcamiento y el parque infantil se fue congregando alrededor del cuerpo estampado. Salió gente de los bares, del European y de la pescadería. Desde la farmacia de la esquina vino alguien con gasas inútiles y la fumadora gritona sacó de la peluquería unas toallas a la vez que cuatro o cinco personas llamaban, todas al mismo tiempo, al 112. Por supuesto, no faltaron las manos alzadas de dos o tres bobomierdas, enarbolando teléfonos móviles que filmaban la escena. Monroy se preguntó si le convenía quedarse allí o no. Como ignoraba qué carajo había ocurrido exactamente, no sabía si contar lo que sabía a la Policía sería de utilidad o lo metería en un lío. Pensaba en esto, ajeno al tumulto, cuando el portal se abrió y salió de él alguien que tampoco dirigió ni una mirada al lugar del suceso y Monroy entendió que aquella mañana de mierda había sido solo el preludeo de una tarde de mierda, porque Falo el Moldura acababa de salir y cruzaba ahora el aparcamiento para ir a meterse en un Honda Civic.

No sabía si Falo lo había visto. Al salir, había evitado mirar hacia el follón, pero su visión periférica tenía que haber registrado a Naranjito antes de darle la espalda. Estuvo a punto de apearse y darle una voz, pero cuando vio que del portal salían también los dos individuos, entendió que no era el único interesado en el Moldura. Los tipos, nada más pisar la calle, miraron en todas direcciones soslayando también el trifostio en torno al defenestrado, y uno de ellos le señaló al otro en dirección al Civic, que Falo ya ponía en marcha.

Para ese momento, Monroy había terminado de reconocerlos: eran los dos tíos con pinta de prejubilados de banca que parecían encajar tan bien en el ambiente familiar de La Droguería y que, ahora que los veía fuera de Moya, ya no encajaban tanto.

La cosa se motorizaba. Comprendiendo que no llegarían hasta el coche de Falo antes de que este arrancase, se abalanzaron sobre un cuatro por cuatro, un Land Rover gris que estaba estacionado un par de autos más allá, y Monroy, perro viejo, arrancó, esperó a que el viejo

Honda Civic del Moldura pasara a toda hostia hacia la salida del aparcamiento, y dio marcha atrás hasta situarse de forma que pudiese tomar la misma dirección y, al mismo tiempo, bloquear el paso a los del Rover. Tenía dos opciones: seguir a Falo, que ya había abandonado la urbanización y giraba hacia Juan Carlos I (donde lo perdería si no se daba brillo, porque justo en la calle que iba a dar allí había una rotonda con demasiadas salidas) o intentar entretener a los tipos hasta que Falo se hiciese humo. Eligió la segunda opción. No sabía si fingir una avería o simular un despiste, pero solo tendría unos momentos hasta que le vieran la cara y lo reconociesen, porque igual que él los había visto a ellos en Moya, ellos lo habrían visto a él y también entenderían que su presencia allí no era casual. Por lo pronto, puso los cuatro indicadores. El Land Rover ya estaba detrás de él, pitando. Y, de pronto, la gente del tumulto colaboró inconscientemente con Monroy, porque alguien del centro del corrillo comenzó a gritar a los demás que se apartaran, que no se podía tocar nada hasta que llegara la Policía, y los curiosos recularon invadiendo el parking y justificando la detención de Eladio: quisiese o no, ahora se veía obligado a esperar a que la gente reparara en su presencia y se apartara para dejarlo pasar.

Para cuando le hicieron hueco, Monroy calculó que a Falo le habría dado tiempo de llegar a Cuba y arrancó, sacando un brazo para disculparse con los del Rover, a quienes les cedió el paso unos metros más allá. Como Falo, los tipos tomaron hacia la izquierda, pero, a juzgar por la velocidad que llevaban, ya con pocas esperanzas de alcanzarlo.

Optó por seguirlos: había el suficiente número de carriles y de rotondas en la avenida Juan Carlos I como para que no sospechasen que les iba oliendo el culo. Con dejar un par de coches de distancia, tenía suficiente. En la primera rotonda, volvieron a girar a la izquierda y siguieron avenida arriba. En la siguiente, salieron hacia la derecha, hacia Las Torres, y Monroy dejó algo más de distancia (esa calle no solía tener tanto tráfico) mientras ellos llegaban al cruce con la carretera de El Cardón. Una vez allí, tomaron hacia el polígono Díaz Casanova y él entendió que había tenido suerte: en aquel polígono industrial, entre harineras, talleres, mayoristas de ferretería y tanatorios, una sufrida Renault Express como Naranjito no llamaría la atención. Ante cualquier sospecha de los tipos, solo tenía que elegir un taller mecánico, parar ante él y encargarse de una revisión.

No le hizo falta: el Land Rover se detuvo poco después y él siguió de largo hasta el final de la calle para girar y volver en sentido contrario, más despacio. Para entonces, los tipos ya entraban en una nave pintada de verde y amarillo que lucía un gran cartel en lo alto de la fachada. «Caléndula S. L.», decía el cartel, que lucía en el logo el dibujo de una flor anaranjada.

Monroy siguió calle adelante, pero se detuvo en cuanto pudo para anotar el nombre de la empresa, la calle y el número. Siempre es mejor lápiz chico que memoria grande.

Eladio Monroy volvió a casa no solo con la sensación de que no había solucionado nada, sino de que todo se estaba liando cada vez más. De entrada, había que entender qué carajo había ocurrido en La Pantera Rosa. Al ver salir a Faló, había pensado que era él quien había tirado por la ventana a Tenesor. Sin embargo, cuando lo siguieron los del Land Rover, comprendió que no era así y que, de hecho, él estaba huyendo para no correr la misma suerte que el funcionario. Evidentemente, aquellos dos formaban parte del asunto. Sintió que se mareaba al imaginarlos echando el cuatro por cuatro sobre un motorista en una curva, trucando una bombona de gas, matando a hostias a una anciana y llevándose para la mar fea a su hijo esquizofrénico, pasando una soga de pita por un cáncamo en un patio interior.

Miró las fotos que le había hecho al Land Rover. El cristal trasero estaba tintado, pero en el aparcamiento había visto que quien conducía era el alto, el que llevaba patillas y tenía cabellos rizados que un día habían sido castaños. Volvió a pensar en el momento de La Droguería, cuando los vio ataviados con las rebequitas y los polos que hoy habían cambiado por otra indumentaria más urbana: el de las patillas, por una chaqueta vaquera que le daba un aire de viejo roquero de mercadillo que no le sentaba bien; el otro, el de la barba, por un suéter pegado a un torso más bien fornido. Ahora sabía que se había equivocado en su primera impresión, que eran más vigorosos, más dados a la acción de lo que él había pensado. Ni los vaqueros regulares ni los cabellos entrecanos ni los botines de marca blanca le habían permitido adivinarles el oficio o las mañas. Sus célebres habilidades fisonómicas le habían fallado en esta ocasión. Un nuevo eslabón más en la cadena de equivocaciones, apreciaciones erradas y oportunidades perdidas que venía desplegando por media isla desde el viernes, cuando subió hasta Moya pensando que solamente iba en busca de un amante esquivo.

Tenía que comenzar a dejar de meter la pata. Por el momento, disponía de las fotos. En ellas aparecía el número de matrícula del Land Rover. Procedió a anotarlo en la libreta junto al modelo y el color del vehículo. No le convenía pedirle tantos favores seguidos a Manolo, que, en algún momento, acabaría por mandarlo a la mierda. No, la baza de Manolo y La Asamblea tenía que dejarla, por ahora, para un último remedio, para un no me queda otra. Y también era pronto para pasarle la matrícula a Déniz. Primero debía indagar más a fondo, disponer de algo más que una lista de fatalidades, un difuso nexo común y un embrión de hipótesis. Porque ni para una hipótesis medianamente desarrollada había aún datos suficientes. Así que se centró en Caléndula S. L. Ya había comprobado que la empresa figuraba entre los clientes de CBA. Pero la lista era solo una lista. No proporcionaba más detalles.

Encendió el ordenador y gastó una hora de su vida en averiguar lo posible sobre la empresa, que no fue mucho más que lo que ya sabía. Tenían una página web, pero en construcción desde vaya usted a saber cuándo. Probablemente, en algún momento habían mantenido en las redes sociales perfiles que en la actualidad no existían. En un directorio de empresas, logró ver que había sido fundada en el 2009 y que se dedicaba a la construcción y venta de edificios residenciales y no residenciales. Como actividades complementarias, figuraban la intermediación en el comercio de la madera y materiales de construcción y del comercio de maquinaria, equipo industrial, embarcaciones y aeronaves. Pero no pudo dar con el nombre de ningún propietario ni cosa que se le pareciese.

No le quedaba otra que darle la brasa a Manolo. No lo llamó por teléfono. Le redactó un hermoso correo electrónico pidiéndole datos sobre Caléndula S. L. y, de paso, aprovechó para darle la matrícula del Land Rover, probable vehículo a nombre de la empresa. Así fue como disimuló el nuevo favor como una facilidad para cumplir el favor que le estaba pidiendo.

Después de enviar el *e-mail*, notó el hambre. Se apañó una ensalada con rúcula, tomate y queso tierno. Comió viendo el informativo regional. La defenestración de Tenesor ocupó su ratito de realidad informativa. El joven, que había caído al vacío por causas aún desconocidas desde un séptimo piso en el barrio capitalino de El Pilar, había fallecido sin que los dispositivos de emergencia desplazados al lugar pudiesen hacer nada por salvar su vida. Todavía se investigaban las causas del luctuoso suceso y fuentes de la investigación no descartaban ninguna hipótesis.

De postre, la tele le sirvió a Monroy una comparecencia de Democracia Española Nacional. Qué se le iba a hacer, estábamos en campaña o a puntito. José María Hidalgo de Pablos, Cristina Arvelo Díaz (una rubia elegante que debía de tener estudios, aunque no se le notaba) y, cómo no, Ernesto García Medina se unían a los vecinos y denunciaban un supuesto aumento de la inseguridad ciudadana en el barrio donde había sido instalado un centro de acogida para menores inmigrantes no acompañados. Ellos no los llamaban así. Ellos los llamaban «menas», para marcarlos, para deshumanizarlos, para enmascarar el hecho repugnante de que aquel acto consistía en que un grupo de señoras y señores adultos convocaban a la prensa para difamar a unos niños de cuyas acciones delictivas no había prueba alguna, aprovechando una supuesta «percepción de la inseguridad ciudadana» por parte de los vecinos del barrio. Alguien en la redacción del informativo había hecho su trabajo, porque la reportera aportó a la pieza datos procedentes de la Delegación del Gobierno que indicaban que el número de delitos denunciados en la zona no había aumentado con respecto al año anterior. Eso, por supuesto, se la sudaba al DEN. Ellos habían ido allí para hacer lo suyo: sacarle jugo a la percepción de la inseguridad ciudadana, al miedo de los vecinos. Y este venía a ser el clásico miedo de los vecinos, del de toda la vida, pensó Monroy, miedo a la gente que venía de fuera, a la gente que era más pobre que ellos, que tenía costumbres diferentes a las suyas y hablaba lenguas que ellos no se habían molestado en aprender. Aprovechar ese miedo era la especialidad de partidos como el DEN, que en Canarias (sin movimientos de autodeterminación fuertes, con un activismo social más bien pacífico y con una tauromaquia que se la sudaba a todo el mundo) no tenían más caladero de votos que ese: la inmigración y los miedos vinculados al etnocentrismo, a la aporofobia, a la

ignorancia.

Apagó el cacharro antes de que se le indigestara del todo el almuerzo. Se tomó un cortado, fumó un cigarrillo y habló por teléfono con Gloria, que había comido también sola y estaba a punto de echarse una siesta. Ella le preguntó si quería subir a acompañarla y él contestó que, como querer, quería, pero estaba pendiente de una historia.

—¿Tiene que ver con lo de este muchacho de Moya?

—Sí.

—¿Ya sabes algo en firme?

—No. Por eso me toca estar pendiente.

Gloria le dijo que estaba bien, que ya le contaría, que se iba a acostar un rato. Cuando ella cortó, a Monroy se le ocurrió que, ya que tenía que esperar por Manolo, podría haber subido y estar un rato con ella. Pero también pensó que, entretanto Manolo le respondía, tenía que aprovechar el tiempo. Por ejemplo, intentando hacer un poco de trabajo de campo en el polígono Díaz Casanova. Ahí se le presentaba un inconveniente: los tipos ya conocían a Naranjito, así que necesitaba otro vehículo. Eran las tres y media de la tarde. En media hora, el Chapi volvería al taller.

Talleres Betancor (chapa, pintura y automoción) había establecido en los últimos años un horario estable: de ocho a dos y de cuatro a seis. Antes de que Dudú comenzara a trabajar con él, Bonifacio Betancor, alias *el Chapi*, llegaba al taller a la hora que le daba la gana, cerraba cuando no le apetecía trabajar más y se ausentaba cuando le salía de los cojones. Pero la presencia del senegalés, a cambio de añadir la mecánica a los servicios que proporcionaban, había aportado a la empresa una seriedad que, aunque al dueño le molestara reconocerlo, la había beneficiado.

Monroy entró en el taller seguido por Mecánico, que salió a recibirlo y lo acompañó hasta el cubículo que hacía las veces de oficina con los ladridos de siempre, meneando el rabo pero alejándose cada vez que él hacía amago de agacharse para acariciarlo. Después de tanto tiempo, el pequinés viejo y jediondo seguía sin dejarse tocar por nadie que no fuera el Chapi (que lo había recogido) o Casimiro (que le daba cerveza). El Chapi estaba recién llegado, con el mono ya puesto pero sentado al escritorio, fumándose el porrito de después de comer, porque hay cosas que no cambian.

—Coño, Eladio, ¿te perdiste? Llevo como una semana sin verte.

—Estoy liado con una movida.

El Chapi asintió. Iba a decir algo, pero en ese momento estaba reteniendo el humo y una tos lo interrumpió. Cuando recuperó el aliento, dijo:

—Me llamó Déniz esta mañana.

—Por lo de la partida —supuso Monroy, sentándose a medias en el filo de la mesa.

—Pero yo no puedo.

—¿Y eso?

—Es el cumpleaños de Carmela. Le tenía prometido invitarla a cenar en el japonés.

—Ah, carajo. Dale las felicidades.

—De tus partes.

—Pues el Déniz estará calentito —dijo Eladio.

El Chapi le dio una última calada al canuto y lo dejó en el cenicero para dejarlo morir. Sabía que Eladio no fumaba chocolate desde hacía siglos. Al ponerse en pie, tenía una sonrisa maligna en el semblante:

—Tú tranquilo, que le conseguí un sustituto.

Señaló a la puerta del taller, donde Mecánico le hacía ahora el recibimiento a Dudú. Monroy miró al mecánico, quien, con Mecánico a la zaga, atravesaba el recinto hacia el pañol de herramientas, y comprendió con asombro.

—No me jodas. ¿Dudú juega al envite?

—Pregúntale a Casimiro y a Juan el del Pescao, que los tenemos desperriados.

Monroy pensó en los habituales de la partida de Déniz: un inspector retirado, un par de militares en la reserva y el Tíbur, mayorista de materiales de construcción, sin uniforme pero más derecho que todos los demás juntos. A Monroy le hizo gracia pensar que al Tíbur no le haría ninguna que Dudú jugase a la baraja con ellos. Pero como sería Déniz, el comisario Déniz, quien lo llevara a la partida, tendría que joderse.

—Se van a llevar una sorpresa cuando lo vean llegar —dijo.

El Chapi lo miró de reajo, cortón.

—La sorpresa se la van a llevar cuando los deje sin un duro.

Compartieron una carcajada. Dudú los oyó y vino a saludar.

—¡Eladio! ¿Cómo está, hermano? Quedé con Deni para jugá hoy con lo amigo.

—De eso estábamos hablando. Mira, en la partida hay uno que se llama Tiburcio, que le dicen el Tíbur. Ten cuidado, que ese es un facha de cojones.

—Vale —dijo Dudú, curado de espantos.

—Y una ayudita: este, cuando tiene mala mano, se muerde la punta de la lengua. Y si arruga la frente como si le doliera el estómago, es que tiene los triunfos. Lleva años igual y no cambia, el gilipollas.

Dudú le guiñó un ojo y le dio una palmadita en el hombro como agradecimiento por la información antes de volverse al pañol. En cuanto se hubo marchado, el Chapi se dirigió a Monroy:

—Bueno, suelta la gallina. ¿Para qué viniste? ¿Algún problema con la furgona?

—Veintisiete, pero hasta que no tenga que pasar la ITV vamos escapando. No, vine porque necesito locomoción. Que no sea la furgona.

—¿Y eso?

—Está demasiado vista en ciertos ambientes.

—¿Una movida de las tuyas?

Monroy dijo que sí con la cabeza y el Chapi no necesitó más. Sacó unas llaves del cajón del escritorio y lo hizo acompañarlo hasta la puerta de la calle. Le señaló un utilitario aparcado en la acera de enfrente. Era rojo, pequeño y tendría unos diez años. En todo caso, era más moderno que los cacharros que el Chapi solía comprar y vender.

—Un Toyota Auris. ¿Te valdrá?

—Me viene perfecto.

—De paso lo pruebas. A ver si te gusta y jubilas la carroza esa tuya de una puta vez.

—La carroza esa mía me la vendiste tú.

—Sí, pero cuando Franco era corneta. Que tienes una manía de aferrarte a lo rancio...

—Por eso soy todavía amigo tuyo.

—Tú sigue así, que todavía te cobro por prestarte el coche.

Acostumbrado a la fiable austeridad de Naranjito, le costó un rato cogerle el tranquilo al tablero del Auris. Sin embargo, el coche le proporcionaba el anonimato necesario para volver directamente a Las Torres y apostarse a cuarenta o cincuenta metros del edificio de Caléndula. Aunque el Land Rover ya no estaba allí y el edificio parecía cerrado y vacío, decidió esperar un rato, a ver qué pasaba. En la calle, sin embargo, aparcaban y salían coches constantemente, ocupados por gente con cara de circunstancias que había venido al tanatorio cercano. Nada como los rituales de la muerte para animar una calle anónima. Su plan era aguardar hasta el anochecer. Si para entonces seguía sin haber movimiento en Caléndula, se volvería a casa.

No tuvo que esperar tanto. Hacia las seis, se abrió la puerta del edificio y salió un individuo bajito vestido con pantalones beis y un pulóver color vino. No pudo verle la cara, pero era casi completamente calvo, salvo por un casquete de cabello negro que le recorría los temporales y el occipital y llevaba cortado al dos. Monroy se afeitaba la cabeza desde hacía veinte años precisamente para no tener ese aspecto. El tipo debía de ser el último que quedaba en el negocio, porque salió y cerró a toda hostia, cosa típica de quien acaba de conectar la alarma y siente que tiene el tiempo justo antes de que salte. Luego, más tranquilo, se entretuvo en pasar la llave y comprobar que todo quedaba bien trancado: vistazo a la puerta de cochera, vistazo a la fachada para asegurarse de que no hay ventana abierta ni luz encendida. Mientras hacía todo esto, Monroy se fijó en que el calvo era de los que usan mariconera de las de imitación piel que se llevan contra el antebrazo. Desde donde estaba no podía verlo, pero estaba seguro de que el tipo calzaría mocasines. Era lo que le pegaba.

Cuando se quedó conforme, el hombre anduvo unos metros y se introdujo en un coche que estaba pintado, curiosamente, del mismo tono de rojo que el Auris. No obstante, era un Volvo C30. Un Volvo pequeño, pero un Volvo.

Eladio Monroy supuso que los del Land Rover ya no regresarían. Seguir al calvo no le pareció mala idea.

\* \* \*

Como llevaba en danza desde el amanecer, temió que el tipo fuera lejos y lo tuviese hasta las tantas siguiéndolo de un lado a otro. Pero no: veinte minutos más tarde, el calvo y su Volvo se internaron en el laberinto de calles de Ciudad Jardín y acabaron entrando en el garaje de un chalé de la calle Lord Byron. Curiosamente, no estaba a más de unas cuantas manzanas de donde CBA

había tenido instalada su oficina. Como había poco tráfico, Monroy no necesitó aparcar para observar la fachada. Tras la tapia de un par de metros y un jardincito delantero, contempló uno de esos viejos casoplones de dos plantas remozado por una nueva generación de dueños de casoplones. El resultado era una rara mezcla entre la arquitectura modernista y colonial típica del Barrio Inglés y un funcionalismo setentero con nostalgias de Bauhaus, un hipogrifo arquitectónico nacido del matrimonio entre el dinero y el mal gusto. Pero cada uno, en su casa, hace lo que quiere. Al llegar el calvo no se veía luz en ninguna de las ventanas, aunque no se podía descartar que estuvieran encendidas las que daban a la parte de atrás ni, por tanto, que el calvo fuera un tipo con familia.

Había hueco para aparcar. Eladio Monroy habría podido quedarse allí enfrente, hacer guardia ante el hipogrifo, como la había hecho ante Caléndula, para ver qué pasaba. O, si quería tirar por la tangente, meterse en la casa, tener cinco minutos a solas con el calvo y que lo pusiese al día. O, incluso, esperar con él por si venían el de las patillas y el otro. Pero aquel era un barrio respetable, era improbable que los tipos del Land Rover viniesen a ver al calvo. Ese tipo de reuniones son más propias de los polígonos industriales y su anonimato vulgar. Y él no estaba por hacer el esfuerzo de sacarle información a hostias a nadie, al menos por ese día. Empezaba a no poder con su alma, a necesitar una ducha y un cortadito. Volvería mañana, si no surgía algo nuevo.

Después de ducharse, se tomó el cortado en el sofá, fumando, despatarrado dentro de su viejo albornoz. Se contuvo ante la idea de poner música o encender la tele. Ni siquiera prendió la lámpara. Prefirió el silencio, la última luz del día colándose a través de las cortinas junto con los ruidos difusos de la ciudad que se adentraba en la noche. Y ese cuartito de hora le vino bien. Desde el viernes, había seguido a dos hombres que ahora estaban oscuramente muertos, había descubierto que las muertes de otras personas tampoco estaban claras y era probable que, de continuar así, un viejo amigo acabara igual. Pero Falo el Moldura estaba sobre aviso. No se dejaría sorprender como los demás. Él no era un chupatintas, sino un tipo de los que saben cuidarse.

Volvió a preguntarse por enésima vez qué relación tenía Falo con CBA. Él no formaba parte de la plantilla de la consultoría. Aunque lo hubieran llamado para hacer una reparación, nadie intima tanto con su escayolista. Tampoco imaginaba a Iriarte Santana Trabajos de Escayola (que tenía su sede social en la propia casa de Falo) contando con los servicios de Carlos Barrientos Álamo. De hecho, no figuraba en la lista de sus clientes.

No. El vínculo entre Falo y todo aquello debía de tener que ver con su segunda (en realidad, primera) actividad, sus trapicheos desde hacía años y a varios niveles.

Monroy no sabía mucho de sus últimos tiempos, pero cuando paraban juntos, Falo distribuía mercancía suministrada por los que él denominaba «sus contactos», peña de fuera de la que nunca había contado mucho más, ni siquiera a Monroy y al Chapi, que solían salir de marcha con él. Y le constaba que, aunque él, en persona, únicamente servía a clientela muy determinada, gente conocida y reservada, tenía a cuatro o cinco pibes despachando en los garitos donde se movía personal más joven. Y que alguna vez se implicaba en pequeñas operaciones de importación. En todo caso, no era un poderoso. Era uno más de la cadena. Un tipo que había descubierto que mover polvo proporcionaba dinero rápido y más o menos fácil si sabes ser discreto, si no eres demasiado ambicioso y, sobre todo, si tú mismo evitas consumir. Así mismo se lo había contado a Monroy en alguna ocasión. Él no quería ser el más rico del cementerio, sino pagar las facturas, pasarle la pensión a su ex y que a sus chiquillos no les faltara de nada. Y, si podía ser, tener un dinerillo ahorrado para cuando le tocara jubilarse. Porque en lo suyo, en la escayola, la cosa estaba tan cruda como lo estaba en casi todo por aquella época.

Así que, si no era ni trabajador ni cliente de CBA, solo se le ocurrían un par de posibilidades para relacionarlo con aquello. La primera, que en algún momento de sus vidas, Diego Miranda (administrativo de clase media, alumno del colegio La Salle y moyense adoptado de pro) y

Rafael Iriarte Santana (alias *Falo el Moldura*, hijo bastardo del barrio de Guanarteme, escayolista, borrachín y camello), se hubiesen rozado hasta desarrollar una íntima amistad. La segunda, que fuese Carlos Barrientos Álamo quien fuese cliente de Falo, y no al contrario. Esta le pareció plausible: por lo que sabía de Barrientos, encajaba en el perfil de los clientes VIP de Falo, los nuevos o viejos ricos a los que servía mandanga para sus fiestas de fin de semana.

No obstante, fuera cual fuese el vínculo, era el propio Falo quien mejor y más rápidamente podía aclarárselo. Cogió el móvil y volvió a enviarle un mensaje. Repitió el texto de la nota que le había pasado bajo la puerta, añadiendo: «Estoy a punto de llamar a la madera». Esto último no era del todo mentira y, se le ocurrió, podía ser que lo inquietase lo suficiente como para responder de una puta vez.

Con el envío del mensaje había dado fin, casi sin percatarse, a su cuartito de hora de reflexión. Encendió la luz, cambió el albornoz por las bermudas y la camiseta de andar por casa y se fue al ordenador. Nada más entrar en su cuenta de correo, se encontró con un *e-mail* de Manolo. Lo de la matrícula estaba pendiente, pero le adjuntaba un dossier sobre Caléndula. Monroy lo imprimió para leerlo con detenimiento.

Efectivamente, Caléndula era una sociedad limitada, con sede en Gran Canaria y domicilio social en la dirección de Díaz Casanova que ya Monroy había visitado. Había sido fundada en el 2009 con un capital inicial de doscientos mil euros por dos socios con aportaciones iguales y beneficiarios al cincuenta por ciento. Uno de los socios, administrador principal, era un tal Jorge Alberto Mesa Ferrer. Ese podía ser el calvo de Ciudad Jardín, porque él conocía el rostro del otro. Al leer su nombre, comenzó a entenderlo todo. O, más bien, definitivamente, a no entender nada.

Iban a dar las nueve de la noche. Como le conocía los horarios a Gloria, le dio un telefonazo para decirle que tampoco contara con él para la cena. Le explicó por encima que la cosa de amores era, en realidad, al parecer, una cosa de negocios y tenía que imponerse en la información sobre una empresa. Por supuesto, no le contó lo de La Pantera Rosa: en ese momento no le interesaba tener a Gloria preocupada y, por lo demás, él no corría peligro, porque los tipos no parecían haberse percatado de su presencia.

—Entonces, ¿nos vemos mañana?

—En principio sí, si acabo con esto hoy.

—Está bien. Cuelga y ponte a hacer los deberes. Pero mañana almuerzo en tu casa.

Monroy se preguntó si al día siguiente estaría como para pensar en qué cocinar. Así que le dijo:

—No. Te invito a comer por fuera.

—Míralo a él, qué generoso.

—Te paso a buscar por la librería. Piensa adónde quieres ir.

—Me lo pensaré.

Se levantó del escritorio y se fue al salón. Encendió un cigarrillo y abandonó el paquete y el mechero sobre la mesa del comedor. Consultó los mensajes en su móvil. No había noticia de Falo. Pensó que Déniz estaría a punto de llegar a la partida. Podía llamarlo y contarle lo que sabía por el momento. Por poco que fuera, él, al menos, había sido testigo presencial de la muerte de Tenesor Quesada. O casi presencial. Pero, en realidad, seguía teniendo poco que darle. Hizo un trato consigo mismo: lo intentaría por última vez con Falo, y si no obtenía resultados, llamaría a Déniz y lo dejaría en sus manos. Sí, eso haría: le daría a Falo una última oportunidad de explicarse y, después, lo pondría todo en manos de la Policía, que para eso cobraba.

Seleccionó en la agenda el teléfono de Falo, marcó y quedó a la espera. Durante unos segundos, no ocurrió nada. Luego, el móvil de Falo comenzó a dar señal y, un instante después, sonó un politono que reproducía la melodía de «La cucaracha». Pero no al otro lado de la línea, sino al otro lado de la puerta. Ahí mismo. En el descansillo de la escalera.

Al abrir, se encontró con que Falo el Moldura seguía con el móvil en la mano izquierda, indeciso entre contestar a la llamada o tocar al timbre, que era lo que, por lo visto, se disponía a hacer cuando el cacharro comenzó a sonar.

Monroy cortó y ambos se quedaron allí clavados, móvil en mano, mirándose sin saber qué haría el otro a continuación. El Moldura parecía preguntarse si se había equivocado al venir. Se le adivinaba en la mirada, en el modo en que continuaba sin guardarse el teléfono ni sacar la otra mano del bolsillo de la chamarra de falso cuero marrón. La llevaba abierta sobre una camiseta amarilla. De momento, no quiso saber lo que Falo aferraba en la mano que mantenía en el bolsillo, pero le adivinó la suspicacia y la duda y, por un instante, temió que se diese media vuelta y huyese escaleras abajo. Sin embargo, si desconfiaba de él, ¿por qué había venido? De pronto, lo entendió: Falo debía de haber supuesto, con toda lógica, que si Monroy iba a por él, no intentaría finiquitarlo en su propia casa. Habría sido muy inteligente por su parte, si hubiese estado en lo cierto.

El final de aquel instante de desconfianza y estudio mutuo llegó cuando Eladio Monroy se hizo a un lado y le franqueó el paso. Sin que se lo indicara, Falo entró y se sentó a la mesa del comedor. Se apretó un poco más la mano contra el costado.

—¿Me viste? —preguntó Eladio.

El Moldura dijo que sí con la cabeza, y dijo:

—Pensé que estabas mezclado con esa gente. Bueno, «pensé» no: todavía no estoy seguro de que no lo estés.

—No estoy mezclado con ellos. No sé ni quiénes son. Por eso te estaba buscando.

—¿Para qué?

—Para enterarme.

Falo no dijo nada más. Se quedó mirando la superficie de la mesa. Parecía querer confiar en él, pero no tenerlas todas consigo.

—¿Dónde estuviste todo el día?

—Por ahí. Dando vueltas.

Debía de ser verdad. La camiseta, la chaqueta, el pantalón de faena gris, eran los mismos que llevaba por la mañana. Estaba pálido, casi del color de la camiseta, y más despeinado que nunca. Su rostro alargado de roedor no había visto una cuchilla de afeitar desde hacía cuatro o cinco días y sus ojeras parecían tener la misma edad que la barba color cucaracha que le había ido creciendo como el moho.

Monroy fue a la cocina y volvió con dos vasos y una botella de ron Aldea. Sin preguntar, sirvió dos lingotazos. Falo cogió su vaso con la mano izquierda y se lo vació en el gaznate de un trago. Para hacerlo se había girado un poco y su frente se arrugó en un gesto que era de dolor. Comprendió que no iba armado, que si no podía ver su mano derecha era por otra cosa.

—¿Es mucho? —le preguntó, señalándole el bolsillo.

—No se me va a salir la vida por ahí.

—¿Cuchillo?

—Puerta. Me majé con el fechillo, porfiando con aquellos dos.

—¿Y eso?

—Yo quería cerrar, ellos querían abrir y, en una de esas, me quisieron dar el gusto y le dieron una patada a la puerta. Pero, ya ves, al final se jodieron, porque con el esperrido que di se pensaron que me iba a quedar allí lloriqueando y yo aproveché para hacerme brujo por las escaleras. Si no es por eso, no les cojo ventaja.

Monroy asintió.

—A ver cómo está.

El Moldura le mostró la mano. Los tres primeros dedos estaban muy hinchados a la altura de la segunda falange. Ninguno parecía roto, pero el índice estaba tronchado.

—Ese lo tienes todo desconchabado. Vamos para el baño, a ver si te podemos hacer un remiendo.

Ante el lavamanos, se las arregló para hacerle una cura casi decente, usando pomadas para molestias musculares, gasas y una venda elástica que en su momento lo había acompañado durante una luxación. Costó enderezarle el índice y, durante el proceso, Falo se cagó en los muertos más frescos de Monroy, pero al final, unidos al meñique, los dedos quedaron entablillados y más o menos rectos en un vendaje anclado con un par de vueltas a la muñeca. El resultado era aparatoso, pero hasta que fuera a urgencias, cosa que Monroy le aconsejó hacer en cuanto pudiera, mantendría la mano inmovilizada.

De vuelta al salón, improvisaron un cabestrillo con una vieja bufanda roja. Monroy se rio del efecto que hacía sobre la camisa amarilla.

—Mira, ya eres de los de la banderita.

Falo volvió a sentarse y Monroy se fue a poner un poco de orden en el baño. Regresó con la chamarra de Falo, que se había quedado allí tirada, y la colgó del respaldo de una de las sillas. Permaneció en pie, mirando al Moldura, que fumaba en silencio, encogido de hombros. Se había servido otro ron, pero este lo sorbía a buchitos.

—Bueno, ¿me vas a contar de qué va todo esto? —le preguntó Monroy.

—Como si te lo tuviera que explicar. —Falo había acompañado la afirmación con una mirada de reojo que luego fue a perderse a la pared contraria—. Tú dirás lo que quieras, pero de alguna manera tienes que estar en el ajo. A lo mejor lo que quieres ahora mismo es enterarte de cuánto sé yo.

—Chacho, ya te lo dije: con esa gente, yo no tengo nada que ver.

—Pues Diego me avisó el viernes de que un tipo...

—De que un tipo igualito a mí lo estaba siguiendo —lo apostrofó Monroy.

—Pues sí. Y justo un ratito antes de que aparecieras tú por El Pejín, después de un fleje de años, preguntándome si conocía a alguien en Moya.

—Todo eso es verdad: lo estaba siguiendo. Pero no por lo que tú te piensas. —De pronto, Monroy recordó el encuentro—: Espera, ahora entiendo tanto abracito el otro día. Me estabas cacheando, ¿no?

—Ya te digo —reconoció Falo, desdeñoso—. No te voy a dar la espalda ni de coña. Así que no me vengas a vender motos de gasoil con las ruedas cuadradas.

Monroy comprendía que no se fiara de él. Pero también adivinó que, en el fondo, quería hacerlo. Que necesitaba confiar en él, porque quizá no le quedase nadie más en quien hacerlo.

—Vamos a hacer una cosa —dijo—: yo te cuento lo que sé y tú me orientas con lo que no sé. ¿De acuerdo?

—No sé. A ver si me convences.

—Vale. Diego Miranda estaba saliendo con una piba. Sonsoles, se llama.

Un gesto de alarma cruzó el rostro de Falo.

—Ella no sabe nada, Eladio.

—Cojones, claro que no. Si hubiera sabido algo, yo no estaría metido en esta mierda. ¿Tú sabes de quién es hija esta muchacha? De Paco Nieves, el ferretero. Amigo mío de toda la vida. La cosa es que la piba se quedó jodida cuando Diego le dio la patada de repente.

—Lo hizo para protegerla.

—Ya lo sé. Pero el jueves pasado no lo sabía. El jueves pasado, para mí, Miranda no era más que un tío que podía tener otra piba o podía tener miedo al compromiso o que, yo qué sé, le había dado el pronto de llevar tacones y llamarse Melany. Total, que Sonsoles me pidió el favor y yo me puse a echar un vistazo y resultó que ustedes eran amiguitos en las redes.

—¿Y por qué no me llamaste para preguntar?

—Por gandul, supongo. Y porque, al fin y al cabo, era en las redes. Las redes no son el mundo.

Falo concedió con un asentimiento y Eladio Monroy entendió que podía proseguir:

—Subí a Moya para echar un vistazo y este hombre estaba en una cafetería, de merienda con los amigos. Por cierto, estos dos de esta mañana también estaban allí, en el local, pero pensé que eran dos del pueblo, no sospeché nada. Y, por lo visto, Diego tampoco. A mí sí me fichó. Se dio cuenta de que lo estaba vigilando y tuvimos unas palabras. Él se pensó que yo venía de parte de quien carajo sea que haya mandado a esa gente.

—¿Y tú por qué no lo sacaste del error?

Como Monroy se había hecho esa misma pregunta desde el sábado, tenía una respuesta en la punta de la lengua:

—Porque soy gilipollas, ¿vale? Pensé que si la cosa no era sentimental, no tenía derecho a meterme.

—Hombre, te viniste para El Pejín y me buscaste, así que, meterte, te metiste —lo reconvinó el Moldura.

—Pero solo la puntita. Tenía curiosidad por ver de qué lo conocías tú.

—¿De qué iba a ser? De las redes —ironizó Falo.

—Bueno, la cosa es que, después de vernos, decidí dejarlo estar. Lo que no esperaba era lo del suicidio.

El escayolista dio un bufido:

—¿Suicidio? No me jodas.

—Ahora estoy seguro de que no. Pero yo, en ese momento, pensaba que era un suicidio. Y me sentía culpable. Por eso me metí a golijinear.

La botella de ron estaba casi por la mitad. Monroy era de medidas exactas, así que eliminó el «casi» sirviéndose un lingotazo, mientras le explicaba que había ido con Sonsoles a casa de Diego, que había visto las llamadas que se habían hecho y había comenzado a amarrar unos cuantos cabos. También sabía que la cosa tenía que ver con CBA y con la costumbre de morirse de mala manera que habían cogido los empleados de la consultoría. Y eso quería decir que sabía algo tan gordo como para que alguien estuviese dispuesto a pasarse por la piedra a media isla para taparlo.

—Como no daba contigo —concluyó—, hoy me puse a seguir a Tenedor. Y aquí estamos. Pero hay algo que tengo claro: a Tenedor no lo estaban siguiendo, porque yo me habría dado cuenta. Los tipos ya estaban allí, contigo. Y ahora te va tocando a ti el turno de empezar a explicarte. ¿Te siguieron hasta allí?

—No. Yo llevaba metido en La Pantera Rosa desde el sábado. Cuando me enteré de lo de Diego, hablé con Tene y él me dijo que lo mejor era que me fuera para allá. Es un piso de la familia de él.

—La casa de los padres.

—Eso. Me dio las llaves y me dijo que me fuera para allá, que por allí no iba nadie nunca.

—¿Cuál era el plan?

—Salvar el culo. No había más plan que ese.

—Y, entonces, ¿por qué Tenedor durmió en la casa, en Divina Pastora? ¿Por qué no se piró contigo a La Pantera Rosa?

Falo se encogió de hombros.

—Él tenía que encargarse de otras movidas. Y no pensábamos que fueran a por él. Yo qué sé, tú mismo lo acabas de decir: a él no lo estaban siguiendo. Estos dos se plantaron allí a media mañana y se quedaron a esperarlo.

—Y tú te quedaste tranquilito con ellos, ¿no?

—Esa peña tira de cacharra, Eladio. No me tuvieron ni que dar una hostia para que me quedara quieto. En todo caso, lo que querían saber no lo sabía yo, sino Tene. Así que les tocaba esperar por él. Cuando llegó y empezó el baile, aproveché para salir por patas.

—¿Y qué era lo que querían saber?

Después de preguntarle esto, Monroy le sirvió un ron. Falo el Moldura no contestó. Observó el líquido color miel y nuevamente miró atravesado a Eladio:

—Tene murió para no decirlo. ¿Tú te crees que te lo voy a decir a ti por un ron?

Monroy suspiró. Se puso en pie y fue al escritorio. Volvió con unos papeles y se los puso delante.

—Lo que sí está claro es que todo esto tiene que ver con Caléndula.

Falo miró los papeles, el nombre de Jorge Mesa y el suyo propio, junto con los datos de la empresa.

—Esta mañana los tipos iban a ir detrás de ti, pero me los arreglé para retrasarlos. Después los seguí yo a ellos. Y fueron a la empresa, ahí, en Las Torres. ¿No será que son empleados tuyos y que eres tú el que me está vacilando a mí?

Monroy sabía que eso no era cierto, que no podía serlo. Sin embargo, era una buena manera de hacer hablar a Falo.

—Claro, y por eso llevo desde el sábado sin aparecer por mi casa, ¿no?

—Mira, no lo sé. Pero tú sabes más de lo que me estás contando y yo ya empiezo a estar un poco hasta los cojones. Ya te dije todo lo que sé. Ahora te toca a ti.

—Esto es más complicado de lo que tú te crees, Eladio.

—¿Por qué no empiezas por el principio?

Falo se quedó mirando al vacío. ¿Dónde estaba el principio de todo aquello? Ahora que Monroy se lo preguntaba directamente, él no sabía por dónde comenzar a contar, porque hay cosas que empiezan a ocurrir mucho antes de que uno sepa que están ocurriendo. Como el cáncer, como las epidemias, empiezan a desarrollarse y a crecer y, cuando uno es consciente de su existencia, ya es demasiado tarde. Monroy aguardaba, y a él le había llegado el momento de hacer el esfuerzo y buscar el embrión, la semilla de todo aquel trifostio, los polvos de los que habían venido esos lodos. Los polvos. Qué casualidad. Los polvos de aquellos lodos eran polvos de verdad.

—Coca.

—Cómo no —dijo Monroy.

## **UNA COSA DE NARCOS**

—Fue más o menos cuando tú y yo dejamos de parar juntos. Durante una época, me metí en bisnes un poquito más ambiciosos. Viajes más o menos grandes en contenedores preñaos. Con el Turco. ¿Te suena?

A Monroy no le sonaba. Falo lo ilustró. El Turco no era turco. Le decían así vaya usted a saber por qué. Falo no llegó a verlo en persona más que un par de veces. Él trataba con uno de aquí al que le decían Larry. El Turco era uno de Barcelona que traía a España viajes directamente desde Colombia, primero, y desde México, después, y tenía enlaces para distribuir por todo el país. Desde la fuente hasta el menudeo, lo controlaba todo. Lo que se dice un poderoso.

—El cotarro estaba muy bien montado y le funcionó mogollón de tiempo sin problema. Aquí, aparte del Larry, que le hacía de recaudador, tenía tres o cuatro socios para distribuir. Durante un tiempo, yo fui uno. Hasta que me di cuenta de que todo eso era demasiado grande para mí. Así que recogí las capas, di las gracias y me salí de la movida. Todo de buen rollo, ¿eh? Adiós muy buenas, que te vaya bonito y tan amigo todo el mundo. Con el Turco, si te habías portado bien y las cuentas estaban a pie, se podía tratar sin historias raras. Un caballero. Pero me estoy adelantando. Lo que te quería decir es que mientras curré con el Turco, manejé pastizales.

—Y de ahí sacaste tu parte del capital inicial para meterte en Caléndula —supuso Monroy—. Cien mil.

—Eres bobo de cagarte encima —le dijo Talo—. El dinero era todo mío. Los doscientos palos. Jorge Mesa no puso un duro. Estaba ahí para lo que estaba. Sí, familia rica de las de toda la vida, pero en ese momento ni él ni los socios suyos tenían dónde caerse muertos. Por lo visto se habían arruinado con una constructora que tenían antes y estaban de deudas hasta el ombligo. Y yo, ya te digo, manejaba pastizales de verdad, cantidades que tú no te las imaginas encima de esta mesa. Pero era mucho para blanquear con la escayola. Por mucha escayola que movieras. Así que Larry me mandó a Barrientos. Él estaba acostumbrado a montar chanchullos de esos.

—Y Barrientos te puso en contacto con Jorge Mesa. Que, por cierto, es uno calvo de Ciudad Jardín, ¿verdad?

—Eso es. Ya veo que algunos de los deberes sí los hiciste —bromeó Falo.

—Luego me vuelves a hacer el test de inteligencia —le devolvió la coña Monroy.

—Si te portas bien. Bueno, pues el Jorge Mesa y los socios estaban arruinados y necesitaban capital para empezar con esta empresa que, de paso, les iba a servir para sanear la otra.

—Vale —lo interrumpió Monroy—. A Barrientos te lo presentó el Larry este. Pero a Diego Miranda, ¿de qué lo conocías?

—Diego era primo mío.

—No me jodas.

—¿Qué? La isla no es tan grande. La madre de Diego es prima de mi madre. Nos conocíamos desde chicos, pero llevábamos años sin vernos. Me lo encontré allí, en La consultoría, cuando fui a arreglar los papeles, y retomamos la relación. Nos empezamos a ver de vez en cuando para echar un pizco o ir al baloncesto.

Mientras hablaba de Diego, a Falo se le fue enturbiando el semblante. Hizo una pausa para apurar el vaso y Monroy, adelantándose a sus intenciones, le sirvió otro buche. Sin embargo, el Moldura no se lo bebió inmediatamente. Necesitaba su única mano útil para sacar un cigarrillo del paquete y encenderlo. También en esto lo ayudó Monroy, que lo vio exhalar la primera bocanada de humo preguntándose hasta dónde le contaría.

—Diego era un cacho de pan, Eladio —prosiguió Falo—. Desde chiquitito, un pibe bueno. Noblote. Y los demás de la consultoría serían mejores o peores, pero también eran gente honrada. Ninguno estaba en el ajo.

—Se lo contaste —adivinó Monroy.

—Al final sí. Antes de salirme de lo de Caléndula, se lo dije a Diego. Cuando vi que aquello era muy grande para mí, y encima me fui dando cuenta de que los socios que me había buscado Barrientos eran una puta basura, igual que él, me pareció de justicia contárselo a Diego, antes de cerrar el chiringuito.

—Y él se lo dijo a los demás.

—O se lo confirmó. Porque algo se andaban oliendo.

—Y se fueron mandando a mudar.

—Sí, fue más o menos así.

Monroy llevaba un buen rato pellizcándose el mentón mientras el Moldura hablaba, anotando mentalmente lo que él le decía, uniendo los puntos con líneas imaginarias para intentar hacerse un dibujo.

—Así que el Jorge Mesa este o los socios de él no jugaron limpio después de que tú te piraras de Caléndula. Alguien se quedó con el dinero de alguien y el Turco mandó a un par de matones para arreglar cuentas, ¿no?

Falo escuchó todo esto con el asombro con que un astrofísico habría asistido al discurso de un terraplanista.

—Lo dicho, de cagarte encima —le soltó en cuanto paró de hablar—. Para empezar: la gente del Turco ya no está en activo. Los trincó la madera un par de años después de aquella historia. Fue allá por el 2013, en una macrooperación de esas. Supongo que la competencia dio el chivatazo. No sé cómo fue la cosa exactamente, pero gente de la del Turco de aquí acabó mal. ¿Te acuerdas de un tipo de una tienda de ropa que se lo encontraron muerto ahí arriba, en Schamann?

Monroy recordaba vagamente la noticia, de hacía siete u ocho años. Un minorista de confecciones al que habían torturado antes de cargárselo en la trastienda. Se había hablado en su momento de crimen organizado, de ajustes de cuentas.

—Ese era uno que le decían Junior. El socio que se buscaron aquí cuando yo pasé del asunto.

Ya te digo que no sé bien cómo fue, pero, cuando me enteré, me alegré de haberme salido a tiempo, qué quieres que te diga. Yo no te voy a decir a ti que no siga metido en movidas. Claro que sí. Pero no tan grandes. Son bisnes más discretos, con gente conocida y de confianza. Vaya, para no cansarte: esto no lo está haciendo la gente del Turco. Esos ahora mismo están muertos o en el talego o fuera de la circulación.

—De acuerdo. No son los narcos. ¿Y entonces?

Falo se limitó a devolverle los papeles. Monroy comprendió. O creyó comprender.

—Vale, el calvo de Ciudad Jardín. ¿Y por qué ahora?

A Falo el Moldura se le escapó una risa nerviosa:

—Los divorcios son muy malos.

Monroy volvió a no entender nada. Falo se lo adivinó en el rostro. Tendría que seguir iluminándolo:

—Al principio, Diego y yo no lo entendimos. Él me llamó pensando lo mismo que acabas de pensar tú. Y yo le conté lo que te acabo de contar. En fin: no sabíamos una mierda, pero alguien le estaba dando finiquito a toda la plantilla. Hablamos con Tene, que era el que quedaba de la consultoría, y él nos contó de qué iba todo: Nuria, la mujer de Jorge Mesa. Lo dejó y se enamoró de otro. —A Monroy le extrañó esa expresión de labios de Falo el Moldura, a quien consideraba poco dado a romanticismos. Sin embargo, no quiso interrumpirlo, ahora que parecía estar llegando a algún lado, dándole más puntos para unir—. Y ese otro era Tene. Nos lo dijo así, como una canción de Dyango. Diego ya sabía que andaban juntos, pero no lo había relacionado con eso.

—O sea, que el pobre este de esta mañana ¿se jincaba a la mujer del calvo?

El semblante de Falo se convirtió en una sonrisilla maliciosa.

—La isla no es tan grande, ya te lo dije.

Falo paró de hablar y arrugó la frente. Monroy, al principio, pensó que el dolor de los dedos le había dado un latigazo; luego comprendió que había sido la reacción a un reflujo, que el ron acababa de darle un lametón a lo largo del esófago. Falo era buen bebedor, mejor bebedor, incluso, que él, pero a veces el organismo reniega y, por otro lado, no sabía si habría probado bocado desde la mañana. Se prometió a sí mismo ofrecerle algo de comer. Pero eso sería más tarde.

—Yo no sé cuánto llevan liados. Pero no te equivoques: esto no es un tema de cuernos. Esto, en realidad, es un tema de negocios.

—Y entonces, ¿qué tiene que ver el divorcio?

—A ver, déjame terminar: esta piba, Nuria...

—¿Nuria qué?

—Sánchez Blay. Nuria Sánchez Blay —recitó el Moldura, y esperó hasta que Monroy anotara el nombre para continuar—. Pues esta mujer, en un momento dado, decidió dejar al calvo. Yo no sé, pero fijo que llevaba ya mogollón de tiempo hasta el coño del gilipollas este. Y no me extraña. Tú la veías y no sabías cómo había terminado una piba así con este tío. No es solo que sea un pibón, Eladio. Eso es lo de menos. Lo que te quiero decir es que es una piba con clase, con cabecita. Tiene estudios. No sé cómo decirte, yo la traté un poco cuando lo del

chanchullo, porque trabajaba en la empresa de él, y era un encanto de piba.

—Según tú, están todas locas.

—Esta no.

Monroy asintió e intentó atajar:

—Vale. Para que yo lo entienda: ¿la mujer de Jorge Mesa lo deja tirado y él se lía a cargarse gente?

—Que no es tan sencillo, cojones. Ya te dije que los divorcios son jodidos. Parece ser que el mutuo acuerdo no funcionó y empezaron a litigar y a Nuria le dio por recordarle al abogado de ella lo de los negocios sucios de Jorge. Y fijo que tenía pruebas, porque ya te digo que ella trabajaba en la empresa, en Caléndula. Y había trabajado también en la anterior.

—Entonces ella estaba pringada también.

—No creo que se pudiera demostrar. Ella era comercial. No figuraba en ningún lado. La cosa es que el abogado conocía el chanchullo mejor que nadie.

—¿Barrientos?

—Sí. Ya te dije que Nuria no era boba. Por lo visto, contrató de abogado a Barrientos. Al ver que Nuria lo podía demostrar, tuvo la estupendísima idea de ponerse a presionar al calvo con eso, de amenazarlo con sacarlo todo a la luz en el juicio, si llegaban a juicio y no lo solucionaban con un acuerdo. Supongo que pensó que podría aprovechar para estrujar la teta. Parece que le habló al calvo de la época de CBA, de las historias de la consultoría y toda la pesca.

—Y Jorge Mesa se puso nervioso.

—Jorge Mesa se cagó encima, que es más propio de él. Los que se pusieron nerviosos debieron de ser los socios.

—Los socios. —Monroy se puso otra vez a manosear los papeles.

—Ahí no los vas a encontrar. Esos son muy listos. Pero, por lo visto, Nuria sí los tiene conectados. Guardó correos electrónicos, mensajes de móvil... Hasta les grabó alguna reunión.

—De acuerdo. Pero ¿quiénes son?

—A uno lo viste esta mañana. El de las patillas. Se llama Eduardo Domínguez. —Falo miró al techo para hacer memoria, al mismo tiempo que Monroy buscaba el bolígrafo para anotar también este nombre—: Eduardo Domínguez Jiménez. Hay otro más, pero ese todavía no sé cómo se llama. Cuando yo hice el negocio con ellos, solo se dejaba ver Jorge Mesa.

—Pero son tres.

—Que yo sepa sí. Lo que pasa es que no tengo ni puta idea de quién es el otro. Yo no he podido hablar con Nuria y Tene no me lo llegó a decir.

—¿No sería el otro tipo, el de la barbita?

—Qué va —dijo Falo, chasqueando la lengua—. Ese es un machaca. Sé que se llama Paco y poco más. Pero lo que tengo claro es que ni pincha ni corta.

Monroy también apuntó ese nombre. Luego dijo:

—De acuerdo. Entonces, lo que les interesa es la piba.

—Y no se van a quedar tranquilos hasta que den con ella. El asunto es que ni yo sé cómo localizarla. Igual no está ni en la isla. El único que lo sabía era Tene. En cuanto la cosa se puso fea, le buscó la forma de hacerse humo. Y eso es lo que le querían sacar los hijos de puta estos

esta mañana.

Después de decir esto, Falo se calló unos segundos, apagó el cigarrillo y suspiró. Luego rememoró para Eladio lo ocurrido por la mañana, la llegada de Tene, la sorpresa y la encerrona muy similar a la que le habían hecho a él, los nuevos discursitos de Domínguez proponiendo un entendimiento, su actitud cada vez más violenta conforme se fue dando cuenta de que Tene no pensaba hablar, el arrinconamiento de Tene contra el lado del salón donde estaba la ventana, el instante terrible en que, en medio del jaleo, lo miró por última vez con una expresión resignada antes de abrir de pronto la ventana y arrojarse por ella, los segundos de sorpresa y asombro de todos, pero, sobre todo, de aquellos dos, la confusión que él pudo aprovechar para mandarse a mudar, la expresión, otra vez la expresión en el semblante de Tene antes de hacer esa locura.

—Puso una cara, Eladio, que tú ni te la imaginas. Era como que sabía que si no lo hacía, al final los otros le iban a terminar sacando a hostias lo que quisieran. Y él prefería irse a tomar por culo antes que venderla a ella. Era una cara de «qué se le va a hacer», de «no me queda otra», de «pa'lante, compadre». Esa cara, en ese momento, no se me va a olvidar nunca, viejo.

De pronto, en el teléfono móvil de Falo, sonaron varios timbrazos. Dos, tres. Breves, seguidos e idénticos.

—Mensajes —aclaró Falo, sacándolo y poniéndolo sobre la mesa para poder manipularlo con una sola mano.

Habían sido enviados desde un número desconocido y carecían de texto. Monroy podía verlos desde el otro lado de la mesa y él no se molestó en ocultárselos. Contenían únicamente imágenes. Fotos de fachadas de edificios. Una era de un bloque de viviendas que podía estar en el barrio de La Paterna. Las otras dos eran de un mismo edificio, una casa de dos plantas.

—Hijos de la gran puta —masculló Falo.

Monroy no terminaba de entender. El Moldura giró el teléfono hacia él.

—Ahí vive mi hermana, con el marido y los chiquillos —le explicó, mostrándole la del bloque. Luego pasó a las otras—: Y esta es la de casa de mis viejos, en La Isleta. Cabrones de mierda.

Monroy iba a decir algo, pero la melodía de «La cucaracha» comenzó a sonar en el móvil. Llamaban desde el mismo número. Falo le consultó con la mirada, pero ninguno de los dos dijo ni hizo nada. Poco después de que el teléfono dejara de sonar, llegó un nuevo mensaje: «Tienes cinco minutos para llamarme. No quiero molestar a la familia».

—Me cago en su puta madre. Si contesto, se enteran de dónde estoy.

—¿Te tienen localizado el teléfono?

—No lo sé. Pero supongo que así es como dieron conmigo, ¿no?

Monroy negó con la cabeza. Se dirigió al escritorio y abrió su cajón de la vergüenza.

—Espera un momento —le gritó a Falo mientras rebuscaba en el cajón. Cuando encontró el bolígrafo grabadora, regresó al salón comprobando que aún tenía algo de carga—. Se me ocurre que le podríamos hacer una pirula al cabrón este.

—¿Pirula? ¿Como cuál?

—De entrada, grabarlo. Tirarle de la lengua todo lo posible, para que se busque la ruina.

—Tú estás loco.

—Y luego quedas con él, pero primero avisamos a la Policía.

—No lo entiendes, ¿verdad? Ellos son la Policía.

# **UNA COSA DE CORRUPCIÓN**

Falo le explicó que él lo sabía desde la época en la que hacía negocios con Jorge Mesa; que, de hecho, Mesa solía presumir de que uno de sus socios era subinspector de la Nacional.

—Ya era socio del calvo en la otra empresa, en la constructora que se les fue al carajo.

Ahora se le aclaró a Monroy una cuestión que, hasta el momento, le había estado chirriando. Era de esperar que Falo, dedicándose a lo que se dedicaba, no hubiese denunciado en ningún momento, pero llevaba días preguntándose por qué si Diego se sentía amenazado no había llamado a la Policía. Por supuesto, como le explicó Falo, podrían haberlo intentado, seguro que Domínguez no era más que un garbanzo negro. Pero nada les garantizaba que el tipo no llegase hasta ellos antes que los polis decentes.

—¿Y cuándo coño me lo ibas a contar? —le preguntó Monroy.

—Joder, yo qué sé. Fíjate tú que, cuando me mandaste el mensaje de que ibas a llamar a la madera, fue cuando empecé a pensar que igual tú no estabas conchabado con él.

Esto lo dijo Falo al mismo tiempo que se ponía en pie y empezaba a pelearse con la chamarra para intentar dominarla y ponérsela con una sola mano. Monroy lo miraba extrañado.

—¿Qué haces, bobón?

—¿Qué voy a hacer? Pirarme para algún sitio desde el que pueda hablar con este tío.

—Tú ves muchas películas. Localizar un teléfono no es tan fácil. Para eso necesitan una orden judicial.

—Y entonces, ¿cómo dieron conmigo?

—Tiran de registro. Tenesor vivía allí cuando trabajaba en CBA.

Falo se quedó parado mirándolo, con la chaqueta hecha un rebujo en torno al brazo, lo pensó unos segundos y, finalmente, volvió a sentarse.

—Aparte de eso, el problema es el mismo.

Monroy le mostró el bolígrafo grabadora y le dijo:

—Algo se podrá hacer.

—Ya te costó llamar —dijo Eduardo Domínguez nada más contestar, con una voz que sonreía mostrando dientes de tiburón afilados como sierras. De fondo no se oía nada. Debía de estar en algún lugar cerrado o hablando con auriculares y micro. O, simplemente, el escalofrío que le producía a Faló anulaba todo lo demás—. Casi gastas los cinco minutos completos.

—Es que estaba cagando —dijo Faló, lo más entero que pudo.

El otro soltó una risita falsa.

—Me parto la polla contigo —dijo para ponerle punto final. Luego se paró un momento y añadió—: Oye, suenas como lejano.

—Tengo puesto el manos libres. Después de cagar, siempre me gusta echarme un cigarrito y esta mañana me jodí una mano.

—No te estarás pasando de listo, ¿no? —lo interrumpió el otro.

—No. Es verdad que tengo la mano jodida. Por eso puse el manos libres, para poder fumar a la vez. ¿Quieres que lo quite?

Domínguez lo pensó un poco y volvió a intentar parecer cordial:

—No, déjalo, no te preocupes. Lo que sí que deberías hacer es controlar el tabaco. Eso no lleva a nada y lo único que hace es hacerte daño. Yo no he fumado nunca y me ha ido estupendamente.

Faló se preguntó qué cojones de conversación era esa. Lo único que le faltaba era que el mierda aquel le diese consejos sobre salud, pero decidió seguirle el juego.

—Ya. Yo lo he intentado dejar un par de veces. Pero está complicado.

—Date una oportunidad, hombre, verás qué bien. En fin, vamos a lo nuestro: tú y yo tenemos que hablar.

—Ya estamos hablando.

—En persona.

—¿Para que me des el mismo tratamiento que a Tene?

—Eso no tenía que haber terminado así. Tú lo viste, él mismo se tiró por la ventana.

—Pero si no lo hubiera hecho, a lo mejor lo habrían tirado ustedes, después de darle una paliza.

—Ese no era el plan. Tú viste cómo te tratamos a ti. ¿Nosotros te hicimos algo? ¿Te tocamos un pelo de la cabeza? Queríamos dialogar, llegar a un acuerdo. Yo no te voy a decir que no le habríamos llegado a apretar un poco las clavijas, en caso necesario, pero ahí nadie quería matar a nadie. Lo único que queremos es dar con esta mujer y hablar con ella, convencerla de que se deje

de mierdas.

—Y después la vas a dejar ir, ¿verdad?

—Esa es la idea.

—Como con Barrientos.

—Eso fue distinto. Para ser abogado, negociaba de puta pena. Nos intentó hacer...

—¿Y los demás? —lo interrumpió ahora Falo—. ¿Isaías? ¿Paqui y el hijo? ¿Diego? ¿Ellos, qué?

—Eso fue culpa de Barrientos.

—Y una pinga.

—En serio, nos dijo que estaban todos metidos. Nos soltó un farol, y nos lo tragamos. Un error por nuestra parte, lo reconozco. Ha habido muchos errores en esta historia. Muchas cagadas, ¿sabes lo que te digo? Yo, ahora mismo, lo que quiero es que no haya más, que lleguemos a un acuerdo.

—¿Eso me lo dices después de amenazarme con ir a por mi familia?

—Bah, hombre, no te rayes con eso. A tu familia nadie le va a hacer nada. ¿Qué te has pensado, que somos de la mafia o algo? Fue solo para... ¿Cómo lo dicen? Incentivarte. Eso: necesitabas un incentivo, un empujoncito para llamarme. Reconoce que si no lo hago así, ahora mismo no estaríamos hablando. Pero olvídate de esa bobería: estuve hablando con mis socios y hemos llegado a la conclusión de que la estrategia que hemos llevado no ha sido la adecuada. Demasiado agresivo todo el rollo, ¿verdad?

Domínguez hizo una pausa y permitió que Falo también se tomara unos instantes para calibrar lo que acababa de oírle decir. Sin embargo, en algún momento debió de hacersele larga, porque preguntó:

—¿Falo? ¿Sigues ahí?

—Sí. Aquí estoy. Pongamos que sí, que me lo creo. Pero yo sigo sin saber dónde está Nuria.

—Ya lo sé.

—¿Y entonces?

—Lo que quiero es estar seguro de que no me tengo que preocupar por ti.

—No te tienes que preocupar por mí. Salgo en los papeles igual que Jorge. Tú mismo lo dijiste: tengo mucho que perder si toda esta movida se sigue yendo de madre.

—¿Ves? Esa es la actitud. Y, fíjate tú, hasta puede que no te vayas con las manos vacías.

—¿Y eso?

—Estuve hablando con Jorge. Tenemos algo para ti. Un dinerito, por las molestias.

—No quiero dinero. Lo que quiero es que me dejen tranquilo.

—Eso solo va a ocurrir si coges el dinero.

—¿Me vas a obligar a cogerlo?

—A ver, no te lo vayas a tomar como una amenaza ni nada por el estilo, pero mis socios se van a quedar más relajados si lo coges. Dicen que así se aseguran de que luego no vas a abrir la boca. Y a mis socios conviene tenerlos tranquilos. Y, qué quieres que te diga, yo quiero que me repitas a la cara lo que me acabas de decir. Por asegurarme, básicamente. Llámalo manía.

—Me estás haciendo la cama.

—Que no, hombre. Elige el sitio tú mismo, para que veas que no te vamos a hacer nada. Elige tú. Un lugar público, si quieres.

Se hizo una nueva pausa. Falo fingió estar pensándose y Domínguez fingió que no tenía prisa. Aunque, en realidad, sí que la tenía. En cuanto a Falo, empleó unos segundos en entender lo que Monroy acababa de escribirle en la libreta.

—El aeropuerto —leyó—. Mañana por la mañana.

La conversación se prolongó un poco más: precisiones, horas, lugares concretos. Tras colgar, Falo suspiró tan hondo que le dolió. Monroy manipuló el bolígrafo para detener la grabación y fue a conectarlo al ordenador. Descargó, comprobó e hizo una copia que guardó en el escritorio. Al volver al recibidor, parecía satisfecho.

—Bueno, esto lo tenemos.

—¿Y ahora? —preguntó Falo.

—Ahora, a esperar. Si te quieres quedar aquí, te quedas aquí. Pero yo no creo que te vayan a intentar hacer una jugarreta esta noche. La cosa se les ha ido de las manos y la quieren arreglar.

Falo estuvo de acuerdo. Prefirió irse a dormir a casa. Monroy lo ayudó a ponerse la chamarra y se ofreció a acompañarlo a Guanarteme, pero él rehusó: cogería un taxi. Había dejado el Honda en un parking y le iba a salir por un pico, pero ni la mano jodida ni el ron hacían que conducir fuese una buena idea. Monroy estuvo de acuerdo, pero le pidió que lo llamara al llegar, para estar seguro de que todo estaba en orden. Se despidieron en el descansillo.

—No me vas a fallar, ¿verdad? —preguntó Falo, entretanto venía el ascensor.

—Tú no te preocupes.

En cuanto Falo se marchó, Monroy fue al baño a refrescarse la cara y la cabeza con agua fría. Desde que comenzó a comprender, había empezado a servirse los tragos cada vez más cortos, pero seguía un poco zumbado por los primeros tanganazos. Y tenía que pensar. Se preparó un sándwich de *chopped* con mucha mantequilla y se lo comió acompañado de café con leche. Aunque el café, en realidad, no sirviera para eliminar la borrachera, tomar algo caliente siempre ayudaba. Para cuando el Moldura lo llamó desde su casa, ya se había despejado lo suficiente.

—¿Todo bien? —le preguntó, encendiendo un cigarrillo.

—Bueno —dijo Falo—, estuvieron aquí revolviendo. Pero tampoco hicieron gran destrozo.

Por lo demás, en Guanarteme no parecía haber moros en la costa y Monroy finalizó la conversación diciéndole que descansara y repusiera fuerzas, porque iba a necesitarlas para el día siguiente.

Al cortar la comunicación, lo inquietó la idea de que había olvidado algo al hablar con Falo. Pero no sabía exactamente qué. Decidió no darle muchas vueltas, ya se acordaría.

Aún no eran las once. Déniz estaría a mitad de la partida. Le envió un mensaje de móvil, diciéndole que lo llamara a la hora que fuese. Después escuchó completa la grabación de la conversación entre Falo y Domínguez, volvió a revisar el dossier, los *e-mails* de Manolo, todo lo que él mismo había ido anotando en la libretita.

Las líneas habían unido los puntos. Pero faltaban puntos para acabar el dibujo.

En algún momento habría de irse a descansar. Al día siguiente tendría meneo desde la mañana. Pero, antes de apagar el ordenador, consultó por última vez la bandeja del correo electrónico y vio que le acababa de entrar uno de Manolo. La matrícula del Land Rover pertenecía a un vehículo propiedad de José Eduardo Domínguez Jiménez. Manolo había incluido datos como el número de carné de identidad, el domicilio y la fecha de nacimiento (era unos cinco años más viejo de lo que Monroy le había calculado). Eso no le interesaba. Lo interesante era que el tipo se había sentido lo suficientemente impune como para utilizar su propio vehículo. O también podría ser cierto lo que había dicho: quería dejar las cosas de aquel tamaño y no había ido a La Pantera Rosa para matar a nadie, sino para llegar a un acuerdo.

Estaba allí, pellizcándose el mentón, dándole vueltas a eso, cuando lo llamó Déniz.

—¿Qué pasó? ¿Estás metido en algún lío? —preguntó el comisario en cuanto cogió el teléfono.

—Nada, te quería hacer una consulta.

—Coño. Salí ahora de la partida, vi el mensaje y me asusté.

—Ah, carajo, la partida. ¿Cómo fue? ¿Te entendiste bien con Dudú?

—Buf, no veas cómo juega este tío. Un monstruo. Les dimos una paliza que se fueron llorando.

—¿Y el Tíbur?

—El que más. Y encima humillado.

—No le habrá hecho gracia que le gane un africano.

—Algún comentario intentó hacer, pero los demás le pusimos las pilas. La próxima vez que Losada no pueda, me vuelvo a traer a Dudú.

—Al Tíbur le va a encantar.

—Pues que me coma la polla. Y si no quiere venir, que no venga, el facha de los cojones este.

Monroy sabía que, durante la partida, Déniz se habría tomado como mínimo cuatro o cinco de los Dimple con hielo que le gustaba beber. Solo hablaba de aquella forma tan sucia cuando estaba en copas. Por lo demás, la borrachera casi no se le notaba.

—¿Y qué estás ahora, en casa?

—Yendo para allá. Dudú me dijo que me llevaba, pero me vine caminando, para coger el fresquito. Tengo un medio vacilón.

—Ya te lo voy notando.

—¿Y qué? Si me muero, me jodo. Bueno, ¿qué problema tienes?

—Problema, ninguno. Te quería preguntar si conocías a un compañero tuyo. Uno que se llama José Eduardo Domínguez Jiménez.

—No es compañero —afirmó tajante Déniz.

—¿No lo conoces?

—Lo conozco, pero no es compañero, llegó a subinspector, pero causó baja hará cuatro o cinco años. Digamos que se le dio la oportunidad de retirarse.

—¿Algo ilegal?

—Algo feo. Ilegal no, porque no se le pudo demostrar nada. Pero feo sí. En el día a día, era de los abusadores: alguna vez se le fue la manita y cosas de estas. Pero también hubo historias con polvo, cantidades incautadas que no coincidían. Ya te digo que no se pudo demostrar, pero no se confiaba en él. Y él sabía que tenían razón en no hacerlo, porque ni siquiera litigó. Y eso que era del sindicato.

—¿De cuál?

—Del chungo. Del que está cerca del facherío.

—Criatura.

—Pero, cuéntame, ¿qué te pasa con este tío?

Monroy le soltó la milonga que tenía más o menos preparada. Todo lo demás era demasiado confuso todavía y, a esas horas y con esa cantidad de Dimple de por medio (sin contar con los vapores, ya mortecinos pero aún espirituosos, del ron Aldea que había trasegado él mismo), no resultaría fácil resumírselo a Déniz.

—Nada, un roce con el coche. El tipo me rozó al aparcar y tuvimos unas palabritas. Lo quiso arreglar sin dar parte, y me soltó eso de que él es de fiar, porque es policía y toda la murga esa.

—¿Se hizo un usted-no-sabe-quién-soy-yo?

—Lo intentó, pero me puse firme y me terminó dando el seguro, como está mandado.

—Ten cuidado con este tiparraco, que es atravesado.

—Sí, tranquilo. Al final quedamos como amigos, pero me quería informar, para conocerle bien los andares a la perrita.

—Pues más no te sé decir. Al hijoputa este no lo he vuelto a ver desde que salió del cuerpo.

Hablaron dos o tres minutos más, pero ya solo sobre la partida, que Déniz relató con todo lujo de detalles mientras llegaba a casa. Más que el triunfo de Déniz y Dudó, a Monroy lo regocijaba la derrota del Tíbur. El comisario no le tenía tanto coraje como él, pero tampoco le resultaba especialmente simpático, así que se permitieron un par de carcajadas a su costa.

Se despidieron diciéndose que a ver cuándo se veían, que tenían un café pendiente. Monroy cortó la comunicación, pero no soltó el móvil. Buscó en la agenda el registro de Sonsoles y la llamó. La veterinaria tardó en contestar.

—Eladio, qué tarde es. Ya estaba acostada.

—Si querías dormir tranquila, no haberme metido en esta historia tan complicada —le soltó Monroy entre bromas y veras.

—¿Complicada?

—Mucho. Y te la tengo que contar, porque igual voy a necesitar que me acompañes mañana

a un sitio.

Todo el mundo sabe que no hay lugar más seguro que un aeropuerto. Incluso antes de pasar el control de pasajeros, no es instalación en la que convenga generar violencia de ningún tipo. Cuando Falo llegó al vestíbulo de facturación de vuelos interinsulares, ya Eduardo Domínguez estaba sentado en uno de los bancos, esperándolo, con una bolsa de plástico en el asiento que había junto a él.

Eran las nueve de la mañana y los primeros pasajeros del día (sobre todo comerciales de empresas con delegaciones provinciales, pero también políticos y asesores que tomaban el Binter sin equipaje, para ir a reunirse o asistir a una sesión en el Parlamento de Canarias y volver a la hora de almorzar) ya habían pasado por allí, así que era más bien el momento de los excursionistas y esos eran más de volar el viernes a partir de mediodía. Por eso todo estaba muy despejado y Falo pudo ver, cerca de la puerta de salida, al tipo de la barba, que observaba el panorama. Se le veía muy convincente en el papel de primo que espera a alguien con quien debe viajar. En cuanto a Domínguez, leía algo en su móvil. Al verlo venir, se lo metió en el bolsillo interior de la chaqueta y aguardó con una sonrisa hasta que llegó frente a él. Entonces, se puso en pie y lo abrazó. Falo no se lo esperaba y estuvo a punto de rechazarlo, pero Domínguez le dijo en voz alta que era una alegría verlo por fin, antes de susurrarle al oído:

—Tranquilo. Solo me estoy asegurando de que no se te ha ocurrido ninguna chorrada.

Monroy ya se lo había advertido: era probable que lo cachearan. Y, en efecto, sintió la proximidad del cuerpo vigoroso y desagradable de Domínguez mientras este le metía mano en las caderas y las nalgas. Le hizo daño el contacto con el pecho del individuo, pero reprimió la queja.

Luego lo invitó a sentarse. Cuando el Moldura obedeció, la bolsa de plástico quedó en el asiento entre ellos.

—Nos queda una cosita —dijo Domínguez—. El móvil.

Falo entendió. Sacó su teléfono móvil y, apoyándolo en el muslo, para poder manipularlo con una sola mano, lo apagó. Inmediatamente después, se lo mostró. El otro asintió, complacido.

—Ahora podemos hablar —preguntó Domínguez sin perder la sonrisa—. Bueno, ¿qué tal? ¿Dormiste bien?

—Más o menos. La mano me dio un par de latigazos.

—¿Es mucho?

—Los dedos tronchados. Pero nada que no se arregle.

—Esas cosas tardan en sanar. Ponte Voltarén, que es mano de santo.

—Sí.

—¿Desayunaste?

—No soy de mucho desayunar.

Domínguez meneó la cabeza, absurdamente paternal.

—Es la comida más importante del día. Hazme caso: desayuna como un rey, almuerza como un príncipe y cena como un mendigo. Ese es el secreto. Y si dejas de fumar, ya eso que tienes ganado. —A Falo le repateaban aquellos consejos para una vida saludable que Domínguez estaba empeñado en darle tanto o más que sus sonrisas cínicas y sus amenazas más o menos veladas, pero se mordió la lengua—. ¿Haces deporte?

—No mucho.

—Yo salgo a correr. Si puedo, todas las tardes. —Se dio unas palmaditas en la tripa—. Esto, a partir de los cuarenta, hay que controlarlo. Estos días no he podido, de todos modos, con todo el follón que se ha montado. Pero ahora tú y yo vamos a solucionar el tema y me voy a quitar un peso de encima, la verdad. Así que esta tarde me pongo las playeras y a darle caña.

Falo se limitó a asentir, contento de que por fin se fuese acercando al asunto. Domínguez puso una mano sobre la bolsa.

—Aquí hay un dinerito. Seis mil pavos. Ya sé que es poco. Es lo que hemos podido juntar en metálico. Por eso también tienes otra cosita, un regalo que vale más o menos el doble.

La mirada de Falo se orientó instintivamente hacia la bolsa. Domínguez, en cambio, miró en derredor, antes de decirle:

—No conviene que lo veas ahora. Pero es un peluco de los guapos, de los de lujo. Costó eso, doce mil y algo. Así que, en total, el regalito son dieciocho. —Domínguez inclinó la sien, haciéndose el humilde—. Yo sé que sigue siendo poco para lo que ha pasado y para las cantidades que manejas tú. Considéralo un detallito. Por las molestias. Para que tengas un recuerdito.

—¿Y a partir de aquí?

—A partir de aquí, nada. Lo dejamos así. Tú te olvidas de nosotros y nosotros nos olvidamos de ti.

—La verdad es que lo estoy deseando.

Domínguez soltó una risita que casi sonó sincera.

—Bien —dijo, poniéndose en pie—. Yo ahora me voy. Espera un ratito antes de irte tú.

—¿Cuánto?

—No sé. Cinco o diez minutos.

Monroy también lo había prevenido sobre esto. Los tipos no querrían que Falo pudiera seguirlos, si se le ocurría hacerlo. Casi no le dio tiempo a asentir. El otro ya le había tendido la mano y decía a viva voz:

—Bueno, querido, me he alegrado de verte. A ver si volvemos a coincidir. Salúdame a la gente, ¿vale?

Cuando se fue, el otro tipo iba saliendo del edificio. Falo permaneció sentado. Entretuvo la espera encendiendo el móvil e introduciendo su clave, enviando un mensaje a Monroy, aguardando la respuesta. Luego metió la mano en la bolsa. Había un sobre que debía de contener

billetes y algo de plástico duro, casi con forma de puño. Un estuche, seguramente. El estuche de «un peluco de los guapos». Se resistió a la tentación de abrirlo. También a la de llevarse la mano al bolsillo de la camisa y comprobar si el bolígrafo grabadora de Monroy había estado funcionando como debía.

Después de dejar a Faló en la salida de los vuelos nacionales, Monroy había seguido con el Auris hasta casi llegar a la puerta de los interinsulares. Aguardó allí: uno más de los familiares o amigos que se ahorran la tarifa del parking esperando dentro del coche hasta que llegue la persona a quien han ido a recoger. Mientras, el Moldura estaría haciendo el mismo recorrido por el interior del aeropuerto. En total, la cosa no se prolongó más de un cuarto de hora.

Entonces, vio salir a los tipos. Pasaron junto a él a pie hacia el parking. Ellos sí habían pasado por caja. Un momento después, le llegó un mensaje de Faló. Le habían dicho que esperara allí un rato. Nada fuera de lo previsto. «Nos vemos en El Pejín», contestó Monroy. Justo en ese momento, el Land Rover salió del aparcamiento y Monroy arrancó con tranquilidad pero ligerito, para no perderlo en la incorporación a la autopista.

La dirección coincidía con la que le había dado Manolo. Antes de irse a dormir la había buscado en los mapas del señor Google: un chalé con tapia y terrenito alrededor. Quizá no demasiado lujoso, pero tampoco de los más baratos. No todos los polis que Monroy conocía podían permitirse algo así. Poco después de que el Land Rover entrara por la puerta cochera, el tipo de la barba salió en una moto. Monroy se preguntó qué hacer. Por aquella calle había poco tráfico y no tenía excusa para estar en la zona si Domínguez miraba por alguna de las ventanas de la primera planta y lo veía ahí aparcado. Si seguía al de la barba podía ser que se hiciera notar y, al fin y al cabo, no le salía rentable correr el riesgo: ya tenía localizado a Domínguez, que era quien mandaba.

Tiró para Las Palmas. Ya era media mañana y aún le quedaba mucha tela que cortar.

Falo acababa de llegar a El Pejín y había pedido un café. Al entrar Monroy, Ramos vino a saludar, le sirvió el cortado que le pidió y se fue al rincón donde La Vieja Guardia jugaba a los chinos. No sabía ni quería saber qué líos se traían aquellos dos que ahora se presentaban allí por la mañana, tan amiguitos, después de la desaparición de Falo y de que Monroy lo estuviera buscando.

—¿Te salió muy caro el taxi? —preguntó Monroy.

—Un huevo y parte del otro —dijo Falo—. Al entrar por La Laja había un atasco de cojones. Espero que valiera la pena.

—Más o menos. Ahora ya lo tengo localizado.

El Moldura le dio el bolígrafo.

—Yo creo que se grabó todo.

Monroy se lo guardó y señaló la bolsa que Falo había puesto al llegar sobre la banqueta.

—¿Cuánto?

—Seis mil pavos. Y un reloj.

El exmarino arrugó tanto la frente que se le movieron hasta las orejas.

—¿Y eso?

—Lo miré en el taxi. Un Omega de los caros de cojones. Según este, vale doce palos. ¿A ti no te parece raro?

—Más raro que una polla en un nenúfar. Me huele mal.

—Ya mí. Bueno, ¿qué hacemos?

—Por ahora, vete a casa. Y, si sacas un ratito, vete al médico y que te vean esa mano, anda.

—¿Y tú?

—Yo quedé —dijo Monroy, apurando el cortado.

Quizá todo habría sido más sencillo si le hubiera pedido a Falo que viniese. Pero también habría sido posible que su presencia lo complicase todo un poco más. Cuando se encontró con Sonsoles en el aparcamiento de El Rincón, no tuvo que dar muchas explicaciones. Ya lo habían hablado todo por teléfono. La veterinaria aguardaba junto a la *pick-up*, y le dijo a Monroy que subiera, pero él se negó.

—No. Mejor vamos en el mío.

—¿Y eso?

Monroy ya había echado a caminar hacia donde había aparcado el Auris. Sin volverse, le dijo:

—Quiero llegar a viejo.

Por lo menos hasta San Felipe, Monroy condujo con cierta seguridad, porque sabía bien a dónde iban. Después, cuando tomó la pista por la que Tenesor había cogido la mañana antes, vaciló un poco, pero tampoco demasiado. La carreterita era de un solo sentido, estrecha y no muy bien asfaltada, pero si un Seat Punto la había recorrido, el Auris también podría.

Durante un tramo, avanzaron a lo largo de la tapia que perimetraba una finca de plataneras, dejando a la derecha varias viviendas unifamiliares. Monroy le dijo a Sonsoles que podía ser en alguna de esas, aunque a él le parecía mejor llegar al final de la carretera y, si acaso no había suerte por allí, ir probando a la vuelta.

Por una vez, no se equivocó. Al final de la pista, allá donde esta se convertía en sendero, había una casita. Era muy sencilla, como si alguien hubiese convertido en vivienda un alpendre o un cuarto de aperos: un simple cubo enjalbegado que, al menos desde este lado, solo tenía una ventanita y una puerta sencilla.

Más allá, únicamente había barranco, plataneras y los enormes pilares que sostenían el puente de Silva, orgullo de la ingeniería, lugar predilecto de suicidas.

Monroy detuvo el coche a una decena de metros de la casa y observaron.

—Puede ser aquí —dijo Monroy.

No había ningún vehículo aparcado en las inmediaciones y la vivienda parecía deshabitada, salvo por un visillo que se descorrió unos centímetros. Por aquella zona no debían de pasar más que senderistas y cabreros. Entonces reparó en que Sonsoles llevaba zapatillas de deporte, *leggings* y un polar fucsia bajo el cual debía de llevar una camiseta y, cuando cogió la mochilita para apearse, pensó que ella podía ser, perfectamente, cualquiera de los inquilinos que pernoctaban frente a su puerta, en la antigua casa de Matías. Le hizo gracia que ella hubiera tenido en cuenta que iban a un barranco y él, en cambio, hubiese venido con náuticos, camisa y vaqueros, como el urbanita que era.

Una vez fuera del coche, se percataron de que la cortina se había descorrido más y casi llegaron a atisbar una cabeza que se retiró inmediatamente. Cruzaron una mirada para confirmar que seguirían con el plan previsto. Se trataba de acercarse con precaución, de mostrarse inofensivos, de no asustarla. Por eso, precisamente, Monroy le había pedido a Sonsoles que viniera: no quería que ocurriese como con Diego. Y, también por eso, aguardó junto al coche entretanto ella se acercaba a la puerta y llamaba con los nudillos.

Durante unos momentos no ocurrió nada. Sonsoles se volvió hacia Eladio y él le indicó con un gesto que volviese a probar. Ella llamó de nuevo y, ahora sí, hubo movimiento tras la puerta,

ruido de pasos y fechillos hasta que se abrió una rendija cautiva por una cadenita de seguridad y, por el espacio libre, asomó una cabeza con cabellos presuntamente rubios recogidos en una coleta.

—¿Sí? —preguntó la mujer.

Sonsoles contempló los ojos verdes y redondos tras unas gafitas de montura metálica, las mejillas pecosas y la boca breve pero bien dibujada, el rostro lavado y soñoliento que había cambiado bastante.

—Hola, Nuria —dijo. La mujer comenzó a menear negativamente la cabeza; no obstante, la veterinaria insistió—: Eres Nuria. Yo te conozco. No sé si te acuerdas. Yo me llamo Sonsoles. Mi pareja era Diego. Diego Miranda. Era amigo de Tene. Comimos una vez. En el Guajara. ¿No te acuerdas?

La mujer la miró con detenimiento. Se le entremezclaban la inquietud, la desconfianza y el asombro. Finalmente, dijo:

—Siento lo de Diego.

—Gracias.

—¿Cómo llegaste hasta aquí? —preguntó Nuria, e, inmediatamente después, lanzó una mirada por encima del hombro de Sonsoles, en dirección al coche, junto al que aguardaba Eladio —. ¿Quién es...?

—Un amigo. Él fue el que dio contigo y me trajo. Tenemos que hablar, Nuria.

Los verdes ojos de Nuria buscaron por el suelo una respuesta:

—Yo no sé si conviene. Tendría que hablar primero con Tenesor... La cosa es complicada y no sé si...

De pronto, dejó de hablar: había visto ensombrecerse el rostro de Sonsoles al mencionar a Tenesor.

Ni la veterinaria ni Eladio Monroy habían tenido en cuenta la posibilidad de que Nuria no supiera lo que había ocurrido en La Pantera Rosa. En tiempos de teléfonos inteligentes que encogían el mundo y hacían la isla aún más chica, no se les ocurrió ni pensarlo. Pero ella no debía de tener acceso a internet. Ni siquiera sabían si en la zona habría cobertura telefónica. Fue Sonsoles quien enfrentó el asunto:

—Nuria, mi niña, yo lo lamento muchísimo, pero, sobre Tene, te tengo que dar una mala noticia.

Por dentro, la casa era casi tan sencilla como por fuera. En un espacio diáfano, se distribuían una camita de un cuerpo, una pequeña cocina con fregadero, nevera y microondas y, entre cama y cocina, un viejo sofá con una mesita de centro que hacía las veces de comedor y escritorio, a juzgar por el rollo de papel de cocina, la taza y el plato usados que había junto a unos cuadernos y un ordenador portátil. La única puerta interior era la que daba a un cubículo de pladur que hacía esquina y que debía de ser el cuarto de baño.

Monroy registró todo esto mientras Nuria y Sonsoles hablaban, sentadas en el sofá, la segunda le fue contando a la primera lo que había ocurrido en las últimas horas y esta gestionaba como podía toda aquella información. Y solo podía gestionarla con llanto, con rabia, con alguna palabrota irreprimible, versos sueltos del poema de la impotencia. No obstante, no parecía mujer de dramatismos ni aspavientos. Al reconocer a Sonsoles, al comprender por qué aquellos dos habían llamado a esa puerta que tampoco era la suya, los había dejado pasar y entonces vieron que llevaba una sudadera, unos vaqueros y zapatillas deportivas y adivinaron que todo lo que necesitaba estaba en una mochila, junto a la entrada; que aquella mujer no se detendría en melodramas porque llevaba días preparada para salir corriendo en cualquier momento.

Por pudor, por prudencia, Monroy había preferido que fuese Sonsoles quien consolara a Nuria, quien compartiese con ella su propio dolor, y había permanecido ajeno, observando el cuartito, curioseando, fingiendo interesarse y, luego, interesándose de verdad por los libros que hacían pila en la mesilla de noche, junto al transistor, cosas de Chimamanda Ngozi Adichie, Patrick Deville o Carson McCullers. Parecían usados. Por ella o por alguien antes que ella. Tenesor Quesada podía habérselos comprado en alguna librería de segunda mano y habérselos traído como le había traído la compra o ella misma habría podido llevarlos consigo cuando entendió que tendría que esconderse allí sin antena de televisión, sin teléfono ni internet, con la única compañía del viejo transistor. Junto a la pila, había un ejemplar de bolsillo del que sobresalía un marcador. Era lo que Nuria debía de estar leyendo en esos momentos. Monroy tuvo que inclinarse un poco para leer el título. *El tiro de gracia*. Una historia triste sobre amores frustrados y vidas desperdiciadas.

Sonsoles tardó un rato en contarle a Nuria no solo lo ocurrido, sino lo que Monroy había ido descubriendo, lo que había pasado aquella misma mañana en el aeropuerto.

—A este hombre, a Faló, le han dado dinero. Supongo que para que se calle la boca —concluyó la veterinaria.

Monroy entendió que le había llegado el momento de intervenir:

—La impresión que da es que quieren negociar —le dijo a Nuria, que lo miró con los ojos cuajados—. Lo que pasa es que yo no sé si contigo tendrían el mismo trato. No me fío un pelo.

Ella se restregó los ojos. Arrancó una servilleta del rollo, se sonó y la dejó arrugada, en el plato del desayuno. Se habían acabado los llantos.

—Yo ya no quiero nada. Cuando el divorcio, intenté llevarme lo que era mío. El fallo fue ponerlo en manos de Carlos Barrientos.

—Barrientos lo complicó todo —convino Monroy—. Le picó la codicia y se pasó de listo.

—Y de paso nos metió en este lío —agregó ella.

Monroy dijo que sí con la cabeza.

—Bueno, en todo caso, lo dicho: yo no me fío de estos tíos.

—Yo tampoco. Jorge no es buena gente, pero los otros son peores.

—Esa es la misma impresión que tengo yo —dijo Monroy. No quería hablarle estando de pie, pero tampoco encontró dónde sentarse de forma que quedase enfrentado a ellas, así que lo hizo en el borde de la cama, apoyando los codos en las rodillas—. Por lo visto, Tenesor te había preparado una forma de salir. ¿En barco?

Nuria asintió. No dijo nada más. Monroy no sabía si porque no se fiaba de él o porque ella misma desconocía los detalles y solamente Tenesor sabía dónde, cuándo, cómo y con quién había que hablar para embarcarla.

—A ver, siempre tienes esa opción: hacerte humo —dijo Monroy—. Pero tienes alguna más.

—¿Cuál? —preguntó Nuria.

—Si sigues teniendo algo que los pueda incriminar, si es verdad que lo tienes y vale algo, hay más alternativas.

Nuria lo miró intrigada, pero no fue la única: Sonsoles no sabía nada de aquellas supuestas alternativas.

—¿Como cuáles, Eladio? —preguntó—. Con esa gente no se bromea.

—Conmigo tampoco —le dijo Monroy—. Y ya me han choteado bastante. Hasta ahora, han estado jodiendo a todo el mundo. Igual es cuestión de que alguien los empiece a joder a ellos. —Miró a Nuria para añadir—: Pero primero tenemos que ver si tienes algo que se las pueda hacer pasar canutas de verdad.

Todo estaba en un pequeño *pendrive* que Nuria sacó de un bolsillo de la mochila y conectó al portátil.

—Tene también tenía una copia bien guardadita, por si pasaba algo. No sé decir si en la nube o en otro *pen*, porque no me lo dijo ni a mí.

Monroy se arrodilló frente a la mesita, orientó el ordenador hacia él y comenzó a mover el cursor sobre la carpeta de archivos. Había cadenas de *e-mails*, documentos, hojas de cálculo con nombres y transacciones que él no supo descifrar a la primera, pero que, según dijo Nuria, harían las delicias de un buen economista forense. Y había archivos de audio y vídeo. Le preguntó por ellos a Nuria.

—Reuniones y conversaciones. Lo de audio son reuniones en la empresa. Pero lo interesante de verdad está en vídeo. Puse una minicámara en mi casa. Jorge los invitaba a veces a cenar y hablaban de negocios y se les soltaba la lengua.

—Todo esto, ¿de cuándo es?

—Del 2009 al 2011, más o menos. Empecé a reunir cosas cuando me di cuenta de que se estaban metiendo en algo sucio. Quería tener un seguro, que quedara claro que yo solo trabajaba en la empresa. Sí, estaba casada con Jorge, pero en esta historia no era más que una mandada. Si los cogían, quería poder demostrar cómo había sido todo.

Ni Sonsoles ni Eladio preguntaron sobre lo que estaban pensando, pero Nuria les adivinó la curiosidad:

—Yo, por entonces, creía que todavía podía salvar la relación. Una confía en que las personas cambien, en que vuelvan a ser quienes eran cuando las conociste. A veces tardas mucho en darte cuenta de que, en realidad, nunca fueron como tú creías que eran.

Monroy puso el cursor sobre uno de los archivos de vídeo, consultó a Nuria con la mirada y, cuando esta le dijo que sí con la cabeza, comenzó la reproducción.

En el vídeo, tomado seguramente con una *webcam* disimulada en algún elemento de decoración, se veía a tres hombres en un comedor, en torno a una mesa en la que habían comido cuatro personas. Los hombres compartían una botella de Macallan y bromeaban y hablaban. Parecían celebrar algo, pero, en ese momento, Monroy no se centró en lo que decían, sino en quiénes eran. Uno, el anfitrión, era Jorge Mesa. Otro, Eduardo Domínguez, quien, por aquel entonces, aún debía de ser subinspector. Pero el que le interesó de verdad fue el tercero. No lo había visto jamás en persona y, sin embargo, lo reconoció al instante, porque lo había visto tantas veces que estaba harto de verlo. Y, al reconocerlo ahora en el tipo que se desternillaba por algo que había dicho él mismo, al verlo compadrear con el poli corrupto y el no menos corrupto empresario, entendió por qué tanto interés en cerrarle la boca a todo el mundo y, sobre todo, por qué precisamente ahora.

Del plan de huida, Nuria no sabía demasiado. Tenesor, por medio de Diego, que para algo trabajaba en una consignataria, había contactado hacía un par de semanas con un patrón que podía llevarlos a Fuerteventura, desde donde tenían más posibilidades de coger un avión para hacerse humo. Lo último que le había dicho era que saldrían el domingo. Aunque ahora ya nada de eso importaba. Ella no iba a irse a ningún lado. Ya no.

—No se puede estar huyendo siempre, ¿no?

Monroy la había estado escuchando sin dejar de pellizcarse el mentón.

—La elección es tuya. Yo no te voy a intentar meter en ningún callejón sin salida. Pero te digo una cosa: todo el poder que puedan tener, lo tienen solo mientras esto no se haga público. En cuanto salga a la luz, serían muy gilipollas si intentaran hacerte algo.

—¿Tú crees? —preguntó Sonsoles.

Monroy señaló el ordenador.

—Fíjense en una cosa: lo que hay aquí son solo delitos económicos. De hace diez años. Ni siquiera a Falo le podrían demostrar nada. Quiero decir, ahí no hay nada que los pueda llevar al talego directamente. Lo que no quieren es que se haga público. No quieren que les manchen el nombre. Y para evitar eso sí que han hecho cosas que les pueden buscar la ruina. Pero ¿cómo lo demostramos?

Ninguna de las dos mujeres sabía si la pregunta era retórica. No lo era, pero Monroy tampoco insistió. Permaneció dándole vueltas al asunto, sin dejar de mirar la pantalla, hasta que Sonsoles preguntó:

—¿Y qué propones tú?

Monroy se dirigió a Nuria:

—¿Tú me dejarías hacer una copia de todo esto?

Nuria dijo que sí y Monroy, sin mediar palabra, salió de la casa y fue al coche. Volvió con el disco duro de Aitor, que aún no le había devuelto a Sonsoles.

—Esta vez soy yo el que venía preparado —le dijo a la veterinaria.

Mientras los archivos se volcaban, volvió a hablarle a Nuria:

—Necesitaría un par de días. A lo mejor menos, no sé. ¿Te quedarías aquí o tienes otro sitio donde esconderte?

—Puedo seguir aquí.

—¿De quién es esta casa?

—De la tía de un amigo de Tenesor, creo. No lo sé seguro. Sé que me dijo que era buen sitio.

—Y no se equivocó. Si pudieras aguantar unos días más aquí, sería cojonudo.

Fue Sonsoles la que propuso un plan alternativo: detrás de ella no iba nadie y tenía sitio para acoger a Nuria.

—Así puedes estar escondida y, al mismo tiempo, ninguna de las dos estará sola. De hecho, mi hijo se fue hace poco a la universidad y la casa está como muy vacía. Si te quedas conmigo unos cuantos días, me va a venir estupendamente.

Monroy se dio cuenta de que, mientras hablaba, Sonsoles le había cogido la mano a Nuria y esta no la había retirado. Miró aquellas dos manos de mujer que se habían unido como si fueran amigas de toda la vida, como si fueran hermanas, como si unirse fuese la única forma de enfrentarse a todo el horror del mundo.

## **UNA COSA DE VIOLENCIA**

Cuando las dejó en el aparcamiento de El Rincón, junto a la *pick up* de Sonsoles, Monroy experimentó una rara satisfacción: por primera vez en aquellos días sentía que había hecho algo a derechas, que no todo estaba tan torcido como parecía. Él, Sonsoles, Nuria, e incluso Falo, se habían puesto, por una vez, un paso por delante. Por el momento, Falo estaba seguro y, al parecer, Nuria también. Y él disponía de datos (los archivos de Nuria, las grabaciones que él mismo había hecho) para suministrarle a Déniz. Eso fue lo primero que se propuso: llamarlo para cuadrar con él. Pero todavía debía ordenar un poco todo aquello. Lo del aeropuerto ni siquiera lo había volcado aún en el ordenador. Le tocaba ir a casa y gastar un rato en el escritorio antes de llamarlo. En todo caso, si todo iba como debía, podría quitarse todo aquel asunto de encima poniéndolo en manos del comisario y, muy probablemente, de Manolo y la gente de La Asamblea. Allá donde no llegara la Policía, llegarían ellos, y allá donde no llegaran ellos, llegaría la Policía. Hasta ahora, ser fuente de ambos no le había fallado, salvo en contadas excepciones. No era imposible que esta fuera una de ellas, pero se propuso no agriarse la mañana. Se había puesto de un raro buen humor que no se sabotearía él mismo.

Puso la radio para buscar una emisora que emitía clásicos del rock durante todo el día, pero, cosas del anterior propietario del coche, lo primero que salió fue una emisora local donde estaban dando el boletín horario. «... en la calle Lord Byron, en pleno barrio capitalino de Ciudad Jardín», dijo la locutora, y Monroy afiló los sentidos. «El macabro hallazgo tuvo lugar esta mañana, por parte de una empleada del hogar y, aunque el juez instructor ha decretado el secreto de sumario, todo apunta a que los hechos pudieron haberse iniciado con un asalto a la vivienda en el momento en el que su propietario se hallaba en el interior. En otro orden de cosas, de cara a la próxima campaña electoral se habilitan...».

Monroy no quiso saber qué carajo era lo que se habilitaba de cara a la próxima campaña electoral y apagó la radio. Le interesaba más saber lo que había ocurrido en la calle Lord Byron, en pleno barrio capitalino de Ciudad Jardín, donde él mismo había estado horas antes, vigilando una vivienda que podía ser perfectamente la que había sido asaltada en el momento en que se hallaba en el interior su propietario, quien él se apostaba un huevo a que era Jorge Mesa, el puto calvo, el marido de Nuria, el tipo que había comenzado todo aquello, con quien Monroy habría querido tener cinco minutos a solas para sacárselo todo y con quien ahora ya no llegaría jamás a cruzar palabra.

Aceleró. Tenía que llegar a casa y ponerse al día antes de llamar a Déniz. A la mierda el buen humor. Solo sirve para que los contratiempos lo cojan a uno con la guardia baja.

Al llegar, ya tenía varios mensajes de Sonsoles preguntándole si sabía lo de Mesa, y enviándole enlaces a las noticias que aparecían ya en *La Provincia* y *Canarias 7*. Le contestó que sí, que estaba en ello, que la llamaba en media hora. Recordó que había quedado en ir a comer con Gloria. Si quería llegar a tiempo, tendría que resolverlo todo antes de las dos de la tarde.

Encendió el ordenador, le conectó el bolígrafo espía y el disco duro y se sentó. Un ratito después, tenía ya hechos los deberes. Ya habían sido puestos los puntos que faltaban, las líneas habían ido uniéndolos y había aparecido, por fin, el dibujo de todo aquel paisaje después de la batalla.

Telefoneó a Déniz. El comisario contestó de mala hostia y Monroy casi pudo olerle la resaca y las gafas de sol.

—El que tiene mala noche no puede tener buen día —le dijo, burletero.

—Cuéntaselo a alguien a quien le importe. ¿Qué te duele ahora?

—¿Estás en el despacho?

—Sí.

—Abre el ordenador. Te acabo de enviar un par de correos electrónicos interesantes. Y tenemos que vernos. Lo antes posible.

—Estoy liado. No sé si lo sabes, pero hay gente que trabaja. Ha habido un homicidio.

—En Ciudad Jardín —dijo Monroy—. Seguro que la Científica todavía está allí.

—Sí, ya sé que lees los periódicos.

—Pero es una cosa clara, ¿verdad? Tienen hasta a un sospechoso.

—Tú sabes que de estas cosas no puedo contar nada...

—Te las cuento yo a ti: la víctima es Jorge Alberto Mesa Ferrer. Lo mataron anoche, más tarde de las ocho y media y antes de las diez y algo. Y tu gente ya tiene a un sospechoso, un tal Rafael Iriarte Santana, por mal nombre Falo el Moldura. Que, por cierto, no lo sabrán todavía, pero te lo digo yo: fue socio del finado. Hace diez años. En una constructora. ¿Ya fueron a por él?

Por el silencio de Déniz, Monroy entendió que había dado en el clavo. Pero el comisario se repuso y repitió:

—Ya te dije que no te lo puedo decir.

—Vale, entonces ya lo detuvieron. Con el dinero y un pelucazo marca Omega que pertenecía a Mesa Ferrer.

Ahora Déniz sí reaccionó inmediatamente:

—¿Cómo diantres sabes tú todo eso?

—Es lo que tiene no trabajar, que te queda tiempo libre para hacer las cosas como está mandado, porque Falo el Moldura no fue el que lo hizo. Tiene coartada.

—¿Cuál?

—Estás hablando con ella.

Déniz dio un bufido, antes de decir:

—Alonso todavía está con Iriarte. No sé lo que le habrá dicho. ¿Puedes venirte para acá?

—Dame media horita.

No sabía si era pronto para enviarle a Manolo lo mismo que a Déniz. A veces los de La Asamblea eran unos histéricos que difundían la información antes de tiempo, alertando a quienes la gente de Déniz quería coger desprevenidos. Decidió dejarlo pendiente. Lo que sí hizo, mientras apagaba el ordenador y cogía la cartera, la libretita y las llaves de casa, fue llamar a Sonsoles y explicarle que iba a verse con el comisario.

—Una vez lo tenga él todo claro, no van a poder hacer nada sin buscarse la ruina. Díselo a Nuria, para que se quede tranquila.

—Al final todo está yendo rápido.

—Eso parece.

Después de colgar, Eladio Monroy, se dispuso a salir, pero, ya preparado, volvió sobre sus pasos hasta el escritorio, desconectó el disco duro y metió el bolígrafo grabadora en su cajón de la vergüenza.

Todo el mundo tiene un cajón de la vergüenza, un lugar más o menos íntimo, más o menos secreto, donde guarda las pruebas de sus violencias, sus traiciones, sus infamias por acción u omisión, sus iniquidades inconfesables, sus indecencias. Por supuesto, cada falta, cada maldad, cada egoísmo, es susceptible de responder a una justificación, una excusa, una ineluctabilidad que pueden provenir de las circunstancias, del hábito de la supervivencia y hasta de la tradición, aunque nada ni nadie puede evitar la culpa. Por eso el cajón de la vergüenza es el cajón de la vergüenza y no el cajón del orgullo, de lo inevitable o del deber.

El cajón de la vergüenza de Eladio Monroy no es solo simbólico, como los de otros. Existe realmente y es, en todos los sentidos, el más bajo de los tres cajones de su escritorio. En él guarda las herramientas que le han servido y que aún pueden servirle (por eso, precisamente, las guarda) para hacer daño, en ocasiones haciendo, al mismo tiempo, justicia, lo cual no deja de ser una excusa más, como la tradición, la supervivencia o las dichas circunstancias.

En su cajón de la vergüenza, Eladio Monroy guarda, además del bolígrafo espía, un puño americano, un estuchito con una minicámara que puede disimularse en un pin, un juego de ganzúas, un paquete de hojillas Gillette, una navaja automática y cinco o seis teléfonos móviles de prepago comprados de tercera o cuarta mano que vaya a saber usted a nombre de quién figuran. En algún momento de la década pasada, en el cajón de la vergüenza de Eladio Monroy llegó a haber también un arma de fuego, artefactos que no le agradan pero con cuyo manejo está familiarizado. Tuvo que deshacerse de ella después de verse obligado a usarla. No obstante, Eladio Monroy jamás olvida que esa arma de fuego estuvo ahí, en su cajón de la vergüenza. Y

eso, probablemente, es lo que diferencia a Eladio Monroy de otras personas: que él, ante sí mismo, nunca niega que tenga un cajón de la vergüenza, repleto de los vestigios del mal que ha causado; que él es uno de esos tipos que saben cargar con sus culpas, sin excusas, sin atenuantes ni eximentes ni remilgos. Él sabe lo que ha hecho y sabe lo que es capaz de hacer, en caso necesario.

Pensaba en esto, en todo lo que había hecho, en todos los objetos que se lo recordaban, cuando abrió la puerta de la calle y vio a los dos hombres, y, de pronto, mientras sentía la horrible quemazón de la descarga en el pecho, se enfrentó a un objeto que no había estado nunca en su cajón de la vergüenza pero que, pensó mientras se desmayaba, habría encajado perfectamente en su interior.

Volvió en sí un instante, en el suelo de su propio vestíbulo, y sintió a los tipos moviéndose alrededor. Oyó también una puerta, su puerta, al cerrarse.

—Se está despertando —dijo el de la barba, justo desde donde provenía el sonido de la puerta cerrándose.

Domínguez era quien debía de estar cogiéndolo de los hombros y al que oyó decir:

—Dale otra vez. Pero no te pases.

Notó al más joven inclinándose sobre él y atizándole de nuevo con la porra eléctrica y de nuevo una nada negra le veló la vista.

*You are in a hole, man. In a hole.*

Cuando se despertó otra vez, seguía allí, en el recibidor, pero los tipos habían tenido la amabilidad de tumbarlo en el sofá. Esa había sido la única. El de la barba estaba en el comedor, en una silla que había orientado hacia él. Domínguez, en cambio, se encontraba muy cerca. Se había sentado sobre la mesita de centro y lo observaba, aguardando a que despertara del todo, con una sonrisa prepotente. Monroy se preguntó cuánto llevaba allí y el reloj de pared le indicó que no habían pasado ni diez minutos. Demasiado pronto para que lo echaran en falta.

—No vas a gritar, ¿verdad? —le preguntó Domínguez—. No nos vas a montar un numerito, quiero decir.

Monroy entendió que no le convenía que lo amordazaran o lo atasen. Porque, de hecho, ahora que recuperaba el movimiento del cuerpo, notó que no le habían amarrado las manos. Negó con la cabeza. Quiso decir algo, pero no le salieron las palabras. Domínguez lo notó.

—Tranquilo, todavía te estás reponiendo.

Le tendió un vaso de agua que tenía preparado. Era de los que parecen tenerlo todo previsto.

—Bebe. Esas cosas te dejan la boca seca.

Le vino bien. No sabía si había sido la picana o el miedo, pero estaba seco como los pies de Gandhi. Bebió y carraspeó y volvió a beber. Cuando se acabó el agua, le devolvió el vaso a Domínguez, que lo dejó en la mesa.

Reunió el ánimo suficiente para incorporarse un poco y palparse. El bolígrafo que siempre llevaba por si acaso no estaba en su bolsillo.

—¿Estás buscando esto? —le dijo el de la barba mostrándoselo, antes de volver a ponerlo sobre la mesa del comedor.

Monroy entendió que lo había puesto junto con el resto de las cosas que le habían sacado de los bolsillos: la cartera, las llaves, la libretita, el teléfono móvil, el tabaco y el mechero. Todo eso

quedaba, por el momento, lejos del alcance de su mano. Aquellos dos, para ciertas cosas, no eran tan tontos como parecían o, al menos, no tanto como otros que habían puesto a Eladio en situaciones similares. Estos eran precavidos y tenían preparación policial. Sabían cómo inmovilizar y hacer daño. Estaba en clara desventaja. Si al menos Matías hubiese seguido viviendo enfrente, habría oído el ruido y no habría tardado en llamar a la Policía antes de montar un escándalo. Pero Matías ya no vivía enfrente. Los huéspedes de esa semana, en caso de haberlos, no se habrían enterado de nada. Tenía que ganar tiempo, así que se alegró mucho cuando se dio cuenta de que ya podía volver a hablar:

—Hay que ver, cincuenta años después de lo de Chile y todavía se usa la picana —dijo, abriéndose la camisa y mirándose las marcas que la porra eléctrica le había dejado en el pecho.

El de la barba pareció no comprender al principio. Luego mostró el dispositivo, que tenía al alcance de la mano.

—¿Te refieres a esto?

—Tú eres muy joven para saber a qué se refiere —le dijo Domínguez. Pero luego se dirigió a Eladio—. Hombre, Eloy, esto no es una picana.

—Eladio —corrigió él.

—Ah, Eladio, es verdad, perdona —dijo el expolicía—. Es que con lo de Monroy me hago un lío. Bueno, lo que te decía, estos cacharros son más sofisticados. Y más manejables. ¿Tú sabías que la picana se usaba al principio para controlar al ganado?

—Y se sigue usando para lo mismo, por lo que se ve —se sonrió Monroy.

Domínguez le aceptó la broma.

—Ahora que lo dices...

—Lo que es verdad es que te deja hecho polvo —dijo Monroy, frotándose los dedos, que aún tenía adormecidos.

—A mí no me han dado nunca el tratamiento, pero dicen que sí.

Monroy se dio cuenta de que tenía los náuticos puestos.

—¿Me puedo sentar? —le preguntó a Domínguez—. No quiero manchar el sofá con los zapatos.

Domínguez asintió y se apartó un poco. Monroy quedó sentado casi frente a él. Si hubiese querido, habría podido intentar darle un cabezazo, pero no quiso: era una mala jugada.

—¿Cómo dieron conmigo?

—La nota que le dejaste al Moldura. No es que tengas un nombre muy común. Sabiendo dónde buscar, no era complicado.

Monroy comprendió qué era lo que había olvidado comentar con Faló: la puta nota.

—Y hay que amarrar cabos sueltos, ¿no? —dijo, pellizcándose el mentón.

—Más que eso, para empezar, me gustaría saber de dónde sales —dijo Domínguez—. Quiero decir, ¿qué pintas tú en toda esta movida?

Monroy se sonrió de nuevo. Comenzaba el interrogatorio. Decidió que, ya que no sabía cómo podía terminar la cosa, no había necesidad de implicar a Sonsoles. Tampoco podía contarles la milonga de que conocía a Diego, porque ellos habían estado demasiado cerca la única vez que se vieron. Decidió tirar de los conocimientos que tenía sobre otro de los que habían sufrido una

desgracia.

—Isaías Benítez era amigo mío. Bueno, en realidad, él y toda la familia. Roquito, el hermano, que vive en la Península, no se tragó la versión oficial y me pidió que echara un vistazo de cerca. Isaías no era de los que se dejan el gas abierto.

—Y a Falo, ¿de qué lo conoces?

—Del barrio, de salir de marcha. Todo el mundo ha tenido una racha mala.

—Vale —dijo Domínguez, meneando la cabeza arriba y abajo—. Y ahora me vas a decir que tú, en realidad, no sabes nada, que te podemos dejar ir porque no representas ningún peligro, ¿no?

Monroy no pudo reprimir una sonrisa.

—¿Ningún peligro? ¿Ustedes saben para dónde estaba saliendo cuando vinieron? —Ninguno de ellos hizo intento alguno por adivinar, así que el Mike Hammer de la calle Murga mantuvo el suspense solo unos segundos antes de decir—: Para la Supercomisaría, para verme con Déniz. El comisario Déniz. Tú lo conoces, ¿verdad, Eduardo?

Los tipos se consultaron entre sí con la mirada.

—Sé lo que estás pensando —prosiguió diciendo Monroy—. Bueno, no estoy seguro. No sé si te estás preguntando qué más sé de ti, aparte del nombre, o si lo de Déniz es un farol. Dile a Paco que consulte las llamadas de mi móvil, a ver si hay una de hace un rato con Déniz.

El otro no esperó a que se lo pidiera Domínguez. Manipuló el móvil hasta dar con el registro. Por cómo se miraron entre ellos, Monroy entendió que había conseguido descolocarlos un poco. Ahora le tocaba seguir machacando, por eso se dirigió a Domínguez:

—Y, en cuanto a lo que sé, es bastante. Y no solo lo sé: tengo unas cuantas pruebas. Encima del escritorio hay un disco duro con mucha información. Hasta tengo grabadas un par de conversaciones interesantes. Bueno, tu amigo Paco habla poco, pero tú largas que da gusto. Hasta consejos sobre salud que nadie te ha pedido. Todo ese rollo de desayunar como un rey, almorzar como un príncipe y no sé qué cuantitos.

—Y cenar como un mendigo —completó Eduardo Domínguez, perdiendo la sonrisa y poniéndose muy rígido.

—Eso: cenar como un mendigo. Pues nada, que ahí está el disco duro si lo quieren. Al fin y al cabo, da igual, porque ya se lo mandé todo a Déniz en una carpeta comprimida. Me comentó, por cierto, lo tuyo con los depósitos de pruebas cuando eras subinspector. —Domínguez fue a decir algo, pero Monroy se adelantó a dirigirse al de la barba—. Oye, Paco, ¿a ti también te echaron, o sigues en el cuerpo? Bah, no importa. Déniz no es de los que toleren según qué cosas.

El de la barba miró a Domínguez francamente alarmado, pero el otro mantuvo la sangre fría. O eso pareció, mientras se levantaba, teniendo la precaución de coger de la mesa el vaso al que Monroy ya le había echado el ojo y ponerlo en el mueble de la tele para alejarlo de su alcance.

—No te trabes, Paco. No tiene nada. —Ahora se giró hacia Eladio, poniéndose las manos en la cintura y abriéndose, así, la chamarra hacia atrás para mostrar la culata del arma—. ¿Grabaciones? Me sudan la polla. No sirven de nada si no hay orden judicial. ¿Documentos? Demuestra que son auténticos. Por lo demás, ¿qué tienes? Un cocainómano que se mató con la moto, un loco que mató a la madre, un tío que se dejó el gas abierto. Dos gilipollas que se

suicidaron porque estaban deprimidos o los dejó la novia.

Mientras Domínguez hablaba, el de la barba había ido al despacho y acababa de volver con el disco duro en la mano. Se lo entregó al antiguo subinspector.

—Bien —dijo Domínguez, guardándose en el bolsillo trasero del pantalón—, aparte de toda esa mierda, ¿qué más tienes? ¿La palabra de Falo? Esa es la palabra de un camello del tres al cuarto. ¿Sabes qué te digo? Que no tienes nada con lo que nos puedas joder.

—Tengo a Nuria.

Al ver la expresión con la que Domínguez reaccionó a esa frase, Monroy estuvo a punto de ponerse a bailar. Acababa de darle bajo la línea de flotación. Pero se contuvo. Procuró seguir hablando con serenidad, al decir:

—Vaya, no es que la tenga. Pero sé dónde está. Y esta mujer sí que es de fiar como testigo. No es un camello del tres al cuarto. Vamos, que si yo fuera juez estaría muy interesado en lo que tuviera que decir. Sobre todo ahora que le han matado al exmarido. Por cierto, ¿qué pasó? ¿Se puso nervioso? ¿Se acojonó?

Domínguez lo miró con una frialdad que asustaba y, a continuación, habló muy lentamente:

—Se pasó de listo. Nosotros queríamos solucionar esto llegando a acuerdos, sin que corriera más sangre, y él dijo que no, que había que cerrarle la boca a todo el mundo pero de verdad. Y se nos ocurrió hacerle el gusto. ¿Tú quieres lo mismo?

—Yo quiero salvar el pellejo y que me dejen tranquilo. Soy de los que prefieren negociar.

—Chico listo. Pero, según tú, ya se lo diste todo a Déniz.

—Todo no. Él no sabe dónde está Nuria.

—Y a mí sí me lo vas a decir, ¿verdad?

—Decirlo es complicado, pero te podría llevar hasta donde está.

—No está en mis planes hacerle daño. Si lo tienes grabado, ya habrás oído lo que le dije a Falo. El acuerdo es el mismo. Hablo con ella y llegamos a un acuerdo. El dinero no es problema. Podemos darle una buena cantidad, para resarcirla por las molestias. Y puede que haya algo también para ti,

—No, gracias. No quiero acabar como Falo, en el calabozo. Lo que quiero es que me dejen en paz.

Domínguez se quitó las manos de la cintura y las alzó en el aire, mostrando las palmas.

—De acuerdo, entonces —dijo, y le tendió una mano a Monroy.

Monroy miró la mano tendida. Recordó el momento en que le hizo el mismo gesto a Diego Miranda y este lo rechazó y solo ahora entendió por qué lo había hecho. Pero él no tenía tantos remilgos y sí que disponía de más instinto de supervivencia. Así que le dio la mano a Domínguez para cerrar el acuerdo. No era idiota. Sabía que aquel afán negociador del de las patillas era mera pose, que su sentencia de muerte había sido firmada desde que demostró lo que sabía. Por eso no se había cortado en reconocer que había finiquitado a Jorge Mesa. Pero el caramelo que suponía para Domínguez la posibilidad de que Monroy, invitado sorpresa en aquella fiesta, le proporcionase por fin el acceso a Nuria era demasiado succulento. Tendría, no obstante, que redondear la jugada.

—No es fácil llegar. Está por arriba de San Felipe, en el barranco de Silva. Una casa entre

plataneras. Pero yo sé dónde es y los puedo llevar.

—¿Nos vas a intentar hacer una pirula?

—Dime cómo.

—Está bien. Pero el móvil se queda aquí.

—Como si me fuese a servir de algo —dijo Monroy, desperezándose, estirando los brazos y las piernas antes de ponerse en pie.

Domínguez cogió el manojito de llaves de Eladio.

—Te las doy después —le dijo, guardándoselas.

No, no era tonto. Sabía lo que se puede hacer con unas llaves en el plano de la defensa personal. Monroy se dedicó a tambalearse un poco, a frotarse el pecho, a respirar con dificultad.

—¿Todavía estás jodido? —le preguntó Domínguez.

Monroy meneó la mano en el aire.

—Así así.

Cuando estaban ante la puerta, Domínguez lo retuvo.

—Escúchame bien: tenemos el coche aparcado cerca. Vamos a salir los tres en fila india: Paco delante, tú en medio y yo detrás. Despacio y buena letra. Bajamos por las escaleras tranquilos. Si te encuentras con algún conocido, somos unos amigos que te vinimos a buscar para ir a comer por ahí. Y como se te ocurra intentar algo en la calle, te vas a acordar del día que naciste.

Esto último lo dijo mostrándole otra vez la culata de la pistola, así que le pareció buena idea asentir y poner carita mansa mientras fingía tener unos mareos que ya no experimentaba.

El de la barba abrió la puerta y se adelantó un paso. Luego pasó él y, detrás de sí, sintió cómo Domínguez salía y cerraba la puerta. Para ese momento, el amigo Paco ya estaba a punto de comenzar a bajar las escaleras y él se encontraba ante el ascensor. Y, entonces, ocurrió. El ascensor se abrió de pronto y vomitó a tres estudiantes italianos que salieron en tropel, cantando a grito pelado el himno del *Milan, Milan, Milan, solo con te*, cargados con sus abrigo y sus maletas, Monroy, por una vez, se alegró de la existencia del piso turístico cuya llave uno de ellos tenía en la mano mientras intentaba orientarse y los otros dos, *Milan, Milan, sempre per te*, constataban la presencia de Monroy y del tipo de la barba y pensaban que sería mejor no armar tanto ruido. Paco se había vuelto, como Monroy, a ver qué carajo pasaba. Pero si hay algo que sabe hacer Eladio Monroy es aprovechar una oportunidad. Y la llegada de los tres machangos no solo había interpuesto una puerta de acero abierta (además de sus propios cuerpos adolescentes) entre Domínguez y él, sino que había desorientado a su otro guardián y lo había situado de espaldas a un tramo de diez escalones.

El tipo era bueno, porque enseguida le vio las intenciones en el brillo de los ojos y sacó la porra eléctrica, la picana o como cojones quisiera llamarlo, y la conectó. Pero no era tan bueno como para evitar que Monroy le diera un empujón con todas sus fuerzas, lanzándolo escaleras abajo con el trasto electrocutador funcionando en la mano. Los italianitos se quedaron atónitos, y Monroy aprovechó su estupor para liar todavía más la cosa dándole una piña en el pecho de las de te la debo al que estaba aún saliendo del ascensor e impidiendo así que Domínguez cumpliera su propósito de cerrar la puerta para abrirse paso. Debió de llevarse un buen lechazo, si fue la

mitad de fuerte del que se llevó el pibe. Entre la puerta del ascensor y la de la casa de Monroy se oyó un grito ahogado. Los otros turistas hicieron el gesto instintivo de auxiliar a su amigo. Al fin y al cabo, no estaban cantando tan fuerte, pero Monroy se los quitó de en medio a codazos y salió corriendo escaleras abajo. Para alcanzar el siguiente descansillo, saltó sobre el de la barba, que había caído sobre su propia arma y convulsionaba boca abajo con la cabeza golpeando un zócalo. No miró atrás, pero entendió que entre sacarse de encima a los italianos y socorrer al compañero (si era un tipo legal), Domínguez perdería bastante tiempo en ir tras él.

Pero Domínguez no era un tipo legal y es fácil quitarse a tres pibes desorientados de encima cuando uno tiene un arma con la que apuntarles. No se molestó en ver qué había pasado con Paco, sino que, aprovechando la coyuntura, se metió en el ascensor. Mientras bajaba, se miró en el espejo las nupias de aguilucho aplastadas por la puerta. De una de las narinas había empezado a brotar un chorro de sangre que le empapaba la camisa. Se limpió como pudo con la manga. Ya se encargaría en serio de la hemorragia. Ahora lo que le urgía era controlar la visión borrosa y los nervios, no perder también al tal Monroy como había perdido la mañana anterior a Falo.

Menuda mierda de semana. Eso fue lo que pensó al llegar al vestíbulo y ver que la puerta del zaguán aún no se había cerrado del todo. El cabrón de Monroy había llegado antes que él y ya estaba en la calle. Enfundó el arma, porque la calle Murga a mediodía de un viernes no es sitio para ir enseñando una cacharra, pero se apresuró a salir e intentar no perderle la pista. Ese fue uno más de los errores que cometió ese día. Probablemente el último. Se dio cuenta un segundo después, cuando sintió la patada en el hueso poplíteo de la pierna derecha y, con una diferencia de unos segundos, el barrido bajo el pie izquierdo que lo derribó del todo. Lo siguiente fue la presa que Monroy le hizo, pasando el antebrazo derecho por delante de su cuello y la mano izquierda por detrás de su nuca. Solo entonces entendió que no jugaba en propio campo, que Monroy había fingido salir y había vuelto para esconderse en la escalera y esperarlo, que el tipo tenía más huevos y recursos de lo que parecía y le había hecho la tres catorce antes de rematarla aplicándole lo que le estaba aplicando ahora, la vieja y mundialmente conocida pero siempre eficiente mataleón, maña de maleantes y atracadores de viejos, de la que no pudo desasirse antes de comenzar a ver chiribitas. Para cuando se le ocurrió que él tenía una pistola y podía intentar alcanzarla, ya las chiribitas le habían invadido por completo la mirada y su cuerpo había decidido irse a dormir.

## **UNA COSA DE POLICÍAS, JUECES Y FISCALES**

La Policía tardó más de un cuarto de hora en venir, aunque al final se presentaron allí tres coches. Monroy habría tardado menos en llegar caminando a la Supercomisaría. Con todo, había tenido mucha suerte, porque quien iba entrando en el bloque justo en el momento en el que él dejaba fuera de juego a Domínguez no fue ninguna de las viejas criconas ni el contable del 2 A, sino Carmelo, el yerno de Matías, que, después de darles las llaves a los italianitos había recordado que se había dejado las toallas limpias en el coche y había vuelto a por ellas después de decirles que podían ir subiendo. Y Carmelo sería despistado, pero era rápido para esas cosas. Sobre la marcha, soltó las toallas, vino hasta él y, al ver que tenía controlado al tipo, sacó el móvil para llamar al 112.

Aprovechando que estaba grogui, Monroy registró a Domínguez y lo desarmó. Había pensado tener la pistola preparada para mantenerlo a raya cuando se despertase, pero el tipo llevaba en un bolsillo unas bridas de plástico, acaso reservadas para él, si daba problemas. Por eso no tuvo reparos en usarlas para inmovilizarle las manos. Una vez estuvo seguro, descargó y desmontó el cerrojo del arma. Carmelo lo vio hacer todo esto con los ojos como platos, especialmente al verlo manipular el hierro.

—¿Qué coño...?

—Luego te cuento. Arriba hay otro, pero fuera de juego también. Me cogieron desprevenido, saliendo de casa. Justo en ese momento, llegaron los italianos y aproveché.

—¿Los pibes están bien?

—Perfectamente.

Monroy estuvo a punto de pedirle el teléfono para llamar a Déniz, pero luego se dio cuenta de que no sabía su número de memoria y su móvil estaba arriba. Así que la cosa fue algo más complicada, con policías intentando aclarar la situación, pidiendo identificaciones, llamando caballero a todo el mundo con desconfianza de socio del Club Náutico en el barrio de Jinámar y haciendo oídos sordos cada vez que Monroy pedía que lo pusieran en contacto con Déniz, lo cual le permitiría aclarar la situación lo antes posible. Porque, en realidad, todo era bastante complicado de explicar: tenían en el descansillo a un pureta que le había reventado la chopa a otro y lo había inmovilizado con unas bridas, con una pistola que parecía pertenecer al inmovilizado, y a un tipo más joven, cuatro pasos más arriba, reponiéndose de una electroconvulsión. Además, enseguida descubrieron que el electrocutado era compañero, igual que lo había sido el de abajo, el inmovilizado, subinspector, que nada menos. Pero el presunto agresor, el tipo que les había dado el tratamiento, decía haber sido asaltado en su vivienda por

estos dos y haberse defendido de un intento de retención ilegal y secuestro, y no paraba de repetir que tenía que hablar con el comisario, a quien podía conocer realmente o de quien, simplemente, podía saber el nombre como lo sabía media ciudad. Así perdieron un buen rato y se complicó aún más el asunto, pues cuando Domínguez y el de la barba lograron recuperar el conocimiento y la palabra comenzaron a enmierdar la cosa, acusando a Monroy de ser un tipo peligroso al que Paco estaba intentando identificar por un asunto de una estafa. Y, por supuesto, en medio, los tres jóvenes turistas italianos, entre el acojone y la indignación, después de dar agua y aire al tipo de la escalera, habían vuelto a ejercer de jóvenes turistas italianos y habían comenzado a quejarse y repetir en su español chapurreado que respetaban a la *autoridade española*, pero ellos eran *vittime, signore agente*, uno de ellos había sufrido *agresione* del *signor* calvo y el otro *signor* los había amenazado con la pistola. Y, en medio, Carmelo intentaba, como podía, volver a doblar las toallas que había arrojado al entrar, para que pareciera que no habían tocado suelo. Al final, hubo suerte, porque una agente que llegó en el tercer coche patrulla, al ver el panorama, apartó a uno de sus compañeros y le dijo que era verdad que el hombre aquel era amigo del comisario Déniz, que ella los había visto juntos. Monroy, en ese momento, estaba sentado en la escalera, custodiado por dos uniformados, mientras al otro lado del vestíbulo otros dos compadreaban con Domínguez y el de la barba, pero logró oírlos y empezó a respirar aliviado cuando vio que el interpelado comprendía lo que le estaba diciendo su compañera y se iba hacia la puerta para comunicarse con comisaría de una puta vez.

Al final, los italianos, incluido el que había empujado Eladio, no habían sufrido daño alguno salvo en su pundonor y encima tendrían una anécdota estupenda que llevarse como *souvenir*. En cuanto a los otros dos, no se podía decir lo mismo. Y ahora tenían muchas cosas que explicar. De hecho, ahora, con la luna ascendiendo sobre la bahía, continuaban declarando ante el juez de instrucción, después de haber solucionado lo del parte de lesiones. Monroy había sido más rápido, había declarado ante Alonso, que llevaba el caso de Jorge Mesa (y que continuaba odiando a Monroy como desde la primera vez que se vieron), y luego ante el juez y ya estaba con Déniz en el despacho. Al final, se habían tomado el café juntos antes de lo que esperaban, aunque fuese allí y en vaso de cartón. A Monroy, de todos modos, le estaba sentando bien y, tras haber podido hablar por teléfono con Gloria para tranquilizarla, se sentía casi a gusto allí sentado, frente a Déniz, que estaba ya a punto de terminar de echarle la bronca por hacer las cosas como siempre, así, a su manera, por su puta costumbre de meterse siempre donde no lo llamaban, en problemas de los que podría hasta salir con los pies por delante. Como si se hubiera bebido cuatro o cinco whiskies, no escatimó en palabras feas hasta la frase que resumió todo su discurso:

—Estoy hasta los putos cojones de solucionarte trifostios. Pero al menos todavía puedo. ¿Qué va a pasar cuando te metas en uno del que ni yo te pueda sacar?

Monroy se encogió de hombros y, por no sostenerle la mirada y mandarlo a la mierda, Déniz miró la pantalla de su ordenador, donde tenía abierto lo que Eladio le había enviado por la mañana.

—Y esto es un lío de cojones.

—Ya. Pero yo lo tengo todo más o menos claro, te puedo hacer un resumen.

—Te escucho.

Monroy decidió que lo mejor era comenzar por orden cronológico, por el momento en el que Jorge Mesa y sus socios, uno de los cuales era Eduardo Domínguez, se apuntaron, por mediación de Barrientos, a reflotar sus negocios blanqueando capitales infames puestos a su disposición por Falo el Moldura.

—Ahí es donde empieza todo: en el blanqueo. Pero Falo el Moldura decide cerrar el chiringuito y se sale de la sociedad, sin dejar pufos y dejándole las cuentas saneadas a todo el mundo. Hasta ahí, todo en orden. Y sigue en orden hasta que Nuria Sánchez Blay, la mujer de Jorge Mesa, interpone demanda de divorcio y contrata como abogado al antiguo intermediario, el amigo Barrientos. Como, al parecer, Nuria ha guardado pruebas de los chanchullos del futuro

exmarido, Barrientos decide aprovechar la coyuntura para exprimir a Mesa y, de paso, a los socios. Puede ser, me imagino yo, que hasta sin conocimiento de Nuria, que había guardado todo aquello más bien como un seguro, un último remedio. Conocí a la piba esta mañana y no parece de las chantajistas.

—¿De cuáles parece? —preguntó Déniz, con sorna.

—De las asustadas. Y tiene sus motivos. Porque cuando Mesa se pone nervioso, le va con lo del chantaje a los socios, y esos se ponen más nerviosos todavía y se defienden atacando. Empiezan por ir a por Barrientos. Y el bobón de Barrientos, en vez de apechugar y comerse él solito el marrón que se ha buscado, se tira el farol de que el personal de la consultoría está en el ajo. Ya que están montados en el burro, arre burro. No pueden ir a por Nuria, porque se ha hecho humo (y eso ellos todavía no lo saben, pero está con Tenesor Quesada, que para el caso es su nuevo novio). Así que se empiezan a pasar por la piedra a la antigua plantilla, empezando por arriba: primero, el asesor fiscal; después, la contable y el hijo esquizofrénico, que es un daño colateral. Pero después, más o menos después del Día del Pino, se detienen, paralizan el reajuste de personal. ¿Por qué?

Déniz cruzó los brazos y se pellizcó la nariz:

—No lo sé, pero seguro que tú me lo vas a decir.

—Pues claro: se paran porque no son Hannibal Lecter, no están haciendo todo eso por gusto. Al ver que los demás no reaccionan, se empiezan a oler el farol. Y optan por la prudencia, por dejarlo estar, pero vigilando a la siguiente pieza, que es Diego Miranda. Todavía no saben que Tenesor es el único que sabe dónde está Nuria. Pero tampoco saben que Miranda y Falo y el propio Tenesor ya están sumando dos y dos y andan vigilándose las espaldas. Y ahí es donde entro yo. O, mejor dicho, la hija de Paco Nieves, que me pide que me entere de lo que le pasa a este muchacho. Ahí metí la pata yo. Él se pensó que yo estaba con ellos y pareció que se iba a echar fuera del plato. Así que deciden visitarlo en su casa y hacerle unas preguntitas.

Monroy no podía asegurarlo, pero era más que plausible que Miranda (buen tipo, pero poco dado a la acción y la resistencia) pusiera a Domínguez y al otro al día de que Falo y Tenesor se olían la tostada y, de paso, de que este último andaba de novio con Nuria.

—Por eso —prosiguió, ante un Déniz cada vez más incrédulo— los tipos van en busca de Falo y, cuando no dan con él, lo intentan allá donde creen que pueden encontrar a Tenesor. En realidad, ninguno de los dos les interesa, solo quieren a Nuria o, más bien, quieren lo que ella tiene. Y, mira qué casualidad, justamente allí está Falo. Podrían matar dos pájaros de un tiro. O averiguar dónde está Nuria sin tener que matar ningún pájaro. Con lo que no cuentan es con un tipo enamorado como un cochino, dispuesto a tirarse por la ventana para no traicionar a la piba. Con toda la movida, Falo se les escapó y se fueron a hablar con Jorge Mesa. Eso lo sé yo porque los seguí hasta Las Torres. Ahí, en el polígono Díaz Casanova, se reunieron con él. Parece que lo que querían era decirle que se plantaban, que las cosas se quedaban de ese tamaño. Pero Mesa se puso terco, por lo que me contó Domínguez, y supongo que hablarían con el otro socio para ver qué hacían. Lo demás fue control de daños.

—¿Control de daños?

—Imagino que lo que pensaron fue que, si todo el problema había empezado con el divorcio

de Jorge Mesa, muerto el perro, se acabó la rabia, sobre todo si el perro está tocando los cojones porque le duelen los cuernos. Y si, de paso, se las podían ingeniar para hacer que Falo se comiera el marrón, cojonudo. Nadie iba a creer a un tipo como Falo. Por lo demás, si podían dar con Nuria, bien; si no, tampoco se iban a volver locos, porque ella estaría haciéndose caquita encima, escondida en algún agujero. Pero les quedaba un cabo suelto: un tipo que le había dejado a Falo una nota diciéndole que lo sabía todo.

—Y por eso fueron a por ti.

Monroy no se molestó en contestar. Estaba ocupado buscando un número en la agenda de su teléfono móvil y enviandoselo a Déniz.

—Ese es el número de Sonsoles. Tiene a Nuria en la casa. Con lo que ellas declaren, se pueden ir juntando unas cuantas piezas más.

Déniz comprobó en su móvil que le había llegado el mensaje. Luego volvió a mirar la pantalla del ordenador y se inclinó hacia Monroy:

—Cojonudo, Sherlock Holmes, pero la mitad de todo esto no nos sirve para nada —dijo.

—Ya lo sé —convino Monroy.

—Delitos económicos del año del gofio, sospechas, cosas que no se pueden demostrar, grabaciones chapuceras... Lo estuve comentando con Alonso. ¿Qué quieres que hagamos con esto?

—Para empezar por el final, tienes que me asaltaron en mi casa.

—Demuéstralo.

—Ya sé que sería mi palabra contra la de ellos, si no fuera por esto —dijo Monroy, abriéndose la camisa para señalarse la quemadura en el pecho—. Yo los vi en Moya. Y los vi salir del edificio de La Pantera Rosa para ir a reunirse con Mesa. Y, no me jodas, Déniz, con lo de Mesa no va a ser difícil relacionarlos, ahora que Alonso sabe que los tienen que investigar a ellos y no a Falo.

—Tu amigo Falo —dijo Déniz con desdén—. Con qué gente te me juntas, Eladio.

—Prefiero juntarme con un tipo como Falo antes que con un tipo como el Tíbur. Falo se busca la vida, pero no es mala gente y no le desea mal a nadie. Y, sobre todo, no es un asesino.

—Un narcotraficante.

Monroy vio la oportunidad de devolvérsela:

—Demuéstralo.

Déniz señaló hacia el ordenador:

—Aquí mismo lo dice.

—Delitos económicos del año del gofio —le soltó Monroy. Luego, cuando vio que Déniz se veía obligado a aceptarlo, agregó—: Pero lo que sí es verdad es que estaba en La Pantera Rosa cuando llegaron estos tíos. En realidad, Falo es un testigo cojonudo, si lo saben usar, porque lo que quiere es que lo dejen tranquilo. Y también tienes a la piba. Y hasta yo puedo testificar. Sobre lo otro, dile a Alonso que haga su trabajo y haga eso que hacen ustedes de rastrear las señales de los móviles y toda la puñeta. Seguro que también se puede demostrar que estaban cerca en los otros casos.

—Vale, se puede intentar. Pero toda esta novela de Ken Follett que me estás contando, ¿a

qué viene? ¿Por qué se iba a molestar tanto nadie en hacer un tapujo con muertos de por medio por una movida de blanqueo de hace diez años? Domínguez no se jugaba ni el puesto, porque lo largaron hace tiempo. A Mesa también era difícil demostrarle nada.

Monroy miró al techo y suspiró.

—Señor, dame paciencia —dijo, antes de mirar a Déniz y señalarle el ordenador—. Pero, me cago en la leche, Déniz. ¿Es que no sabes leer? ¿No te suena de algo el nombre del otro socio? ¿Tú te crees que todo este follón se habría montado para defender a Jorge Mesa?

Qué mala suerte tenía Democracia Española Nacional con sus candidatos en la provincia de Las Palmas. Nuevamente en vísperas de elecciones, tenían un escándalo judicial. Su candidato, el economista y empresario José María Hidalgo de Pablos, había visto su nombre relacionado con la víctima y con uno de los autores materiales de un caso de homicidio, vinculado a su vez con otros posibles delitos entre los que figuraba el blanqueo de capitales. Tampoco habían ayudado las informaciones que habían ido llegando anónimamente tanto a medios locales como nacionales. Algunas adjuntaban incluso clips de vídeo donde se veía a Hidalgo de Pablos compadreado con víctima y verdugo y hablando con ellos de transacciones posiblemente ilegales. No había que descartar la intervención de una mano negra, de adversarios políticos sin escrúpulos (desde los comunistas a la derecha cobarde) aliados con ciertos medios de comunicación. Pero a la dirección nacional, de nuevo, no le había temblado el pulso y también había cesado a Hidalgo de Pablos con efecto inmediato. El nuevo candidato, Ernesto García Medina, había ofrecido sus primeras declaraciones, en las que afirmaba que, no obstante la presunción de inocencia de la que, como todo ciudadano, debía gozar el señor Hidalgo de Pablos, Democracia Española Nacional no toleraba entre sus filas a personas sobre las que se pudiera arrojar ni la más mínima sombra de sospecha, al contrario de lo que ocurría con otras formaciones. Monroy lo leyó en el artículo que figuraba a una columna en la portada del periódico. La foto central, a cinco columnas, era para los supervivientes del naufragio de una patera, recién llegados a Arguineguín en la Salvamar Talía. Ahí estaban, envueltos en mantas, con sus caras de hambre y frío, con el miedo y la desolación persiguiéndolos a través del mar.

Monroy sabía que al día siguiente las declaraciones de García Medina ya no harían referencia a Hidalgo de Pablos, sino a aquellos naufragos y otros como ellos, a la imposibilidad de atenderlos en un país que ya sufría suficientes calamidades, a la necesidad de poner solución a la acuciante crisis migratoria. Pero, personalmente, lo que más le repateaba los huevos era que el gran beneficiado de toda aquella historia fuese precisamente García Medina, que tenía que esconder más que nadie.

Reprimió su asco dando un último buche a su cortado y entonces, igual que un par de semanas antes, alzó la vista y vio frente a él a Sonsoles, mirándolo y sonriéndole.

—¿Tienes ganas de fumar?

Incluso después de que todo estallara, Nuria se había quedado en casa de Sonsoles unos días más. Parecían haber establecido una rápida intimidad, una alianza nacida del dolor y las preocupaciones comunes. Veían series y tenían largas conversaciones por la noche, después de cenar, tomando más vino del necesario, demorando el momento de irse a la cama para enfrentarse a un insomnio plagado de monstruos. Así fue como Sonsoles descubrió que aquello no había sido una historia de cuernos.

Era cierto que Nuria y Tenesor se habían conocido en los tiempos en los que Caléndula contrataba los servicios de CBA. Pero no era verdad que estuviesen liados desde esa época. De entrada, porque, por entonces, Tene vivía con su ex y Nuria todavía pensaba que podría salvar su matrimonio. El reencuentro, en realidad, había tenido lugar hacía año y medio, con Tenesor ya de nuevo soltero y Nuria ya separada del constructor, a quien había dado por imposible.

Ella había alquilado un pisito en Schamann, se buscaba la vida llevando la contabilidad de un par de pequeñas empresas y, aunque sabía que su matrimonio estaba roto, aún no había tenido ánimos ni ganas de interponer la demanda de divorcio. Sola como estaba, con sus amistades de su época de soltera ahuyentadas por el tiempo, la distancia y tres lustros de vida conyugal con un bobomierda, llenaba sus horas libres yendo al gimnasio y, una vez a la semana, asistiendo a un club de lectura. Allí fue donde volvió a encontrarse con Tene, el chico alto, flaco y amable que siempre había sido tan simpático con ella en la consultoría.

Nuria llegó a decirle a Sonsoles que había sentido que Tene era la persona a la que tenía que haber conocido en lugar de Jorge. Estar con él no era empezar de nuevo, sino estar por primera vez con la persona con la que debes estar. Sonsoles también había tenido un matrimonio errado, así que la entendía perfectamente. Y también entendió que Nuria, para disfrutar realmente de lo que tenía con Tene, debía pasar página de manera definitiva. Por eso había solicitado el divorcio.

Como no era tonta (como creía no ser tonta) y sabía entre qué tiburones se movía, contrató a Barrientos. Al principio, no le dijo nada acerca de lo que tenía guardado sobre los negocios de Jorge. Ella no pretendía sangrarlo; solo quería lo que era suyo. Pero cuando los abogados de Mesa se pusieron duros en la negociación, Barrientos le preguntó si ella tenía algo con lo que presionarlo. Aunque él sabía mejor que nadie en qué había andado metido el constructor, no podía demostrarlo. Así que ella le mostró lo que tenía, lo que había guardado todos aquellos años para protegerse si un día llegaba a la oficina la Policía Judicial. Ahora entendía que lo que había azuzado la avaricia del abogado había sido la aparición de Hidalgo de Pablos en los vídeos. Porque a Mesa podía sangrarlo, pero a Hidalgo de Pablos, que se había metido en política, podía

sacarle un sueldo vitalicio.

Todo esto se lo fue contando Sonsoles a Eladio Monroy mientras caminaban por León y Castillo hacia la plaza de La Feria y después, cuando se sentaron en un murete, con Benito Pérez Galdós apoyado en su bastón, examinándolos atentamente.

Finalizó diciéndole que cuando Nuria se decidió por fin a regresar al piso de Schamann, ella la acompañó y pudo ver su cara de tristeza al ver el desastre.

—Se lo habían destrozado todo, supongo que estos dos, buscando. Los cajones vaciados, la comida y los utensilios por el suelo, platos rotos... Hasta el colchón y el sofá se los rajaron. Nos pasamos toda la tarde limpiando. Al final la convencí de que se volviera conmigo hasta que consiguiese, por lo menos, un colchón nuevo.

—¿Y ahora sigue contigo?

—No, ya está en Schamann. El colchón se lo traen esta tarde. Después de currar tengo pensado pasarme para ver qué tal ha quedado. ¿Te quieres venir?

Monroy negó con la cabeza. Nuria ya no era asunto suyo. El colchón no lo había sido nunca. Casi no lo era tampoco Sonsoles, pero no lo dijo. Prefirió preguntarle si le habían dado mucho la lata haciéndola declarar.

—Pues parece que no tengo mucho que decir. Después de lo del viernes, no han vuelto a preguntarme nada. El fiscal dijo que puede que me llamen para corroborar no sé qué parte del testimonio de Nuria. Y puede que del tuyo. Pero, por lo demás, no tengo mucha relación con el asunto, por lo visto.

—Mejor para ti. Yo ya he ido un par de veces y, cuando empiece el juicio, me va a tocar comerme un par de sesiones.

—¿Tú qué crees que va a pasar?

Ya habían llegado a la plaza. Buscaron sitio cerca del monumento a Galdós.

—A ver —respondió Monroy, encendiendo un cigarrillo—, por lo que me ha contado Déniz, a Domínguez y al otro los tienen trincados por lo de Jorge Mesa. Eso ya les garantiza un buen marrón. Pero está más difícil demostrar todo lo demás.

—¿Y el facha este?

—¿Hidalgo de Pablos?

—Sí.

—Eso va a estar más complicado. A ver, los otros dos le están echando encima toda la mierda que pueden, pero parece que el tipo es de los que se cuidan de no dejar pruebas. Así que será palabra contra palabra.

—O sea, que se va a ir de rositas.

—Bueno, por el momento, le hundieron la carrera política, porque que era socio de los otros está por escrito y hasta grabado.

—Pero no lo van a acusar... —supuso la veterinaria.

—No lo sé.

Ambos habían encendido otro cigarrillo. Fumaron en silencio, mirando a un perrito mezclado que una viejita estaba paseando por el parterre de enfrente. Al perro le costaba más andar que a la viejita y ella iba esperando por él. «Así como de la noche nace el claro del día, de la opresión

nace la libertad», leyó Monroy en el monumento. Bonitas palabras. Inspiradoras. Pero solo palabras. Aunque fueran de Galdós. Sonsoles lo pensó un poco, antes de decir:

—¿Sabes? Yo, en estos días, me estaba preguntando una gilipollada. Hasta me despierto por la noche pensándolo, fíjate. Me pregunto si Diego sabía que Hidalgo de Pablos estaba detrás de todo.

Monroy meneó arriba y abajo la cabeza.

—Lo sabía. Yo creo que lo sabía. Hay una cosa que no te conté de cuando hablé con él. En un momento dado, le ofrecí la mano y me la rechazó.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Date cuenta: él pensaba que yo estaba en tratos con esta gente. Cuando hablamos, y me dijo aquello de que no pensaba hablar y todo eso y yo le dije que de acuerdo, le ofrecí la mano y me la rechazó. Para él, era un riesgo. Pero, así y todo, no me dio la mano. Yo, al principio, no entendí bien por qué. Luego me acordé de algo que dice siempre Manolo, el Comunista, un amigo mío.

—¿Y qué dice?

—Que el que le da la mano a un sinvergüenza se la mancha para siempre.

—Por suerte, cuando me hicieron el registro en casa, solo encontraron un par de gramos. Consumo propio. El tocayo dice que si colaboro, me va a conseguir un buen acuerdo —dijo Falo, intentando partir un maní. Le había cogido el truco a usar solo la mano izquierda, pero cosas como abrir manises le seguían resultando bastante complicadas.

Monroy entendió que el tocayo al que se refería Falo era Feluco Bosch, con quien él mismo lo había puesto en contacto. Si alguien sabía de llegar a acuerdos con el juez y la fiscalía, ese era Feluco, que ya le había salvado el culo judicialmente a Eladio en más de una ocasión. La Vieja Guardia no estaba por allí esa mañana y El Pejín parecía aún más vacío que de costumbre. Sin embargo, Ramos el Manojopollas había fingido tener que hacer cosas en la cocina para dejarlos hablar tranquilamente.

—Pero, mira, por lo menos estoy en la calle hasta que salga el juicio. ¿Y sabes qué? —prosiguió el Moldura, aún masticando—, que si para seguir así me tengo que chivar, me chivo de todo.

—Esto no es chivarse, Falo. Ellos no son tu gente.

—También es verdad.

—Lo único es que te vas a tener que dejar de trapicheos durante un tiempo.

Falo se encogió de hombros.

—Tengo algo ahorrado. Y algún trabajito saldrá, de vez en cuando.

Hay que ver cómo pueden salir de mal las cosas cuando les da por salir mal, ni un poco de buena suerte en medio de tanta putada, pensó José María Hidalgo de Pablos al entrar en el bungaló. Lo hizo por el lado de la piscina. Aunque los vecinos no solían llegar hasta el fin de semana, no quería arriesgarse al encuentro con algún adelantado.

Tan cerca como había estado, y ahora se tenía que venir aquí para esconderse de la prensa, de los conocidos, de todos los putos buitres que intentaban hacer leña del árbol caído.

Y todo aquello, ¿para qué? ¿Para que Jorge no pagara el divorcio como pagaban todos cuando les tocaba divorciarse? Pero, al final, el gilipollas de Eduardo había acabado siendo todavía más gilipollas que Jorge. «Tú déjalo en mis manos, Chema, que yo lo soluciono». Y una pinga había solucionado. Menuda puta ristra de desastres y de muertos por el camino. «Déjame a mí, que este es mi terreno». Ahí, en su terreno, estaba ahora, cantando que daba gusto, dándole un concierto de chivateo al juez y al fiscal para salvar el culo. Granados le había dicho que no se preocupara; que, legalmente, contra él no tenían nada. Pero vaya usted a fiarse de los abogados. Precisamente por culpa de uno se había montado todo este pollo. Por lo pronto, lo habían tenido toda una semana para arriba y para abajo, que si declaraciones, que si registros... Y los periodistas haciendo guardia. Eso sí: esta semana no iba a ser igual. Estaba harto de escarnios. Bueno, ya se vería en qué acababa la cosa. Lo que sí se había acabado era la carrera política. Qué mierda, se dijo, un mes más y habría ido a las elecciones y habría salido diputado. Eso seguro, porque un escaño ya habrían podido arañar, con el subidón que habían dado en las encuestas. Qué mierda, tan cerca del éxito y había que verlo ahora, ahí, escondido en el bungaló, con la vergüenza persiguiéndolo desde la ciudad. Por lo menos, allí no tendría que aguantar los ya-te-lo-dije de Encarna. Con ella, cualquier día, también se iba a ver metido en líos de abogados. Y esa sí que lo iba a dejar con una mano delante y otra atrás, porque, con hijos de por medio, los jueces siempre se ponen de parte de ellas.

En el bungaló todo parecía en orden y más o menos limpio, pero la despensa estaba de aquella manera. Decidió comer en la pizzería de al lado y, luego, pasar por el súper del centro comercial y hacer acopio de víveres para no tener que salir más hasta el fin de semana.

Gino, el italiano, era un tipo discreto y sabía llevar su negocio. Lo saludó con la amabilidad de siempre, como si no hubiera estado un rato antes viendo los videos que circulaban sobre él en las redes, y le preparó la mesa de la terraza que a él le gustaba, en la que podía fumar sin estar demasiado expuesto.

Ordenó media botella de quianti y encendió un cigarrillo mientras elegía algo en la carta. El

restaurante estaba medio vacío, pero aunque hubiese estado abarrotado no habría podido evitar fijarse en la morena que se sentó en la mesa de su izquierda. No tuvo que mirarla de frente para saber que tenía un revolcón. La oyó pedir una cerveza y una pizza cuatro estaciones y la escuchó, también, sacar algo del bolso. Supo que era un paquete de tabaco cuando sintió la mano en el hombro.

—Disculpa que te moleste. ¿Tendrías fuego?

La mujer tenía entre los dedos un cigarrillo LM y, en la cara, una enorme y hermosa sonrisa a juego con unos ojos achinaditos que buscaban acercarse. José María Hidalgo de Pablos le devolvió la sonrisa y, mientras cogía el mechero, pensó que igual se había equivocado, que hasta en los peores momentos de su vida, un hombre puede tener un golpe de suerte.

## **UNA COSA DE DESPEDIDAS**

La celebración de verdad la harían las pibas por la noche, con las amigas, porque para eso era *juernes* y ellas gente joven que podía ir a currar el viernes de resaca sin que se les notara demasiado. Pero Monroy quiso invitarlas a almorzar ese día y preparó una carne mechada (plato de especial predilección para su nuera) y, de postre, hizo un brazo gitano de nata y chocolate (uno de los cuatro o cinco postres que le salían bien). Lo sacó con una velita de cuarta o quinta mano clavada y él, Paula y Gloria le cantaron a la muchacha el «Apioverdetuyú» y que cumplas muchos más antes de que la palmatoria esmirriada se derritiera del todo. Mónica abrió los regalos. Gloria, seguramente aleccionada por Paula, acertó con la antología de Olga Orozco y el cuaderno Moleskine. Cuando abrió la caja que Monroy le entregó envuelta en papel de cartucho y vio las Converse rojas (que él había ido a comprar personalmente y sin Gloria para aconsejarle), las miró sorprendida y luego se lo quedó mirando a él, sonriente.

—Pero ahora no me las vayas a dejar tiradas en medio del salón, ¿eh? —bromeó Monroy mientras Mónica se las probaba, feliz como una niña chica.

A mitad del postre, Paula le preguntó a Eladio si ya había visto las declaraciones «del candidato». Ese día, García Medina había hablado sobre lo que él y su chusma llamaban «la dictadura de la ideología de género» y el «lobby LGTB».

—Sí. Lo vi en el periódico.

—¿Y qué te parece?

—Me parece lo de siempre, Paula: no sé si es más gilipollas que hijo de puta o más hijo de puta que gilipollas. Pero qué quieres que le haga.

Paula relamió la cuchara y dijo:

—Yo a tu ex ya le dije que no nos esperen a comer en bastante tiempo. Puede que les hagamos un favor: así no nos tienen que esconder. Ella dice que comprenda, que son cosas de la campaña y no sé qué cuantitos. Por mí, que les frían un huevo a los dos.

Él no dijo nada, pero sintió un pellizco de orgullo antes de preguntar quién quería un poco más de brazo gitano.

Cuando las pibas se marcharon, Gloria se sirvió más café. No haría siesta porque tenía que volver a la librería.

—Me lo tomo y me voy.

Monroy se preguntaba si todavía estaría cabreada. Después del último susto y de comprobar que estaba vivo, llevaba un par de semanas sin querer verse con él. Pero sabía que no le convenía sacar el tema. Fue ella quien miró el salón como si lo viera por primera vez y señaló hacia la

puerta de la calle.

—¿Ahí fue donde te trincaron?

Él dijo que sí con la cabeza.

—Ese día, cuando llegué, ya te estabas yendo con la Policía. Había sangre en el portal y me asusté, pero Carmelo me dijo que era de uno de los tipos. Y entonces me asusté más.

Gloria estaba añurgada. Pero no pensaba llorar. Se deshizo el nudo de la garganta con el café que le quedaba en la taza y le preguntó:

—¿Y si hubiera estado yo contigo? ¿O alguna de las pibas? ¿Qué habría pasado si llega a estar Paula aquí?

Se limitó a asentir. Gloria volvía a tener razón. Intentó cogerle la mano, y ella lo rechazó.

—Tú ya eres mayorcito para saber lo que haces, Eladio. Lo que pasa es que yo también. Te quiero. Tú sabes que te quiero mucho. Que sigo enamorada de ti, después de todo este tiempo y todo lo que ha pasado. Pero no sirvo para estar siempre pendiente de si vas a acabar en comisaría o en el hospital o algo peor. Pendiente de que un día pase algo que ya no tenga remedio. Tú vives la vida a borbotones, haciendo lo que se te antoja sin pensar en lo que quemas por el camino. Vives como si no hubiera mañana. Pero sí hay, Eladio. Sí hay mañana. Y yo quiero llegar. Y estar con alguien que quiera llegar conmigo,

—¿Y qué te puedo decir?

La pregunta era sincera. Sin embargo, antes de que terminase de formularla, ya Gloria estaba negando con la cabeza.

—No me digas nada. Lo que me digas será mentira. O, a lo mejor no, a lo mejor eres sincero y tú mismo te lo crees. Ya hemos estado en esas antes: no va a volver a ocurrir, voy a tener cuidado, te prometo que es la última vez. Todo eso ya me lo sé. Y lo peor es que siempre me convences. Por eso, lo que te pido es que no me digas nada. Que me dejes tranquila, a mi bola. Necesito un tiempo. Y necesito espacio. Tengo que pensarme mucho todo esto.

Monroy entendió que era lo mejor: callarse, dejarla tranquila, darle espacio. Quizá todo se arreglase. Quizá, si él se lo trabajaba, volviese a confiar en él, a permitirle que se acercara. Pero, mientras ella se levantaba y cogía su bolso, regresaron a su mente unas extrañas palabras en inglés que no recordaba dónde había oído con anterioridad: *You are in a hole. There is no tomorrow. Tomorrow is a lie.* Y cuando Gloria se fue sin decir nada más, la puerta sonó al cerrarse como el último tornillo de la tapa de un ataúd.

Déniz lo llamo un sábado a media mañana.

—¿Ya te enteraste? —le preguntó en cuanto descolgó.

—¿De qué?

El comisario debió de sentirse muy contento de llegar, por una vez, antes que él, porque se puso canchero:

—No me digas que el gran Eladio Monroy todavía no lo sabe.

—No sé qué tengo que saber, Déniz. Suelta la gallina.

—José María Hidalgo de Pablos. Difunto.

—No jodas —dijo Monroy yendo a encender el ordenador.

—Se lo encontró muerto la mujer. En un bungaló del sur. Se había ido allí después del lío, para alejarse de la prensa, por lo visto. Ella se quedó en Las Palmas, para trabajar. Cuando llegó con los hijos el viernes por la noche, el tipo estaba en la cama, frito. Parece que llevaba muerto un par de días. Estamos pendientes del toxicológico, pero todo pinta a que se suicidó.

—¿Tú crees?

—Lo que yo crea da igual. Eso lo decide el forense.

Cuando Déniz colgó, abrió los periódicos para leer la noticia. Más o menos, todos daban la misma versión que le había resumido Déniz. El hombre acabado, deprimido, agobiado por los líos judiciales y mediáticos, que se va a su casa del sur para estar solo y muere, probablemente por propia mano, aunque en esas cosas los medios no pueden ser explícitos para evitar el efecto llamada. Nadie indagaría mucho más.

Telefonó a Sonsoles. Tardó un rato en cogerlo y lo saludó de un raro buen humor.

—¿Qué dice el hombre?

—Nada, te llamaba para ver si habías visto lo de Hidalgo de Pablos.

—Ah, sí, lo estoy leyendo. Me acabo de levantar.

Monroy miró el reloj. Eran las once y media.

—¿Te fuiste de marcha?

—No, qué va. Anoche acabé tarde de trabajar. Una pena, chico.

—¿Lo de este hombre? —se extrañó Monroy.

—No. No me refiero a eso. Es que a última hora de anoche me tocó dormir a un perrito. Segunda vez en la semana, además. Siempre te deja mal, ¿sabes?

Monroy se preguntó por qué había sacado ese tema, pero la dejó hablar.

—Tú me dirás: «Pero es un animal, solamente». Hombre, y sí, es un animal, no es una

persona; pero es una vida. Lo que pasa es que, si hay que hacerlo, hay que hacerlo. A veces, hay que evitarles el sufrimiento. Y otras veces es cosa de seguridad pública. Perros peligrosos, por ejemplo. Hay dueños que no los educan bien y, una vez prueban la sangre, no hay manera. ¿Tú sabías eso, Eladio?

—¿El qué?

—¿Que una vez que un perro prueba la sangre, ya no hay manera de que deje de ser un peligro?

—Sí, supongo que será así —dijo Monroy—, pero no entiendo por qué...

—Lo que pasa —lo interrumpió ella— es que hasta esos perros peligrosos se merecen un final digno, un final decente. Yo suelo usar pentobarbital. Es muy compasivo. En unos segundos se quedan dormiditos y tienen una parada cardiorrespiratoria. Ni se dan cuenta, pobrecitos.

—Entiendo.

—En fin, que te quedas hecha polvo cuando lo tienes que hacer. Pero luego llegas a casa, te acuestas, duermes y por la mañana te dices: «Hice bien. Cumplí con mi deber, He hecho lo que había que hacer».

Se hizo un silencio. Monroy casi pudo ver a Sonsoles con una taza de café en la mano, mirando al vacío con una dulce sonrisa.

—Oye, lo que me decías de este hombre —dijo ella—. Qué cosa, ¿eh? Parece que se suicidó, por lo que se ve.

—Sí —dijo Monroy. Pero ahora ya solo le mantenía la conversación. De alguna manera, Sonsoles le había contado más de lo que quería saber—. Tiene toda la pinta.

—En fin, qué se le va a hacer. Te diría que es una faena que no haya dado tiempo de llevarlo a juicio. Aunque, por lo que hablamos, se iba a acabar librando, ¿no?

Sonsoles hizo una larga pausa. Luego dijo que se había alegrado de hablar con él, que a ver si se veían un día para tomarse algo. Monroy le dijo que de acuerdo, que un día de estos la llamaría para quedar, sabiendo que era mentira. Se dijeron adiós y, después de colgar, él permaneció aún un buen rato con el teléfono en la mano, mirando sin ver la noticia sobre la muerte de Hidalgo de Pablos, sopesando la posibilidad de volver a hablar con Déniz y tener con él una conversación sobre las virtudes del pentobarbital. Pero dejó el teléfono sobre la mesa, apagó el ordenador y decidió olvidarse de todo. Para siempre.

Tías, 13 de agosto del 2020 -  
Las Palmas de Gran Canaria, 25 de marzo del 2021